

UNIVERSIDAD NACIONAL
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE
MAESTRÍA PROFESIONAL EN TRADUCCIÓN

TRADUCCIÓN E INFORME DE INVESTIGACIÓN

An tOileánach,
de Tomás Ó Crohan:
El enriquecimiento del proceso traductológico mediante la retraducción

Trabajo de graduación para aspirar al grado de Magíster en Traducción
(Inglés-Español)

HÉLÈNE BLESBOIS
Carné 260032-0
Pasaporte O2RE11275

2007

A mi familia, por su amor y su apoyo constante.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco sinceramente a:

Judit Tomcsányi por su apoyo, paciencia y esfuerzos para entender mi punto de vista.

Sherry Gapper por su calma tranquilizadora, su apoyo constante y su disponibilidad.

Carlos Francisco Monge por su tiempo, su dedicación y su voluntad de ayudarme a mejorar “mi español”, lo que no fue tarea fácil.

A mis compañeras y amigas Noelia Jiménez y Gretel Torres por alentarme siempre y ayudarme cuando lo necesitaba.

PRÓLOGO

El presente trabajo de graduación se compone de una traducción y su respectivo informe de investigación que representan el requisito básico para optar por el grado de Magíster en Traducción (Inglés-Español) de la Universidad Nacional.

Las siguientes páginas comprenden varias secciones: la primera es la traducción al español a partir de las traducciones al inglés y al francés de los diez primeros capítulos del relato *An tOileánach*¹, del escritor irlandés Tomás Ó Crohan (1856-1937). Las versiones al inglés² y al francés³ fueron realizadas por el traductor inglés Robin Flower en 1937 y por los traductores Jean Buhler y Una Murphy en 1989, respectivamente.

El informe de investigación consta de cinco secciones. La primera es la introducción así como justificación y hipótesis del trabajo. Segundo, el primer capítulo presenta los fundamentos teóricos que apoyaron al desarrollo de los temas. Los dos siguientes capítulos permiten analizar el aporte singular del proceso de retraducción rescatador de los elementos de extrañeza que constituyeron el motor de esta traducción. Finalmente, se incluye una sección de conclusiones sustentadas por el análisis del tema.

Este trabajo consiste en el uso del método de retraducción como factor de enriquecimiento de la obra ya que se basa en dos textos intermediarios: la traducción al inglés y la traducción al francés del texto original en gaélico. Partimos del punto según el cual las interpretaciones que nos ofrecen los textos fuente generan múltiples posibilidades traductológicas que, al confrontarse, nos permiten

¹ Ó Criomhthain, Tomás. *An tOileánach*. Dublin: Talbot Press, 1929.

² Flower, Robin. *The Islandman*. Oxford: Oxford University Press, 1937.

³ Buhler, Jean y Una Murphy. *L'homme des îles*. Genève: Favre, 1989.

rescatar la extrañeza de la obra original y recrearla en nuestro texto meta. En efecto, la extrañeza legitima la traducción al español en la cultura receptora. Así, la retraducción (que no parte del original sino de posibles traducciones de éste) parece tan válida como el proceso de traducción directa.

Este informe no pretende ser una respuesta única al tratamiento de la temática de la retraducción sino un experimento proveedor de una interpretación de lo que este método puede aportar al traductor como herramienta adicional.

Descriptores: retraducción – traducción indirecta – original – extrañeza – extranjerización – versiones intermediarias.

Índice

Resumen.....	iv
Traducción.....	1
Capítulo 1.....	4
Capítulo 2.....	16
Capítulo 3.....	29
Capítulo 4.....	36
Capítulo 5.....	45
Capítulo 6.....	51
Capítulo 7.....	67
Capítulo 8.....	73
Informe de investigación.....	87
Fundamentos teóricos.....	95
Capítulo I: Traducción y retraducción.....	101
Capítulo II: Una cultura en el espejo de otras.....	119
Conclusiones	141
Bibliografía.....	147
Anexos: Obra original traducida al inglés seguido de la obra original traducida al francés.....	150

Traducción

La traducción que se presenta en este tomo se ha realizado para cumplir con el requisito curricular de obtener el grado académico en el Plan de Maestría en Traducción de la Universidad Nacional.

Ni la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, ni la traductora, tendrán ninguna responsabilidad en el uso posterior que de la versión traducida se haga, incluida su publicación.

Corresponderá a quien desee publicar esa versión y gestionar ante las entidades pertinentes la autorización para su uso y comercialización, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del que es depositaria la traductora. En cualquiera de los casos, todo uso que se haga del texto y de su traducción deberá atenerse a los alcances de la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, vigente en Costa Rica.

El hombre de las islas

Tomás Ó Crohan
Traducido por Hélène Blesbois

CAPÍTULO I

Mi infancia

Mi familia - La vieja vecina - La canasta de turba - El aceite de palma - Mis calzones - Las marsopas - El barco de trigo – El congrío y yo

Nací en 1856 el día de Santo Tomás. Recuerdo que mi madre me amamantó durante mucho tiempo, hasta los cuatro años, quizás por ser el menor, el mimado. Tenía cuatro hermanas: Maura Donal, Kate Donal, Eileen Donal y Nora Donal quienes me daban de comer, tratándome como si fuera una avecilla indefensa en el nido. Mi hermano era Pats Donal y yo me llamaba Tomas Donal. Estos eramos nosotros. No es de extrañar que me consintieran tanto, ya que todos eran ya mayores cuando yo todavía era un bebé. Nadie me esperaba cuando llegué al mundo.

Mi padre tenía mediana estatura, era fuerte y robusto. Mi madre, una mujer alegre, muy alta, vigorosa y vivaz, tenía el cabello claro y brillante. Pero el tiempo durante el cual me amamantó, no tenía buena leche y además, yo era “ternero de vaca vieja”, difícil de criar. Sin embargo, la muerte, esa pícara, que se había llevado a más de uno por esa misma razón, a mí me había desdeñado. Supongo que no valía la pena. Así fui creciendo, cada día más fuerte; iba donde quisiera salvo al mar, donde me lo tenían prohibido. Llevaba puestos unos calzones de lana pura y una gorra tejida. Me alimentaban con huevos de gallina, trozos de mantequilla y de pescado así como algunos mariscos y un poquito de todo lo que produce el mar y la tierra.

Vivíamos en una casucha cuyo tejado estaba hecho de juncos recogidos de la colina. Las gallinas acostumbraban a poner en él sus huevos. En un rincón había

una cama de columnas y otras dos camas al otro extremo. Era habitual que dos vacas, dos cerdos, dos gallinas poniendo y un burro se permaneciesen dentro con nosotros. La casa estaba construida en una extraña posición, la puerta se abría hacia el norte mientras que las demás casas daban al sur.

Al frente se encontraba la puerta de otra casa y las dos familias conversaban a diario. La vecina entraba y salía de nuestra casa todo el día: de sus visitas siempre se llevaba algo. Ella era muy hablantín, casi de la estatura de una enana, con el cabello desordenado y la cara amarilla, una chismosa inquieta. Le repetía a mi madre que todo Irlanda no hubiera bastado para criar el ternero de una vaca vieja como yo pero creo que ninguna vaca, ni vieja ni joven, ha tenido jamás un ternero tan miserable como el de ella. Pero, con todo, era simpática.

Pronto empecé a crecer y los calzones grises ya no estaban a mi medida. Empezaba a experimentar la vida. Poco a poco, entendí el juego de la vieja de enfrente y ya le contestaba. Las dos familias se reunían cada domingo para escuchar el rosario de mi padre. La vecina le decía a mi madre:

—Cuando él esté en edad de casarse te darás cuenta de que todavía lleva sus calzones grises. Este chico crece tan rápido; que Dios lo proteja.

Eso era lo que decía después de haberse tragado un buen pedazo de brema, ese pescado tan codiciado en nuestra isla.

Toda la familia de mi padre era de Dunquin, la de mi madre venía de Ventry. Se habían casado en la isla. Se querían, no eran como esa gente que hay que forzar para que se casen. Se habían instalado en una cabaña y vivían de la pesca. También tenían un pequeño terreno y los dos sabían cómo sacarles provecho al mar y a la tierra. En esta época, no había burros para cargar pesados sacos y ayudar en la isla, solo una canasta en la espalda de cada hombre y de cada mujer ; bueno, de

cada mujer que no fuese tan inconsciente como para preferir morirse del hambre que trabajar.

Mi padre era un excelente pescador y un hombre que no ahorraba fuerzas. Era albañil, capitán de barco y muy hábil en todo lo que hacía. Solía echar una mano a la gente, ya que la mayor parte no valía más que una manada de burros en los pastos ya que cuando están juntos se vuelven extremadamente tercos.

Fue un buen año para la pesca, cuando yo todavía usaba los calzones grises y de vez en cuando volvía a ver el pecho de mi madre pensando si todavía podía sacarle leche. Lo había dejado hacía un año.

Un día mi padre salió a pescar. En la colina, conservaban un montón de turba, o combustible orgánico alistado al principio del año, y nos habían dicho que habían robado la turba el día anterior. Por lo tanto, le dijo a mi madre que aprovechara el hermoso día y trajera tanto como pudiese. Eso hizo ella y cargó la canasta en su espalda. Había logrado traer seis de estas llenas de turba antes de que su amorcito se despertara. Ahora que estaba despierto, tenía que dejar la turba a un lado y prestarme atención. Me puso los calzones grises y me dio algo de comer. Yo tenía todo para estar feliz y, sin embargo, no era ese el caso. Mi madre alzó la canasta de nuevo y se dirigió a la colina pero como no dejaba de seguirla, tuvo que llevarme. Solo pude acompañarla una vez hasta la cima y casi siempre a cuatro patas. Pronto me cansé, de tal manera que tuvo que meterme en la canasta y alzarme hasta arriba. Me maldijo una o dos veces, pero no se lo reprocho.

Cuando llenó la canasta nuevamente de turba, me obligó a bajar la colina, pero me volví aún más reticente al bajar que al subir. Recuerdo que colocó la punta del pie debajo de mí y me levantó del suelo para ayudarme a ponerme de pie antes de decir:

—Mal hecho, ¡me arruinaste el día!

Me tuvo que llevar delante de ella hasta la casa, con la canasta a la espalda, rebosante como nunca. Al llegar, me hizo caer al suelo y le dijo a Maura que me dejara vivo o muerto debajo de la canasta, no le interesaba. A pesar de todas las bromas que hice ese día, hizo otros veinte viajes con la canasta. El domingo, ya había almacenado la turba bajo nuestro techo. Esa semana, mi padre logró atrapar cinco mil peces. Mi madre le contaba todo eso a la bruja vecina.

Un año difícil llegó cuando todavía era muy joven. Un barco había encallado en la costa norte de la isla. Estaba totalmente destruido y su cargamento, algún tipo de aceite de palma, se había derramado al mar. Era una valiosa mercancía y que podía reportar un medio saco de harina blanca a un pobre (la amarilla no existía todavía ahí en esa época).

En aquella época, Dunquin tenía sus guardacostas y eran de gran ayuda ya que la mayoría de los barcos llegaban a la isla con sus velas como único material para guiarse. Cuando los chaquetas azules (así llamábamos a los guardacostas en el país) oyeron hablar del barco que se había estrellado y de su cargamento, empezaron a aparecer en la isla día y noche, sin tomarse siquiera el tiempo de dormir, ya que tenían un barco muy lindo, construido con buen material. Ellos mismos eran personas educadas. Les hicieron la vida imposible a los isleños que trataban de ocultar los paquetes de palmas en unos huecos donde ni gatos ni perros los hubieran encontrado.

A pesar de los chaquetas azules, la gente de la isla la pasó bien durante ese año. Todas las noches, cruzaban la bahía de Dingle para vender su aceite de palma al otro lado. Los chaquetas azules también se beneficiaron del aceite y tuvieron suficiente para rentabilizar sus gastos. Un día, llegaron sólo cuatro de ellos en un

barco. Una embarcación de la isla acababa de llegar con seis paquetes de palma a bordo. Sin esperar, los guardacostas pasaron el cargamento a su barco, alegrándose de su ingeniosidad. De casualidad, una chica estaba en el desembarcadero con una roca pesada en las manos. Pronto, subió a la barca de su padre y lo primero que vieron las chaquetas azules fue que ella había perforado el fondo del barco con la roca y que el agua entraba por el agujero. Ante tal situación, los chaquetas azules tuvieron que escapar repentinamente. Los paquetes de palma surgieron flotando en el mar nuevamente y las mujeres los atraparon y los llevaron a la orilla. Los hombres del Rey tuvieron que arrastrar su barco hasta la playa para repararlo con una lámina de chapa. En cuanto lo repararon, se devolvieron para sus casas a toda velocidad. Creo recordar que no nos visitaron más durante la temporada de las palmas.

Tiempo después, dos hombres, desde la colina, notaron que una oveja se había quedado atrapada en una de las playas. Bajaron para recuperarla y uno de ellos, mirando a su alrededor, divisó una barra de latón bajo una roca voladiza. La alcanzó. Tenía cuatro pies. Toda la playa estaba cubierta de barras de latón y de cobre. Nadie podrá adivinar la cantidad de metal que estos hombres apartaron ese día en la playa donde el barco se había estrellado. Todavía después se encontraba trozos del barco. Ese año, los isleños hicieron mucho dinero con estas barras de metal.

Eran tiempos difíciles: los ancianos solían decir que sin aquel naufragio, nadie hubiera sobrevivido en la isla. Muchas veces llegué a oír a la vieja bruja decir que Dios mismo les había enviado este barco a los pobres. Vivieron bastante bien durante un año o dos, mientras que en la gran isla todos sufrían una hambruna extrema. Cuando mi padre traía una carga de esas barras de metal a casa, poder mantener a una de ellas derecha era demasiado difícil por su peso. La desgracia de

unos hace la felicidad de otros: la tormenta y el huracán ayudaron mucho a nuestra gente a pasar otro mediocre año. Quienes no lo pasaron fueron las víctimas de los vientos.

El primer día que llevaba mis calzones puestos, casi enloquezco: me sentía como un cachorro incapaz de quedarse quieto. No tenía hambre y no comía nada. No dejaba de salir y entrar por aquí, por allá, vigilado por alguien de la familia. Mientras me acercaba al fuego mi madre me miró y notó una mancha húmeda en mis calzones grises.

—¡Cielos! —gritó—. ¡Apuesto a que lo hiciste!

Le dije que eso era en efecto lo que había pasado, que le había pedido a Nora que me desabotonara, pero no lo había hecho. Creo que fue mi primera mentira, porque no le había pedido nada a la pobre Nora, que recibió una tunda de mi madre por no haberme ayudado. Es duro haber sido condenado por una falta que no se ha cometido, pero ven como la malicia apareció rápido en mi carácter. Mi padre volvió a coser mis calzones ya que él los había confeccionado y había hecho un muy buen trabajo. De nuevo me sirvieron en todas mis actividades y sin preocupar a nadie de ese día en adelante.

Tenía ocho años en aquella época, según decía mi madre. Al día siguiente, iba a saludar de casa en casa en el pueblo acompañado de Eileen. Era la costumbre cuando un chico tenía una nueva ropa, un nuevo traje, tocaba la puerta de todas las casas. Por cada visita, recibía un penique⁴ o dos para llenar el bolsillo. A mi regreso a casa, tenía tres chelines⁵ en el bolsillo de mis calzones grises. Se los di a mi padre aunque hubiera preferido dárselos a mi madre a quien le daba más problemas que a

⁴ En el sistema monetario británico antiguo, un penique equivalía a 408 colones costarricenses actuales (2007).

⁵ En el sistema monetario británico antiguo, un chelín equivalía a 4896 colones costarricenses actuales (2007).

mi padre. Pero como él fumaba y, después de todo, era quien había cosido mis calzones, le regalé aquel dinero que iba a necesitar de todos modos.

Pronto se hizo un hueco en el fondo de mis calzones por donde colgaba una parte de mi camisa. Esa noche, mi madre dijo que lo remendaría antes de ir a dormir, lo que hizo rogándome que no hiciera otro hueco si no quería recibir una paliza. La recibí de todos modos al día siguiente y me dolió bastante.

Fue maravilloso el día en que comí un huevo, una taza de leche y algo más que no recuerdo; papas, supongo. Mientras me tragaba todo, la vecina me vigilaba pero ya me hablaba mejor ahora que me veía más fuerte y inteligente.

—Querida —le decía a mi madre—, cuídalo mucho; será un buen hombre.

Se equivocaba de medio a medio, una vez más, ya que nadie nunca volvió a decir que me parecía a un ángel.

Ella ronroneaba como gato para cumplir sus propósitos ya que mi padre solía traer todo tipo de cacería a la casa mientras que el esposo de ella no era tan diestro. Se la jugaba en la colina o en los campos pero las mejores presas siempre llegaban donde nosotros.

Mi piel no aguantaba lo que yo corría entonces; estaba gordo y los calzones me quedaban tallados y cortos. En esa época, yo no era él que lidiaba con las preocupaciones.

Cuando el sol estaba en lo alto, me mandaron a Playa Blanca con Maura. Al llegar, corrí a toda velocidad. Maura contempló el mar y vio a un grupo de marsopas dando la vuelta por el Gob, la península en forma de pico, y que avanzaba hasta enfrentarnos, cerca de la orilla, con sus grandes aletas fuera del mar, todos juntos al igual que cualquier otro banco de peces. Maura ya había observado a algunos nadar solos muchas veces pero nunca un grupo tan grande como aquel. Pensó que iban a

salir del agua y se asustó mucho, así que me puso a su espalda y nos fuimos para la casa.

Al entrar en la casa mi madre nos avisó que los barcos ya habían llegado y que algunos intentaban encerrar las marsopas en un círculo y hasta acercarlos a la orilla. En aquella época, contábamos con tres barcos grandes equipados con redes en la isla mientras que podíamos contar con siete de ellos en Dunquin. Todos ya se habían preparado para detener a las marsopas: nuestros barcos trataban de recharzarlas en la playa mientras la tripulación de los barcos de Dunquin los miraba burlándose. Por fin, una marsopa alcanzó la playa donde un hábil chico la desangró lo que terminó de atraer a las demás marsopas que alcanzaron a su vez la arena.

Cuando las tripulaciones de Dunquin contemplaron en la playa aquellas valiosas presas y los hombres degollando las marsopas, se unieron a la fiesta para llevar cargas enteras de carne de pescado, pero los que habían hecho todo el trabajo se negaron a que se llevaran ni uno. Este incidente no duró mucho; pronto los intrusos aparecieron con heridas, tan cubiertos de sangre como las marsopas y con los isleños tras ellos. Sólo una tripulación de Dunquin quedó sin involucrarse en el asunto y logró ganarse la mejor marsopa mientras que los demás barcos se iban sin nada, ni la cola de una. Algunos ni siquiera tenían la fuerza de irse. En cuanto a nosotros, nos costó mucho llevarnos las marsopas hasta la casa y salarlas. Nadie escatimó esfuerzos aquel día; era muy difícil encontrar a alguien dispuesto a cambiar una marsopa por un cerdo. El rostro de mi padre estaba enrojecido de su propia sangre y la sangre de las marsopas; sin embargo lo reconocí sin dificultad porque ya era vivo en esa época.

Cuando la vieja vecina llegó con una canasta llena de marsopas a la espalda, me hizo mucha gracia porque estaba tan manchada de sangre que parecía recién salida

de la canasta junto con las marsopas. Sin embargo, era loable su esfuerzo porque había dejado casi muerto al capitán de uno de los barcos de Dunquin al asestarle un golpe fuerte con una pala.

Desde aquel día, a los isleños no les faltó la carne durante más de un año y hasta hubiera podido alcanzar los dos años, si no hubiesen tenido tantos parientes en la gran isla.

Nunca olvidaré ese día; todo el mundo estaba cubierto de sangre, cuando hubiéramos esperado verlos pálidos por el esfuerzo o asados por el sol. Además, antes de que cualquier marsopa fuera degollada, faltó poco para que yo también hubiera muerto así como Maura, si hubiéramos peleado con los demás.

Esta noche, la vecina nos acompañó a cenar.

Cuando era pequeño, muchas veces oí mencionar al “barco de trigo”.

Era otro ejemplo de lo que una tormenta marina nos podía traer y del alivio que significaba para nosotros mientras que para otros era una desgracia. No recuerdo en qué año este barco se estrelló en Playa Blanca, ya que aún no había nacido y ni siquiera mi familia me esperaba cuando ocurrió. Sin embargo, conozco su historia de memoria, conozco todos los que pudieron escapar del hambre gracias a ello y puedo contar exactamente lo que le pasó; cómo toda la tripulación desapareció cuando el barco fue arrastrado en la playa y cómo, entre todas las almas a bordo, ni una se salvó. La vecina y mi madre son las que me legaron esta historia, ya que la mencionaban con frecuencia cuando estaban juntas.

A excepción de un pedazo de tela colgado del mástil, el barco ya ni velas tenía; por eso se vieron obligados a estrellarlo contra la Playa Blanca. Se quedó a cierta distancia de la playa porque estaba muy pesado por su cargamento. Los hombres ataron un trozo de madera a un cabo pero no lo lograron llevar hasta la orilla. La

gente decía que nunca había estado el clima tan desastroso. El viento soplaba desde la playa hacia el mar. Al final, una parte del madero alcanzó la orilla. Desde la playa y desde el mismo mar, los hombres tiraron de las cuerdas que desafortunadamente se rompieron y el mar se llevó a los marineros al sur por el estrecho. Los isleños se sorprendieron de aquél espectáculo, sobre todo cuando, unos minutos después, el barco se partió en dos.

Si este barco perdió su propia tripulación, al menos nos hizo sobrevivir durante nuestro peor año de hambruna. Traía miles de sacos de trigo que salvaron la vida de los isleños porque dieron bastante para ellos y sus parientes y sin este barco, ni un alma hubiera sobrevivido en la isla. La vecina bruja, como de costumbre, decía que Dios mismo lo había enviado a los pobres.

Aunque tenía tan solo tres días de haber nacido, mi madre también asistió a la escena. Mi hermano ya era grande también y lo vio todo, pero fue más una molestia que una ayuda ya que todavía no era espabilado como para dirigirse solo. Encontramos muchos objetos a la orilla de la playa, aunque otros se perdieron por culpa del viento que soplaba en la dirección opuesta.

El trigo empezó a escurrirse del barco en cuanto se estrelló. Supongo que no estaba en sacos sino que había sido cargado suelto como carbón o sal ya que lo pudimos recoger con la marea alta. Aparecía poco a poco con las olas como para que la gente pudiera recuperarlo fácilmente, se decía. Había que lavarlo para extraerle la sal, dejarlo al sol y después secarlo al calor del fuego. Luego, lo poníamos a hervir hasta lograr una masa gruesa que llamábamos *Baighreán*. Todo lo que cruzaba nuestro camino era esencial para sobrevivir y yo oía a la vieja vecina decirle a mi madre mientras duraban esos benditos momentos que nunca había

vivido así en toda su vida. Tenía una doble hilera de dientes y su mandíbula funcionaba como una máquina. Solíamos decir que rumiaba como una vaca.

En la época en que usaba mis calzones grises y que podía andar solo, iba a contemplar la llegada de los barcos por la noche. El pez más común en esa época era la sardina, que tenía muchas espinas y se parecía al arenque. A los pescadores no les llamaba la atención. Era un pequeño pez y hacía falta pescar muchos para alcanzar un kilo. Además, dañaban las redes de pesca. Una noche, mientras descargábamos el pescado, mi padre me invitó a subir a bordo del barco y me llevó hasta la popa. Mirando a mi alrededor no tardé mucho en distinguir un pedazo de sardina en un anzuelo. Como era de esperar, lancé el cebo al mar mientras mi padre me observaba pero sin preocuparse ya que nunca hubiera pensado que un pez pudiera morder el anzuelo tan cerca de la orilla.

Sin embargo, no tuvimos que esperar mucho hasta que un pez mordió. Tenía la caña enredada en las piernas y el pez me arrastró fuera del barco. Todos los hombres testigos de la escena en el puerto avisaron gritándole a mi padre y cuando se volteó, fue para ver el espectáculo de su querido hijo cayendo al agua. Clavó el gancho del barco en mis calzones grises y me sacó del agua. Consiguió tirar de la caña pero tuvo que hacer su mayor esfuerzo para subir al pez en el barco. Era un congrio enorme de unos seis pies.

Lo que más temía era que mi madre me matara por haberme mojado los calzones. Las chicas explotaron en carcajadas cuando me vieron llegar, pero todavía era muy joven para sentirme ofendido. Todas eran vigorosas y descargaban los barcos metiéndose en el agua hasta la cintura, tan fuertes y valientes como cualquier chica irlandesa.

Me encaminé a la casa asido de la mano de Nora, pero mientras nos acercábamos a la casa me bloqueé y le dije a Nora que no haría ni un paso más ya que podía predecir una reacción violenta de mi madre. Nora me tranquilizaba repitiendo que no me iba a pasar nada. Por suerte, mi padre apareció con una canasta llena de pescado en la espalda.

—¿Qué quieres, Nora ? —preguntó—. ¿Por qué no te lo llevas para la casa? Está empapado.

—No quiere entrar conmigo, le tiene miedo a mamá.

—Ay, ven Tom, mi hijo. Te mojaste por mi culpa, yo te subí al barco —contestó mi padre.

Me tomó de la mano y me llevó con él. Cuando íbamos entrando, no me sentía tan feliz y ligero como de costumbre y mi madre lo notó. Me hizo sentarme cerca del fuego: pensaba que yo estaba confundido por otra cosa pero pronto el agua se regó en el suelo. Mi padre entró a su vez :

—¿No le quitaste su ropa ya? —preguntó—. ¡Está muy mojado!

Llevaba el congrío detrás de él y cuando lo enseñó vimos que era tan grande como la chimenea.

—¡Qué mala suerte! ¿Así cayó al agua entonces ?

—¿No ves el hermoso y gran pez que atrapó? Es el primero y es realmente una presa impresionante —dijo mi padre.

Le contó toda la historia y me salvó de las reprimendas de mi madre. Me quitaron toda la ropa y me dieron otra seca. No me gustaron los calzones que me dieron, eran viejos y remendados. A pesar del accidente, mi madre no me dio ni una taza de té; como única cena recibí un plato de gachas de cereales con leche.

CÁPITULO II

Mis días escolares

Mi primera maestra - La escuela - La manzana - El gorro de Dingle - El barco abandonado - El matrimonio de Maura - Las mujeres en la playa.

Un hermoso domingo, una gran embarcación atracó de Dunquin por un asunto desconocido (en esa época y hasta más tarde se desconocían las lanchas). Ya en el puerto, dijeron que venía una dama a bordo, pero la tal dama resultó ser en realidad una maestra. Esta noticia no me alegró del todo; apenas estaba aprendiendo a cazar solo en la colina y en la orilla también sin nadie para vigilarme, porque todos consideraban que ya había crecido. Tenía una pequeña caña con anzuelo guindando. Cada uno de nosotros, los chicos, tenía cierta cantidad de peces de color oscuro que habíamos atrapado en los huecos de las rocas. No valían mucho, pero teníamos unas gaviotas domésticas y esos pescados eran su comida.

Bueno, el lunes llegó y, después del desayuno, les resultó imposible dar conmigo, el chico de los calzones grises. Mis hermanas estaban listas para la escuela pero faltaba el pescador. Mandaron a Maura a buscarme pero volvió a la casa a decirle a mi madre que yo andaba pescando con dos chicos más, Johnny Meg y Mike Peg.

—¡Que se quede ahí hoy pero que Dios se lleve mi alma si se escapa mañana sin avisarme! —dijo mi madre.

Fui hasta donde mi pequeña gaviota y le di los pescados que había podido agarrar. Camino a casa, no me sentía tan cómodo como de costumbre. Sabía que mi madre me había condenado ya; además, la vieja bruja vecina se había adelantado para presenciar la paliza que iba a recibir ya que me burlaba sin piedad de ella en esa época, pero mamá era más astuta. Cuando las chicas llegaron a la casa, mi madre las interrogó acerca de la maestra para saber si era buena o mala.

Todas contestaron que era buena y que no las había pegado ni azotado. Ahí fue que mi madre cambió de tema para hablar de mí.

—Miren a ese muchacho que corre todo el día desde la mañanita y que se arriesga a caer de cabeza en uno de estos huecos donde busca peces para su gaviota. Me gustaría que supiera que haría mucho mejor acompañándolas mañana.

—Tal vez hará lo mismo mañana ya que no lo amenazaste —dijo Kate.

Era la más astuta de todas y mi preferida.

—Oh, Kate, seguro se portará bien mañana, el primer paso es el más difícil.

El ambiente fue agradable hasta la hora de ir a dormir, cuando las chicas se pusieron a buscar el nombre de la maestra para decírselo a mamá. Se esforzaron mucho y hasta tarde, y les dio por pelearse entre ellas, lo que me aproveché para reírme de ellas. Al final, Maura logró recordar el nombre de Nancy Donoghue. No era común para ellas que nunca habían oído muchos nombres aparte de los de la isla. Luego, nos fuimos todos para la cama.

Al día siguiente, cada uno estaba en su lugar; nos dieron de comer muy temprano, ya que bien se sabe la marea no espera. Pat se sentía bien en estos días; era el segundo de todos nosotros y Maura era quien lo precedía. Mi padre andaba haciendo mucho desorden en la casa porque buscaba cuerdas y una hoz para él y Pat. Maura y mi madre tenían que acompañarlos, ya que la marea estaba subiendo y era un hermoso día para recoger las algas negras necesarias y procurar un buen abono. Así habíamos planeado el día, Kate se dedicaría a la casa y Eileen, Nora y yo nos iríamos a la escuela.

Aquella mañana, todos, jóvenes y adultos, comimos lo mismo: un plato de papas hervidas y pescado con leche. El té no existía entonces; ni siquiera sabíamos lo que

era una tetera en la isla. Sonó el cuerno, ¡adelante el equipo de algas!, ¡adelante los alumnos! ; mientras que Kate se quedaba como la adulta de la casa.

—Tom, hijo, compórtate en la escuela —me advirtió mi madre antes de irse para la playa y limpiándome tan bien la nariz que creí que me la iba a arrancar.

Años más tarde, ella me contó que yo tenía diez años cuando fui por primera vez a la escuela, en 1866, aproximadamente.

Cuando entré al aula agarrado de la mano con Nora, me sentía entusiasmado y audaz. Nora había pensado que iba a hacer el ridículo pero no ocurrió así. La maestra me recibió en el umbral de la puerta con una buena manzana lo que me sorprendió, porque yo era el único a quien le daba una fruta. Después pensé que nos iba a dar una manzana todos los días pero no. Era una manzana de bienvenida que había regalado a cada alumno el primer día de clase. Era mi primer día de clase, por eso me la había dado.

Mi dedicación al estudio resultó poco loable hasta que no comer la manzana, lo que no me tomó mucho tiempo ya que tenía unos dientes bien fuertes en esa época, lo que ya no es el caso.

Pronto empecé a mirar alrededor de la sala. Había pequeños montones de hojas de papel por todos lados. Una pizarra negra estaba pegada a la pared y cubierta de símbolos blancos que parecían haber sido escritos con tiza. Me estaba esforzando para tratar de encontrarles una lógica cuando, de pronto, la maestra llamó a las chicas mayores enseñándoles los símbolos con una regla y hablándoles en una jerga desconocida.

Le dí un codazo a Pats Micky a quien siempre hemos llamado “el Rey” y quien estaba sentado a mi lado en la banca. Le pregunté cuchicheando si entendía los

galimatías de las que les estaba hablando la maestra a las chicas en la pizarra negra.

—Que me pudra si sé lo que es; supongo que es algún dialecto que aquí nunca se ha hablado.

Pensé que iba a desfallecer de hambre pero no ocurrió así, ya que afortunadamente la maestra anunció la hora del recreo en este dialecto extraño:

—¡playtime!

Me asustó al pronunciar esta palabra porque no tenía ningún sentido para mí; pero de golpe, todos salieron del aula corriendo. Nora me tomó de la mano y nos fuimos corriendo a la casa.

Había un puñado de papas frías listas, cerca del fuego, acompañadas de un tipo pescado muy tierno llamado chicharro salado. Mi madre se había traído unas conchas de la playa, todos ya habían llegado mientras estábamos en la escuela. Los asaba y nos los tiraba uno por uno como si nosotros fuésemos pollitos. Los tres, concentrados en masticar nuestra comida hasta sentirnos satisfechos, no decíamos nada, así que mi madre esperó antes de hacerme preguntas acerca de la escuela. Tenía miedo de que me ahogara si hablara con comida en la boca.

—Entonces, Tom, pequeño mío, ¿te gusta la escuela? —me preguntó—. ¿La maestra te agrada?

—¡Le dio una de esas grandes manzanas! —interrumpió Nora.

Sentí odio hacia Nora por no haberme dejado contestar.

—¿Te dieron una, Tom?

—Sí, Mamá, pero Nora cogió un mordisco y Eileen también.

—Pero era una manzana enorme —dijo Eileen—. Te dejamos todo lo demás.

—Ya es hora de volver, cariño —interrumpió mi madre.

Pasamos un tiempo más en la escuela y el Rey permaneció sentado junto a mí en la banca. Era un muchacho delicado, simpático; siempre lo ha sido. Teníamos la misma edad. A veces señalaba a otro muchacho que no se comportaba o que se ponía a gritar, o dos más quienes se pateaban o hasta un torpe quien no se había limpiado la nariz. Al Rey no le gustaba presenciar tales espectáculos, por eso me los señalaba. Ven como la personalidad de cada uno desde la infancia queda intacta toda su vida. Así era el Rey en su niñez. No le gustaban los espectáculos repugnantes y chocantes y en cuanto a los demás, no les importaba. No es de extrañar que la gente educada que llegó un día y que andaba buscando un rey viera en él el hombre digno del título y capaz de llevarlo con mucha honradez.

Pensé que mi primer día de escuela no había durado mucho y en mi opinión la maestra gritó la hora de salida muy temprano: —¡Ya pueden volver a casa! —.

Por las ansias de abandonar la escuela algunos se quedaron prensados en el umbral de la puerta.

Una rebanada de pan y un tazón de leche nos esperaban en casa. Siempre había buena cantidad de pescado cocido, hasta para los muertos, pero a veces no nos antojaba. En esa época, Pats se comía la misma cantidad que mi padre, siempre sobraba para todos nosotros y también teníamos un buen fuego y todos los instrumentos para alistar la comida que nos llegaba.

El resto del día lo pasamos en Playa Blanca.

Al día siguiente, teníamos que ir a la escuela porque ya había bajado la marea de primavera que solemos aprovechar para ir a recoger algas.

Observé a mi madre con su nuevo vestido y me pregunté cuál era el motivo, cuando de repente corrió hacia mí, me asió de la mano para vestirme y luego darme un beso.

—Vas a portarte bien hasta que vuelva —dijo—. Te voy a traer golosinas de Dingle. Obedéceles a Maura y a Kate y ve a dormir cuando te lo pidan.

Me puse a llorar un poco. Fui a la escuela con Nora y Eileen, mientras Kate y Maura permanecieron en casa para cuidarla, ya que mi madre se iba.

Todos ya estaban allí cuando llegamos a la escuela, menos mi compañero preferido, que aún no había aparecido. Ese día nos dieron unos pequeños libros, escribieron nuevas palabras en la pizarra y borraron las pasadas. También colgaron unos cuantos objetos en la pared que observé uno por uno.

Cuando terminé de examinarlos todos, el Rey entró y me alegré de verlo. Ya tenía su sitio reservado y al ver la manera en que empujó los demás para llegar a mi lado, supe que me estimaba igual que yo a él.

—He llegado retrasado —refunfuñó.

—Apenas acabamos de llegar —le dije.

Había tanta confianza en su actitud que parecía tres años mayor que yo aunque era mayor de sólo tres estaciones, es decir nueve meses.

La maestra nos llamó a la pizarra y nos explicó seis veces lo de las letras que estaban escritas en ella.

Llegó el viernes y el día se terminaba, nos preparábamos para volver a casa cuando la maestra nos dijo que no volviéramos antes del lunes. La mayoría se alegró de esta noticia excepto yo; me hubiera gustado volver antes, no por amor a la escuela sino, a mi parecer, por sentir la compañía de mi amigo el Rey.

Mi madre no iba a reaparecer antes del domingo, y Maura y Kate pensaban que nunca me acostarían pese a sus esfuerzos, así que empezaron por engatuzarme y tratarme bien. Pero antes de ir a dormir, caí en un profundo sueño en el regazo de mi padre y él les dijo que me llevaran a mi cama lo que hicieron con apuro. Me

despertó el gallo al día siguiente y ya eran las doce. Puesto que los había dejado dormir en paz toda la noche pasada, me habían esperado y todos me atendieron. ¡No era el inocente perdido que ellos creían! Tenía la dentadura completa y la usaba para masticar cualquier cosa; en cuanto a lo demás, era más avanzado de lo que se esperaba de mi edad. Hasta la vieja bruja vecina ya no me decía “el hijito de su mamá” o “ternero de vaca vieja”; tampoco repetía las demás expresiones parecidas cuando le hablaba de mí a mi madre. Es más: cualquiera se hubiera dado cuenta de que la vaca ya casi tenía cincuenta años.

El domingo mi madre llegó de la ciudad con un bolso blanco y otro de tela más gruesa repletos de una gran variedad de cosas. No había ni una onza de té o de azúcar ya que ni se conocía todavía en esa época. Yo fui el que llevó el bolso blanco en la casa y era muy pesado a pesar de que sólo contenía ropa para las chicas.

En cuanto a la vieja bruja con canas, me esperaba en la casa para obtener noticias de Dingle.

La primera cosa que mi madre sacó fue un gorro con dos puntas que me puso en la cabeza.

—¡Virgen Santa! —gritó mi padre—. ¡Ya eres todo un policía! —y todos soltaron una carcajada.

—¡Tal vez obtendrá un trabajo! —dijo mi madre—. Está joven, está aprendiendo a adaptarse a esta época y se podrá quedar en la escuela hasta que ya no tendrá nada que aprender.

¡Recuerdo con detalle todo lo que decía! Pero las preocupaciones de la vida iban a cambiar eso rápidamente.

Había manzanas, confites, pasteles, panes, tabaco para mi padre, zapatos para Pats, vestidos blancos para las chicas y mucho más. La mujer canosa tuvo un poco de todo; le gustaba aprovechar cualquier ocasión para conseguir algo.

Luego regresó la época de la escuela, todos iban todos los días; salvo Pats, quien ya era un muchacho crecido y fuerte e iba a pescar con mi padre. Maura tampoco se quedó mucho tiempo en la escuela, ya era mujer en esa época. Sólo quedamos cuatro, con un buen rendimiento escolar y ayudándonos entre nosotros.

En una ocasión en que salíamos de la escuela, observamos a toda la gente del pueblo reunida en el acantilado, encima del puerto. La maestra y yo nos preguntamos lo que estaba ocurriendo mientras que un chico miraba del lado de Slea Head con mucha atención.

—¡Virgen Santa! —gritó—. ¡Vean esos barcos en medio de la tormenta y de la niebla!

Ya los barcos parecían perdidos, nadie pensaba volver a ver ni un miembro de la tripulación vivo. El barco de la isla remolcaba a otro y las olas los cubrían. Terminaron por arribar a puerto, gracias a la marea que ayudó mucho. El barco en cuestión era una embarcación grande y bonita; el capitán con dos otros hombres y un muchacho de dieciséis años, agonizante, estaban a bordo. Lo llevaron a tierra firme y falleció enseguida. Lo enterraron en Castle Point en el lugar donde Pierce Ferriter tenía su castillo cuando reinaba aquí.

No bastaron los esfuerzos de los isleños para llevar el barco a la orilla ya que el mar se lo impedía, rechazándolo cada vez más fuertemente. Mi padre estaba a bordo, dirigiéndolo. El capitán, un hombre alto y guapo, se llamaba Alec. Todavía se pronuncia ese nombre en la isla y por mucho tiempo más ya que muchos nacieron en la isla en el año en que ese barco apareció. Quienes habían ayudado a remolcar

el barco recibieron una recompensa y los que les dieron el hospedaje fueron pagados. Aun el otro día utilizamos una sierra proveniente de ese barco y que le habían dado a mi padre.

Maura, mi hermana, era una hermosa y vigorosa mujer en aquella época. Aparte de ella, quedaban tres otras hijas así que mis padres le encontraron un hogar en una casa cercana. En esos años, el jefe de la isla era Paddy Martin. Durante mucho tiempo, tuvo diez vacas que ordeñar pero fue un golpe de suerte ya que yo nunca había visto tantas que fueran de él. Ya tenía dos hijos casados que vivían bajo otros techos y les había dado una parte de su tierra y unas vacas también. Tenía entonces cinco vacas; y su hijo menor, el joven Martin, que no estaba casado, vivía con él. Pronto se decidió el matrimonio entre Maura y Martin ya que quería una mujer que supiera qué era trabajar y que fuera capaz de hacerlo; Maura era una de esas, no lo digo por tratarse de mi hermana sino porque era realmente valiente. No le pidieron dinero a mi padre, sabían que él no tenía. Con costo mis padres nos habían mantenido vivos durante todos estos duros años.

En esa época, Martin vivía con sus padres y después del matrimonio, eran cuatro con Maura.

Martin falleció al año de matrimonio por lo que mi hermana se vio obligada a regresar con su familia, ya que uno de los hermanos de Martin volvió para compartir su vida con sus padres. No quisieron darle nada a Maura, aunque tuviera un hijo de Martin. Maura nos dejó al niño y se fue a América. A los tres años retornó y logró obtener una parte de la herencia de Martin para su hijo.

Poco después, la maestra regresó a su pueblo para los días de fiesta y para casarse. Eso provocó la suspensión de clases durante un buen tiempo, hasta la llegada de un maestro flaco como una vara de nombre Robert Smith. No era muy

simpático con los estudiantes vagos quienes lo encontraban feo. Mi amigo el Rey no lo quería en absoluto ya que le mostraba mucho desprecio y era bastante miedoso. El Rey trató de hacerme creer que el maestro era ruso. Era moreno, bocazas y dientón, tenía grandes ojos, una tez brillante y una perilla de cabra en la nariz. Pero esta perilla no era lo peor; al contrario, era de color claro y disimulaba sus peores.

La maestra se casó en un pueblito de Ballyferriter. Su esposo era un herrero que, supongo, protegía el pastor de la comunidad. Ahí le asignaron una escuela donde pasó su vida hasta pensionarse como educadora. Ahora, ambos yacen en la tumba, después de ochenta años de vida común. Así desapareció la primera maestra que tuvimos en las Blasket.

En poco tiempo, todos los chicos adaptaron la costumbre de silbar cuando veían a Robert, y las chicas, que eran mujeres fuertes en esa época, se burlaban de él. Se dio cuenta de que nunca podría adaptarse y se fue después de tres meses.

Una mañana, mientras comía, miraba a mi alrededor. Mi madre apareció en la puerta con un trozo de hierro agudo que era una parte del rezón de un barco. Sin sentarse, empezó a buscar algo y encontró un saco. La observaba al igual que el gato observa al ratón porque yo sabía que iba a bajar a la orilla del mar.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Quién podría acompañarme a la playa? El día está bellísimo.

Todos los que pueden siempre lo han aprovechado y han tenido la costumbre de ir a buscar comida (o “cocina” como lo llamábamos nosotros) a la orilla para el Viernes Santo.

—Claro que te acompaño, mamá —grité abandonando mi lugar en la mesa sin haber terminado de comer.

—Por supuesto, cariño, pero termina de desayunar, te esperaré —contestó.

—Yo también voy —dijo Nora.

—Y yo —completó Eileen.

—Nada los detiene, ¿verdad? Ahora que todo salió bien y que la escuela cerró —dijo mi madre.

Mi padre y Pats estaban cavando en los campos, Kate ordenaba la casa y cuidaba al bebé ya que Maura estaba más allá del oceano, en los Estados Unidos. Mi madre le había pedido a Kate atender únicamente al bebé hasta que ella volviese.

Salimos y nos dirigimos a la playa. Yo era el más alegre de todos y era toda una fiesta ir a chapotear con mis calzones grises en el mar. Cuando alcanzamos la orilla, no había ni una roca sin una mujer o un niño ocupado a buscar conchas o mariscos de todo tipo, cualquiera que encontraran.

El reflujo de la marea de la primavera había empezado. Al oeste de la playa, había una islita llamada la Isla de las Mujeres a la que sólo se podía llegar con la marea muy baja; había muchos mariscos ya que nadie vivía por ahí. La isla estaba separada del punto más cercano de la orilla por un canal profundo, pero ese día, parecía que no había mucha agua. Al poco tiempo, observé a mi madre recogiendo la falda entre sus piernas. No me importaba que enseñara tobillos y piernas, porque eran bonitos: era una mujer alta y bella, de piel blanca y radiante de pies a cabeza. Lo único que deploro es no haberme parecido a ella en toda mi persona. Lo que me había perjudicado seguramente era ser “ternero de vaca vieja”, mientras que los demás eran bastante lindos. Yo la miré fijamente, para ver lo que iba a hacer y de inmediato invitó a las demás mujeres a su lado a acompañarla hasta la isla. Cuatro aceptaron de una vez: la vieja bruja vecina, mi tía, Joan la

Blanca y “Ventry”. El agua les llegaba encima de las rodillas apenas, pero una ola sorprendió a la bruja y a mi tía que se cayeron de cabeza. Mi tía era la hermana de mi padre y estaba casada con un hombre llamado Kerry. Ventry sostuvo a mi tía con habilidad y lograron pararse de pie. La vieja bruja y mi tía se parecían tanto que se hubiera creído fácilmente que tenían los mismos padres, el mismo color de tez, la misma estatura y la misma actitud.

A pesar de la ternura de Eileen, no dejaba de llorar porque mi madre había desaparecido ya hacía mucho tiempo y Nora me molestaba sin parar. Nunca pude llevarme bien con ella ya que siempre ha tenido problemas conmigo. Entendí por qué y cómo funcionaban las cosas gracias a la vieja bruja.

Durante los cinco años previos a mi llegada al mundo, Nora había sido la preferida; así que cuando llegué sin aviso y cuando me vieron, la nariz de Nora se hizo más grande. Por eso ella me estimaba menos que a los otros.

Pronto, las mujeres se pusieron a gritar por todos lados porque las que estaban en la isla no podían regresar por culpa de la marea que subía en el canal y no se veía ni un alma en el horizonte. Todos se acercaron al canal pero la marea alcanzaba la altura de un hombre, cuando de repente las vimos, cada una cargando una bolsa llena de mariscos. Tuvieron que permanecer allí y todos los que estaban decían que no había forma de regresarse hasta la mañana. Oír esos comentarios me sacaba de quicio.

Unas chicas que apenas habían llegado a la playa se devolvieron corriendo para avisar a los que trabajaban en los campos de que unas mujeres estaban atrapadas por la marea. La mayoría de los hombres bajaron a la playa, pero mi padre corrió a buscar una escalera a la casa, inspirado por un caso parecido que había ocurrido en el pasado. Pronto apareció y se dirigió hacia mí cargando una escalera de unos

veinte pies. La colocaron para que atravesara el canal pero su peso impedía que la estabilizaran en el lugar adecuado, así que mi padre se metió al agua y cruzó el canal para fijar la escalera al otro lado en una roca. Mi madre fue la primera en usar la escalera, seguida por Ventry; lo hicieron con éxito. Luego, las tres otras siguieron : dos estaban en una extremidad y una tercera en la otra así que la escalera se volteó y todas se cayeron al agua.

Yo estaba loco de la felicidad de tener a mi madre conmigo otra vez y me puse a cantar “Domhnall na Gréine”. Pero mi canción no llegó a su fin ya que mi padre tuvo que lanzarse al agua para rescatar a su hermana y darle la mano a Joan la Blanca. En cuanto a la vieja bruja, estaba a punto de ahogarse cuando la agarró por el cabello. Pude respirar hasta que mi padre volviera en tierra firme: la vieja bruja lo hubiera matado jalándolo en el fondo del mar mientras trataba de salvarla, ella y su vestido repleto de mariscos.

CAPÍTULO III

Nuestras casas

Su cantidad, su estructura – Los muebles – Nuestros animales y nuestro corral – Nuestra comida y nuestras bebidas.

Tengo que contarles la manera en la cual solíamos acomodarnos en las casas en la isla cuando yo era joven y más todavía en la medida en que eran costumbres de vida distintas y de las cuales nadie se acuerda salvo algunos ancianos.

En cuanto a las casas en las que vivíamos en mi juventud, no todas eran iguales, como ocurre en todas partes. Algunas eran más agradables que otras, y también las había muy pobres. La mayoría sólo medían diez pies por ocho mientras que otras eran más grandes y alcanzaban entre quince y veinte pies de frente. Para dividir la casa en dos, un mueble atravesaba la pared en el medio del espacio y se prolongaba por un tabique al otro lado. Teníamos dos camas en una parte; dos puercos se quedaban bajo una y guardábamos las papas bajo la otra. Al pie del aguilón había un baúl grande. Durante el día, toda la familia —casi diez personas—, permanecía al lado de la cocina. Contra la pared, se podía ver una jaula de gallinas a la par de la cual una solitaria ponía en una cacerola vieja. Por la noche, más animales solían quedarse adentro: una o dos vacas, uno o dos terneros, el burro y dos perros amarrados al muro con una cadena y que corrían sin parar por todos lados en la casa. Por lo general, en una casa donde vivía mucha gente, se podía encontrar dos camas soportadas por columnas o tal vez un colchón en el suelo. Los ancianos solían pasar la noche ahí, a la par del fuego, fumando todo lo que podían de una pipa o dos después de encenderla con una paja. Una fogata de buena turba permanecía toda la noche y cada vez que los viejos se despertaban, volvían a encender su pipa. Si la vieja todavía vivía, su marido se acercaba al fuego y le

conseguía una llama para encenderle su pipa y entonces, con el humo escapando por la chimenea, su cama parecía un barco de vapor a toda velocidad.

Los dos o tres perros paraban de mover y se dormían al pie de la cama, la o las vacas se escondían en un rincón, la cabeza contra la pared y los terneros quedaban sueltos, libres de pasear en la cocina o de calentarse al fuego. El burro quedaba amarrado al otro lado del cuarto, frente a las vacas; el gato, con sus dos gatitos, tal vez, se apelotonaba en un hueco de la chimenea. Los demás bichitos estaban listos para la noche, acomodados debajo de la cama de columnas de más de dos pies y hecha de madera o de hierro. Algunas casas no tenían tal separación para formar otro aposento: sólo una cama en un rincón y un colchón en el mismo suelo en otro rincón. El mueble podía estar posicionado contra la pared o al otro lado de la casa, en el aguilón.

En cualquier casa, sin importar las diferencias, se podía encontrar dos o tres toneles llenos de pescado. Aparte de los demás animales, también se veían corderos jugando dentro de la casa.

Esas casas estaban hechas de piedras pegadas con arcilla y con acabados muy rústicos ya que siempre urgía construirlas y todos echaban una mano. La paja del techo se obtenía de juncos o cañas y reposaba en una capa de vigas resistentes. Las gallinas siempre impedían que la paja permaneciera fresca porque en cuanto los juncos se marchitaban, no podían resistir en ir a poner en los gusanos que surgían allí. Entonces empezaban por escarbar la paja y todo se caía en una lluvia asquerosa llena de hollín. Las gallinas se escondían tan bien en la paja sin reaccionar cuando las mujeres las llamaban para comer que se perdían. Era una felicidad para las niñas quienes, después de arruinar a los techos, volvían siempre con un sombrero o un gorro repleto de huevos. Oír dos mujeres vecinas peleando

para saber a quién pertenecían unos huevos era mejor todavía que un día en la feria de Puck.

Las casas más grandes alcanzaban entre diez y doce pies de ancho y de veinte a veinticinco pies de frente. Ahí había un mueble y una cajonera de tal manera que se podía formar un cuarto con su parte inferior y con dos camas soportadas por columnas. Al igual que las casas pequeñas, se hallaban cubiertas de paja pero con difícil alcance para las gallinas porque estas casa eran más altas. Justamente recuerdo un evento divertido, acerca de las gallinas, y que ocurrió en una de esas grandes casas y que nunca pasó en las más pequeñas. Todos estaban reunidos en la mesa para la cena de papas, de pescado y de leche, las mandíbulas listas para masticarlo todo. El jefe de familia se sentaba a la cabecera con una taza llena de leche ante sí. Acababa de agarrar un pedazo de pescado para comérselo cuando vio caer algo en la taza. Se acercó y distinguió un trozo de algo que flotaba en la leche. Lo sacó con unas pinzas pero nadie no tenía ni idea de lo que podía ser.

—Es un pollito —dijo la ama de casa—. ¡Rayos! ¿Quién pudo haberlo puesto ahí?

—No te preocupes por eso —contestó su esposo—. Ya te hizo enloquecer, ¿quién puede ser, según tú?

Todos se iban a volver locos alrededor de la mesa y quién sabe como hubiera terminado si otro pollito no se hubiera caído, vivo y saludable, en medio de las papas.

—Por amor a Dios, ¿de dónde salen? —gritó la mujer sorprendida.

—Por lo menos, no vienen del infierno —contestó el hombre—. No es tan mal que caigan desde arriba.

Un muchacho sentado al frente del padre, en el otro extremo de la mesa, se puso a observar las vigas y notó que el viento y el sol atravesaban el tejado.

—¡Qué el diablo me lleve! La casa tiene un hueco —le dijo a su padre—. Ven acá y lo verás.

—¡Qué se lleve el Gran Satanás a todas las gallinas con todo y huevos y pollitos!—dijo el hombre al ver el hueco.

—Espero que Dios no te preste atención —replicó su esposa.

Cuando se fueron a tapar el hueco, encontraron diez pollitos más con la gallina.

Pasé mi infancia en una casa mediana; era estrecha, siempre limpia, ya que mi padre era diestro y mi madre nunca había estado inactiva. Ella tenía una rueca con lana, otra con lino, rastrillos y se tomaba el trabajo de preparar el hilo para el sastre hilándolo en el instrumento cortado en forma de huso que se encontraba en la rueca. De costumbre, se ponía a hilar para las demás mujeres demasiado torpes o, las que sabían como hacer, demasiado perezosas para consagrarse a eso.

A mis diez años de casado, construí otra casa solo, sin ayuda alguna, y yo mismo coloqué el tejado. No es grande pero si el Rey Georges tuviera que quedarse ahí por un mes de vacaciones, la fealdad de la casa no sería la causa de su muerte. Está cubierta con fieltro así como todas las casas lo han sido antes de que el Consejo donara seis casas con techo de pizarra. Cuando la terminé, una gallina voló hasta el techo y mi tío, pasando por ahí, la miró fijamente pero, a pesar del esfuerzo que hizo para mantenerse arriba, el fieltro resbaloso la hizo caerse y volver al suelo.

—Que el diablo te salve si un día tu casa se cae del acantilado —dijo mi tío.

En mi juventud, Patrick Keane, y poco antes, Patrick Guiheen, eran los importantes jefes de la isla. Recuerdo la época en la que el tal Patrick Keane, abuelo de nuestro Rey actual, poseía cuatro o cinco vacas que producían leche. Nunca ví al

otro, Guiheen, cuyos nietos todavía están vivos. Siempre supe que contaba con unas ocho o diez vacas para ordeñar, una yegua y una carretilla de madera. Era una yegua de color oscuro. A sus dieciséis años, esta lo ayudó a llevar las piedritas para la nueva torre de la isla mientras se estaba construyendo bajo su responsabilidad. En esa época, el poeta John Dunlevy era todavía un bebé, lo que significa que el poeta todavía no contaba con dieciséis años que el abuelo del Rey. Los hombres de su clase eran propietarios de media docena de buenas casas.

Las mesas que había en las pequeñas casas parecían artesas, con su superficie rodeada por un marco para que las papas o otras cosas no se cayeran y su base como un trípode. Ambos se podían disociar y desarmar así que la mesa quedaba colgada del muro hasta que la necesitáramos.

Un día, mi tío Liam volvió de la playa con un hambre feroz. Habían preparado la mesa junto con la tabla de artesa llena de papas y de toda la comida esperada. Una papa de buen tamaño se cayó de la mesa. El perro le saltó encima arrastrando con él el trípode, la mesa, y lo demás que se fue esparciendo por todos lados en la casa. Su esposa se tiró en el suelo para recoger las papas.

—¡Virgen Santa! ¡Es tan divertido como un día de feria contigo mi querida mujer!
—se exclamó tío Liam.

En cada casa poseíamos tazones y platos, tazas de madera, una o dos sillas así como unos taburetes. Las sillas estaban recubiertas con heno en trenzas o con paja. Siempre se encontraba también llares para las ollas como siempre se necesita para calentar algo en el fuego junto con las pinzas de uno u otro tipo.

Hoy día, en las casas, la gente utiliza tacitas con platillos y hasta muebles completos muy finos y bonitos. Además, ahora sólo los seres humanos viven en las casas; los animales tienen sus propias casitas. Lo primero que conocí de la luz

fueron las lámparas de las dos clases: con aceite corriente o con aceite de pescado, que conducían a las mechas o juncos y que había que cambiar cada vez que se consumían. Se conseguía el aceite de pescado con unas variedades de peces llamados cabinzas y merluzas. Poníamos a fundir la grasa de la cabinza llamada *tumadh* y la de la merluza, *aenna*. Al igual, se empleaba el aceite de foca para la luz pero se ahorraba porque también se usaba de buena gana con el pan de maíz. Yo tenía quince años o tal vez más cuando se usaba este medio para tener luz. La lámpara de aceite era una pequeña caja metálica en forma de barco o canoa, afilada en uno o en ambos lados, con tres o cuatro patas y una pequeña asa: medía de ocho a diez pulgares. Ahí se metía el aceite de pescado o de foca; el junco o la mecha se empapaban en el aceite y pasaban por la extremidad afilada de la lámpara. Luego, los encendíamos y conforme iban consumiéndose, los jalábamos más. La sustancia blanca contenida en el junco servía como mecha, pero generalmente se usaba un hilo de algodón suave o un hilo de lino. A veces, se usaba una concha de mar como lámpara. No recuerdo la fecha en la cual la parafina nos llegó. Oí decir que todavía antes que nosotros, usaban un pedazo de turba o virutas de pino del pántano.

En mis primeros días y durante mucho tiempo, me dieron sólo dos comidas al día. Pensaba en tomar mi comida de la mañana sólo después de haber trabajado duro en la playa, en la colina o en el campo, cuando las vacas llegaban ya a que las ordeñáramos. Ya no se veía el sol cuando tomaba mi comida de la noche y nunca siquiera hablamos de “desayuno” o “cena” sino de comida de la mañana y comida de la noche.

Papas, pescado y leche, cuando había; tal era nuestra comida durante esos años. Cuando ya no quedaban papas comíamos maíz con la vaina. Hoy día no se

podría sobrevivir comiendo pan de maíz a pesar de toda la voluntad del mundo: ya no se tiene buenos dientes. Extraño esa comida ahora junto con los dientes fuertes y la buena salud que gozaba entonces.

En mi juventud, veintiocho libras⁶ de harina nos llegaban en Navidad. Nunca probé té antes de ser adulto y cuando teníamos una libra antes de Navidad, la usábamos como egoístas, ahorrándola hasta la Navidad siguiente. En cuanto a la comida, las cosas cambiaron hace tiempo. Hoy día se consigue harina de trigo, té, azúcar. Algunas personas pasan el tiempo comiendo, hasta cuatro veces al día. Cuando era joven, con una sola comida comíamos lo que se come hoy con cuatro comidas y la gente podía hacer que una comida durara dos días si lo necesitaba. Ahora, los hombres no pueden caminar tres pasitos sin caerse sentados porque ya se perdieron las verdaderas comidas; ya solo mordisquean una o dos bocadas.

⁶ Equivalía a 1, 270 kilogramos.

CAPÍTULO IV

En la escuela y afuera

La familia vecina – Llegada de una nueva maestra – Los cangrejos – El inspector de cuatro ojos.

Había menos de una yarda⁷ entre nosotros y la casa del frente y cada una de nuestras casas tenía solo una puerta. Los vecinos poseían el alto de la colina y nosotros la parte baja y cada puerta daba la una a la otra. Si lo hubiera deseado, la vieja bruja hubiera podido quemar mi madre tirándole agua caliente desde el umbral de su puerta y mi madre igual. Ella me recomendaba alejarme de la mujer canosa y el espíritu extravagante; hasta ella le compraba la tranquilidad a su vecina, así era, aunque tuviera un gran corazón.

Mi madre lo hacía todo para ella, que no sabía muy bien actuar al igual que su esposo. Para él, mi padre lo arreglaba todo, cavaba y alistaba al burro y hasta reparaba el techo. Nunca ví a alguien tan incapaz e inútil para el trabajo como él. Lo llamábamos Tom el Calvo o Sin Orejas porque ni se veían. Pero dentro de su cráneo, tenía el cerebro de siete profetas a la vez y les hubiera ganado a todos los más listos de Irlanda si hubiera estudiado. Mi madre me mandaba donde él a preguntar qué día iba a caer tal o cual día santo; si por casualidad estaban comiendo algo, me invitaban a probar impidiéndome la salida. No he conocido un hogar tan acogedor y hospitalario como ese y como los que vivieron ahí fallecieron todos, pues yo estoy vivo y les doy las gracias esperando que hayan alcanzado un mejor palacio que esta vieja choza en ruina.

Eran padres de un hijo y una hija, nadie más que yo sepa. La hija tenía el mismo crin enredado que su madre y el hijo era un tunante taciturno y gris, tan incapaz

⁷ Una yarda equivale a 91,44 centímetros.

como su padre. Nunca se habituó al mar y en cuanto ponía un pie en un barco, se ponía a vomitar violentamente. Nunca agarró nada del mar y trabajó sobre todo como obrero.

De todos los que vivían en la isla, jóvenes y adultos, y también los de la gran isla, Tom el Calvo conocía la edad exacta en cuanto al día, año y hora de nacimiento. La gente decía que, a pesar de su ignorancia acerca del alfabeto, nadie podía igualar su memoria. Me contaba siempre que los pasteles ya estaban listos cuando yo había nacido, el día de la San Tomás, tres días antes de la Navidad, es decir el día en el cual mi madre dio a luz en Playa Blanca. —¿Cuántos años tiene ahora? —preguntaba la mujer canosa y él nunca lo pensaba—. Va a cumplir catorce años esta Navidad.

Durante esa época, la vieja bruja empezó a llevarse mejor conmigo, porque me usaban de mensajero entre las dos casas. Me llevaba más de la casa de lo que traía de vuelta. No me molestó por eso. Es probable que hubiera sido diferente si la abundancia había reinado donde los vecinos.

Recuerdo un domingo cuando chicas y chicos, todos llevando un bate y una pelota, se fueron por el camino a Playa Blanca, pero eso claro, después de comer papas al lugar de pan. También me alisté rápido y me puse mi mejor ropa y mis nuevos calzones limpios de lana cruda. En la cabeza, llevaba puesto mi gorro de dos puntas. Me lavé la cara con el agua de una tina y me la limpié bien. Ya no era mi madre quien lo hacía, me había vuelto todo un hombre.

Acompañado de Nora y Eileen, fui a la playa con mi bate - una delgada vara de junco con una de las dos extremidades más gruesa. Nos unimos enseguida a la muchedumbre y noté que nadie llevaba ni medias ni zapatos puestos. Esos

domingos de *hurling* en la playa eran de los más rudos para un adolescente, por amante que fuera de ese deporte.

Alguien observó que un barco venía de Dunquin a toda velocidad y cuando se dirigió al puerto, abandonamos la playa para ir a recibirlo. Una mujer estaba sentada en la parte trasera del barco: era la nueva maestra, Kate Donoghue, era bonita, agradable y hermana de la primera que habíamos tenido.

De vuelta a clases el lunes, pueden estar seguros de que todos estábamos presentes; por supuesto con el Rey otra vez a mi lado. Como yo tenía diez años la primera vez que fui a la escuela (es decir en 1866), en este momento era un chico de catorce años en 1970. La maestra nos dio unos otros libros pequeños y también usó la pizarra negra, escribiendo, borrando y sorprendiéndose de que podíamos explicar casi todo de lo que escribía así que se vio obligada a aumentar la dificultad. Los niños de la isla disfrutaban mucho de la nueva tarea y con ese espíritu, mostraban una natural disposición naturales a aprender. Algunos de nosotros teníamos el carácter de un rey y otros llevaban adentro el espíritu del mar y del oceano. La brisa del mar resonaba en sus oídos cada mañana, les limpiaba el cerebro y les quitaba el polvo del cráneo. A pesar de estar sentado a la par de un futuro rey del cual yo ignoraba las razones que lo hacían interesarse a mí y del hecho de que ni un martillo pillón hubiera podido separarnos, él me impedía que yo pudiera progresar al mirar por todos lados y al atraer mi atención en una chica gruesa con mocos en la nariz o otra con mejillas sucias, o un chico que ellas ofendían. Me cuchicheaba —Mira esa, ¡es tan narizona que ni se le ve la boca!—. Ese era el defecto principal que yo le veía, distraía mi atención cada vez que yo iba a lograr algo. Nos llevábamos muy bien pero recibíamos el sábado siempre con la felicidad de poder ser libres e ir a saltar donde quisiéramos.

Recuerdo uno de esos sábados después de San Patrick. El año era bueno, el clima suave pero había escasez de pescado en el pueblo. De regreso del trabajo en los campos, mi padre se presentó a la puerta y no había ni un bocado listo para él.

—¿Por qué regresaste a casa?—le preguntó mi madre.

—Es un lindo día, si puedo conseguir un cangrejo tal vez tendré suerte al agarrar varios peces en las rocas—le avisó saliendo.

Por supuesto salí detrás de él y cuando me vio siguiéndolo me preguntó:

—¿Adónde vas?

—Te acompaño, cuidaré los cangrejos que agarrarás.

Se dirigió al este, más allá del desembarcadero y de ahí a un islote que alcanzó nadando. Metió su cabeza en el agua y sacó dos cangrejos de un hueco. Los llevó donde yo estaba y me los dejó al cuidado, un macho y una hembra. Cuando hay dos cangrejos en un hueco, los llamamos *collach* y *fuaisceán*. *Collach* es la palabra para el macho: ese no se quedó mucho quieto y sus pinzas se cerraron en mi dedo gordo y mi índice sin que yo pudiera hacer nada. El miedo me hizo aullar y rápido mi padre me oyó y llegó sabiendo ya lo que me pasaba. El cangrejo apretaba tan fuerte que mi padre tuvo que romperle las pinzas y aun así, tuvo que quitármelas aplastándolas con una piedra.

Salí de eso con dos dedos sin poder usar y lo peor es que eran los de mi mano derecha. La sangre había manchado el suelo y los dedos los tenía negros como el carbón, pero mi padre no se preocupó mucho ya que no me había desmayado, aunque casi. Cubrió mis dedos con su sombrero. Pensaba que probablemente mi madre lo iba a regañar por haberme dejado acompañarlo pero no lo hizo. Mis hermanas se volvieron tristes de verme así cuando regresamos al atardecer y mi

madre me metió la mano en agua caliente y la limpió con cuidado. Eso me alivió mucho. Me puso una cataplasma con una banda. El dolor desapareció poco a poco.

En seguida me puse a cantar “Domhnall na Gréine”. La mujer canosa se acercó para saber como me encontraba, porque, a pesar de ser una chismosa, no deseaba que yo perdiera mis dedos. Le daré lo que merece ya que no puedo hablar de mi vida sin mencionarla con frecuencia: no hubo ni una mañana del año en la cual pude abrir los ojos y mirar un rincón del cielo sin verla a ella también. A pesar de sus defectos, quizá tenía la misma mentalidad que nosotros.

Mi padre traía cuatro cangrejos. Los echó en una bolsa y se la llevó siguiendo la colina, lejos y en búsqueda de los mejores lugares. No lo vimos durante el tiempo de una marea y todavía más pero cuando apareció, no tenía las manos vacías. Su bolsa estaba llena de pescados con manchas rosadas. Mi madre los limpió y del montón que había, agarró uno grande, se volteó hacia mí y dijo:

—Tom, mi hijo, llévale este a la señora canosa.

Aunque no hubiera estado de acuerdo (lo que no era el caso), no le hubiera negado este favor a mi madre porque me había dado cuenta de que la vecina le ofrecía muchas cosas sorprendentes, buenas o malas. Le llevé el pescado a la señora que quiso saber de dónde lo tenía; todavía no sabía lo que mi padre había atrapado. En esa época, aunque no habíamos sido siempre los mejores amigos del mundo, me quería mucho y mostraba tanta ternura que yo era un pequeño dios para ella. Su esposo, Tom el Calvo, estaba en casa con la hija y el hijo y acababan de terminar su comida de la mañana:

—¿No tienes nada que darle?—preguntó Tom el Calvo.

—No tengo nada que él no tenga ya—dijo la vecina—pero le daré a mi hija como esposa dentro de dos años.

Era lo más valioso que me podía prometer, el fruto de sus entrañas; sin embargo, advertí de inmediato que esta promesa me haría más daño que otra cosa.

El pescado manchado, las palabras de la vieja bruja y su promesa de darme su hija me desesperaron, lo que no sorprendería a nadie al ver ese supuesto regalo que me esperaba dos años más tarde.

Otra enfermedad de la cual empecé a padecer después de ese día fue la de ir a conquistar a las chicas lo que también me atrasó mucho en todas mis demás actividades. Terminaba de prisa mis tareas escolares así como todo el resto de los deberes de los que estaba encargado. Luego, me iba a seducir las chicas olvidándome de todo lo demás; duré mucho tiempo antes de comprender. No tenía más de quince años en esa época y tal vez se podía pensar que yo era demasiado joven para interesarme en las mujeres: en realidad era un asunto típico. Escuchen esos versos:

“Domingo, un domingo en el corazón del verano luminoso,

La madre y la hija hablan de los hombres,

La hija buena y bonita dice:

- Mamá, no te enfades conmigo,

Tengo que casarme o emigrar más allá del mar”.

La madre:

“Escucha, mala hija, y ¡calla tus discursos!

Yo tampoco seguí los consejos de mi madre

Cuando era adolescente.

Tengo trece años, catorce tal vez en realidad,

¡Tengo que casarme o saltar fuera del barco!”

Con prisa, la madre le escogió un hombre adulto.

La nueva maestra estuvo unos tres años más con nosotros antes de enfermarse de amor como su hermana y partir para casarse. Su familia era de los alrededores de Dingle y un muchacho de la ciudad, agradable y con prestancia, se casó con ella.

En cierta ocasión que estábamos en la escuela, un barco llegó de Dunquin. Teníamos un puesto de guarda que informaba de todos los barcos que nos llegaban porque una mala gente andaba por ahí en esa época, eran merodeadores y oficiales listos para llevarse cualquier cosa sin piedad por los que se mueren de hambre, a pesar de que terminarían en manicomios sin nadie para extrañarlos.

Pero ese día, el hombre del barco no era de esos, era un inspector de escuelas. Con esa noticia, no sabíamos qué hacer y un chico no paraba de ir y venir entre su silla y la puerta para ver cuando iba a aparecer el extraño. Una chica gorda fue la que lo vio primero y corrió hasta su lugar con una mueca de terror en la cara. Llegó pronto y algunos niños tenían una mano en la boca. En cuanto a las chicas mayores, una se puso a reír y poco a poco todas la imitaron. El inspector lucía despistado, mirando el techo, las paredes o los alumnos.

—¡Virgen Santa! —murmulló el Rey— ¡tiene cuatro ojos!

—Sí —le contesté—, con una luz que se refleja en ellos.

—Nunca había visto un hombre así —dijo.

Cada vez que volteaba la cabeza, una luz relumbrante le brillaba en los ojos; tanto, que al final todos nos echamos a reír; todos los grandes y los más jóvenes aullaban de miedo. La maestra tuvo tanta vergüenza que casi se desmaya y el inspector no aguantaba la rabia.

—Va a haber un asesinato—me comentó el Rey en una respiración—; me pregunto si ya se ha visto un hombre con cuatro ojos.

Era la primera persona usando anteojos que los niños veían en su vida.

El inspector reprendió con dureza a la maestra en un dialecto que nadie entendió, ni yo ni otro; cuando terminó el sermón, agarró su bolso, salió por la puerta, subió al barco que lo estaba esperando y se fue sin volver nunca más a las Islas Blasket.

Este loco dejó la escuela igual como la había encontrado: sin hacer ni una sola pregunta a los alumnos. Apuesto con mis lectores a que nunca han visto algo así y que nunca lo verán antes de su último suspiro. La pobre maestra se desmayó apenas partió y tuve que ir a buscar una taza de agua fresca que Eileen me mandó a traer a una casa cercana.

Hablamos mucho antes de que la maestra se despertara.

—Mejor regresemos a casa mientras está inconsciente —me dijo el Rey—. Seguro nos va a matar cuando se despierte.

—¡Qué mala suerte! ¡Nunca serás un buen soldado! ¡Qué pendejo eres! —le contesté—. Esperáte un poco y veremos lo que nos va a pasar a todos.

Pasada media hora, volvió en sí. Todos pensamos que nos iba a azotar hasta que no quedará una brizna de vida en nuestros cuerpos pero todo no pasa siempre como creemos y así fue: no azotó a nadie y tampoco habló duro. Hubiera podido enojarse con algunos de nosotros, pero en vista de que habíamos permanecido allí, nos trató con sensatez lo que no hubiera hecho si no había tenido la capacidad de reflexionar. Nos mandó en seguida a la casa y seguro ella necesitaba estar bajo su techo más que nosotros.

El Rey había quedado tan sorprendido como los demás por los cuatro ojos metidos en la cabeza de un solo hombre pero no dijo al igual que los otros que este señor venía de los infiernos.

Un mes más tarde o dos, otro inspector llegó a vernos: se trataba de un hombre delgado, bronceado y seco quien sólo tenía dos ojos en la cara. Se dedicó a su labor y empezó a hacernos todas las preguntas difíciles y complicadas. Yo me encontraba en el mismo nivel que el Rey; éramos ocho, él era más alto que nosotros y nos apegamos alrededor de él así que seguro el inspector pensó que era nuestro padre. Al inspector le pareció que tenía una linda cabeza para contestarle todas las preguntas pero no ocurrió; los más pequeños lo vencieron. Después de darle un chelín al mejor de cada nivel y después de dármelo a mí en lugar de a los grandes de mi nivel, el inspector partió feliz. A mi padre le dio mucha alegría cuando se lo di y se compró un lindo paquete de cigarrillos pagado por el inspector; bueno él no se lo había ofrecido porque si yo había fracasado en clases, nada de eso hubiera pasado.

CAPÍTULO V

Mi primera visita a Dingle

En un barco en el mar – Tierra a la vista – Jerry está mareado – Dingle – Los zapatos nuevos.

Después de eso, fue el tiempo de las vacaciones para nosotros y todo estaba muy lindo y apacible. Los tres barcos grandes traían cantidades de pescados todos los días, llegando llenos al puerto. Ya que mi padre y Pats tenían los dos una parte entera del negocio, siempre teníamos bastante pescado en nuestra pequeña casa.

Pienso que fue ese día cuando dejé de ser un mimado, mis costillas me dolían de tener que cargar tanto pescado en mi espalda. Cada miembro de la tripulación tenía derecho a mil pescados, así que para nosotros eran dos mil y mi padre dijo que había cargado más de mil para la casa.

—Si el día está lindo mañana, te llevaré conmigo a Dingle. Iremos en barco a traer sal.

Hubiera logrado saltar encima de la casa por la felicidad que sentí cuando lo oí decirme eso.

Al día siguiente, no me levanté el primero sino Kate que era, entonces, la mano derecha de mi madre. Cuando empezamos en la escuela, ella era demasiado alta y mayor. En seguida vi lo que estaba haciendo:

—¿Cómo está el día Kate?—pregunté.

—Muy lindo—me contestó.

Dí un salto y estaba a su lado.

—¡Virgen Santa! ¿Por qué te levantas tan temprano? ¿Qué buscas?

Mi padre fue el siguiente quien se levantó y se vistió con su ropa nueva. Miró afuera y luego le pidió a Kate que me diera mi prenda nueva mientras que ella todavía se preguntaba qué me pasaba.

Mi padre tomó un bolso lleno de pieles de conejo y bajamos al puerto. Los demás llegaron poco a poco cuando estuvieron listos y completaron la tripulación del barco. Se dividieron alrededor de la embarcación y la empujaron al mar mientras cargábamos los remos y las velas y como dicen en los cuentos de antaño, se pusieron en rumbo al horizonte.

Izamos dos velas y aprovechamos de un buen viento del Este que nos llevó hasta la bahía de Dingle. Otro chico de mi edad, un primo llamado Jerry, estaba a bordo y cuando el barco alcanzó el este de Sleah Head, él se volvió blanco como el papel. Ya los hombres sabían lo que le pasaba pero yo no y pensé que se estaba muriendo. Su padre lo fue a examinar y le dijo que si podía vomitar se sentiría mucho mejor después. Ahora el barco bogaba suavemente con un viento ligero pero suficiente y uno de los hombres declaró que Jerry estaba mareado. En efecto, todo lo que el pobre se había tragado en la mañana se fue al mar a alimentar las gaviotas. Yo me reía y Jerry lloraba.

Un tío mío estaba al timón y yo no dejaba de hacerle preguntas acerca de todo lo sorprendente que descubría. En medio de una hacienda, distinguimos a una gran casa con un tejado de pizarra.

—¿Quién vivió o vive todavía en esta casa?—le pregunté.

—Una persona bastante mala, Bess Rice —contestó—. ¿Nunca has oído hablar de ella?

—He oído a mi padre y a Tom el Calvo hablar de ella—le dije.

Cuando llegamos en vista del gran y hermoso puerto de Ventry, distinguimos más casas grandes y blancas. Mi tío me mostró cada una de ellas, así como la iglesia católica, la iglesia inglesa, las barracas de la policía y las casas de los guardacostas junto con todo lo que quería conocer.

Mi amigo ya se sentía mejor ahora que las gaviotas se habían comido todo lo que contenía su estómago. Tenía la voz parecida a un gemido ahogado y parecía exhausto pero llegó donde yo me encontraba con nuestro tío.

—¿Todavía está lejos el puerto de Dingle?—le preguntó al capitán.

—¡Qué va! Todavía falta bastante hijo—le dijo—, no creo que llegues vivo, sólo si te quedan las tripas. Claro, ¡no te pareces en nada al otro muchacho!

Apenas terminó su oración que comenzó a llover a cántaros: los hombres izaron la vela trasera ya que el barco penaba con navegar bajo el foque, y el mar ya estaba blanco debido a la fuerza del viento.

Luego, llegamos a la entrada del puerto. Primero pensé que no existía porque, a primera vista, la bocana estaba demasiado estrecha para que pudieramos distinguir algo pero poco a poco, vi la bahía aumentar y apareció magnífica: era igual que un lago.

Alcanzamos el muelle y abrí los ojos grandes de sorpresa, como platillos. Veía gente rica con reloj de cadena de oro colgando de su vientre, pobres mal vestidos, discapacitados por todos lados, un ciego con su guía. Tres barcos grandes también estaban en el muelle, cargados de mercancía proveniente del continente: maíz en uno, madera fina en el otro y carbón en el tercero.

Mi padre me gritó que todo estaba listo y que los hombres se iban al centro, lo que hicimos también Jerry y yo. Después del viaje, ya no le quedaba nada en el cuerpo pero hubiera preferido quedarse a mirar a los barcos mejor que ir a comer.

Todos los de la tripulación, grandes y pequeños, nos metimos en una casa donde nos esperaba una mesa alistada con pan y té, y les aseguro que nadie pronunció ni una palabra hasta que se sintiera lleno. Después de pagar a la ama de casa, nos fuimos al despacho de sal.

Cada uno portaba su bolso, en el que cabían dos quintales de sal pero que dejamos ahí hasta estar listos para irnos.

Luego seguí a mi padre en todas las tiendas mientras que Jerry no me dejaba ni a sol ni a sombra a pesar de que su padre estuviera también. Los bolsillos de los calzones grises no estaban vacíos ese día, y cuando el barco estuvo listo para volver, mi padre los examinó. Se puso a contar y cuando terminó, gritó:

—¡Virgen Santa! Sólo te falta un chelín para llegar a comprarte un par de zapatos.

Y ¿quién se encontraba justamente ahí en ese momento? Una de las hermanas de mi padre, una mujer quien, en casa o en la ciudad, nunca salía de Dingle.

—Bueno, entonces, ahí va este chelín —dijo ella—, y dele buenos zapatos ya que es su primera vez en la ciudad.

Cuando oí mi tía decir eso, mi corazón explotó de felicidad ya que sabía que mi padre era hombre de palabra. Y yo tenía razón.

—Ven conmigo, hijo, los compraremos ahí, en la esquina.

Encantado, lo seguí. No tenía medias para ponerme pero la mujer de la tienda me dio un par pidiéndole a mi padre que se las trajera de vuelta cuando tuviera la oportunidad de volver. Y entonces, mis zapatos tuvieron que soportarme. Entonces, me sentí como un señor. ¿Quién hubiera dicho que no era uno de verdad? ¡Con mis zapatos elegantes, mi ropa fina de lana cruda y mi sombrero en la cabeza! Jerry tenía algo en contra mío pero cuando me vio con mis zapatos no se atrevió a decir

palabra. Su padre era un señor curioso que no se preocupaba por darle zapatos y que ni siquiera tenía el corazón para pensar en eso.

Cuando el barco tocó el desembarcadero de la isla cargada de la sal y de los alimentos comprados en Dingle, el acantilado encima de la bahía estaba negro de gente según la costumbre que todavía seguimos en la isla: por supuesto, venían a obtener las últimas noticias. Reconocieron a todos los que estaban en el barco, pero ¿quién podía ser este joven señor? Algunos pensaron que era un hijo de familia de Dingle que mandaban para explorar la isla durante una semana. Eileen, una de mis hermanas, estaba en el acantilado pero no estaba segura de que ese joven fuera yo por la gloria deslumbrante que brillaba en mis pies. Me había ido con la apariencia de un mendigo con los tobillos flacos y descalzo. Kate y Nora habían bajado hasta el barco y mi hermano Pats se llevó a la casa el bolso de dos quintales de sal porque una parte de nuestros pescados no habían sido salados.

Al oír mis pasos en el camino, mi madre pensó que un hombre adulto y consumado iba llegando. Todos se maravillaron cuando vieron que tenía zapatos tan temprano en mi vida ya que en esa época, hombres y mujeres solían andar descalzos hasta su matrimonio. Ver a un muchacho delgado y elegante pavonearse debía ser un espectáculo sorprendente, sobre todo en una pequeña choza llena de humo y cuyo tejado dejaba entrar la lluvia.

Nosotros dos, los del viaje a Dingle, recibimos un triángulo de pan amarillo y una olla de leche. No podíamos comer pescado, nos disgustaba así que Nora se fue corriendo a buscar cuatro huevos.

—Pensaba que no habíamos podido recoger ni un huevo hoy—dijo mi madre.

—Encontré un nido de gallina ayer en el techo, había ocho huevos adentro—replicó Nora.

—Nunca se podría encontrar un nido de gallina o tampoco siquiera de gallo en el techo de una casa de pizarra—afirmó Kate, campeona para verle el lado bueno a la peor situación.

Al tragar el último pedazo de pan amarillo y la última gota de leche con mis dos huevos, salí y sin perder tiempo, fui a ver la vieja bruja para burlarme un poco de ella ya que en esa época, yo tenía la lengua tan libre como la suya. La pobre me dio la bienvenida.

—¡Espero que vivas lo suficiente para poder gastar tus zapatos hasta lo último!—me dijo—. No perdieron tiempo para comprarte un par.

Cuando vi que me trataba con tanta cortesía, metí mi mano en mi bolsillo y saqué una manzana para ella. A todos les di una así como confites porque mi madre me lo había pedido. Ella se puso de pie masticando su manzana como un caballo, agarró la mitad de un conejo que estaba en la olla y me la dio.

—Tal vez te agradaría ya que ya eres un hombre—dijo.

—Pero, no puedo comérmelo así.

—Entonces, déselo a tu madre.

Llevé el conejo a la casa y se lo di a mi madre que me regaló una porción en la cual mordí.

Con la noche, empecé a marearme y me fui a la cama. Caí en seguida en un sueño profundo ya que el día me había agotado.

Ya había empezado la escuela desde un buen rato cuando me desperté al día siguiente. Mi madre me dijo que me había visto igual a un muerto durmiendo aunque me encontraba tan vivo como una trucha. Me hundí la cabeza en una tina llena de agua, me limpié los ojos para terminar de despertarme y corrí a la escuela.

CAPÍTULO VI

Tom el Calvo y los días antiguos

La escuela cerrada de nuevo – Un anzuelo en el dedo – El barco de Gortadoo – A pesar de la ley – El barco en llamas – La “Nora Chríonna” – Los intermediarios.

El Rey estaba sentado en su sitio habitual: con lo gordo y pesado que era, tenía que haber dejado algunas marcas en la banca. Empezó a cuchichearme preguntas acerca de Dingle. Ya había ido tres veces, la primera vez con su abuelo y las demás con su padre. Pero lo que le interesaba eran los confites. Yo ya veía lo que quería y no hubiera sido un buen amigo si no me hubiera acordado de él: le di cuatro confites y se puso muy feliz.

Nos dejaron salir al mediodía.

—Oiga—me dijo el Rey—. La maestra nos va a dejar pronto.

—¿Cómo sabes eso?

—Ayer le pidieron que se casara. No va a esperar.

—¿Con cuál hombre?

—Con el cochero de un caballero, en algún lado.

Tenía razón; se quedó hasta el final de la semana y se fue el domingo. La escuela cerró de nuevo.

Esta segunda maestra nos dejó alrededor del año 1873, yo tenía dieciséis años. Había estado seis años en la escuela pero no hablaba un inglés perfecto, al contrario.

Como no teníamos clases, el Rey llegó el lunes a buscarme temprano en la mañana. Ya había comido pero yo apenas empezaba y estaba comiendo una buena rebanada de pan amarillo fresco recién salida del horno con el lujo de un trozo de

mantequilla. Teníamos una vaca lechera muy buena y mi madre había hecho mucha mantequilla en un gran recipiente. También me estaba comiendo un pescado sabroso -una cabinza salada- una olla de leche y, lo que era todavía más valioso, una mandíbula igual que una máquina con buenos dientes para triturar mi comida.

Mi madre le ofreció un trozo de pan con mantequilla al Rey, pero lo rechazó. No le quedaba probablemente nada de hambre esa mañana. Nunca mi madre le hubiera ofrecido un trozo de pan amarillo si se hubiera llamado el Rey ya en esa época, pero no era el caso.

El Rey quería llevarme a pescar, pero primero, había que ir a las rocas para agarrar un cangrejo como cebo: no era la primera vez que nos íbamos así a buscar una aventura.

—Tengan mucho cuidado si van a buscar cangrejos—avisó mi madre—, hay marea baja.

Así nos fuimos a cazar cangrejos pero no agarramos nada.

—No hay nada en esos huequillos—dijo el Rey—. Deberíamos mejor quitarnos la ropa y meternos al agua a buscar donde podríamos encontrar algo de verdad.

Dicho y hecho: ya estábamos desnudos como gusanos hundiéndonos y volviendo al aire. Me metí en un hueco tan grande como yo y cuando puse el pie, toqué un cangrejo. Me costó muchísimo poder agacharme y alcanzar donde se encontraban mis pies, y resultó aún más difícil abandonar la idea. Me puse de cuclillas pero el agua me molestaba y no podía avanzar la mano para llegar al cangrejo. Metí mi pie en el hueco nuevamente y, por supuesto, lo saqué agarrado de mi pie. Era un macho gigantesco y normalmente la hembra tenía que estar con él. Volví a meter mi pie y encontré el otro pero era más pequeño que el primero y fue fácil de sacar. Ya tenía suficiente cebo para ese día.

Mientras tanto, había perdido al Rey. Al ir más allá de la cueva de agua fresca que usábamos en marea alta para lavar la ropa, cerca del lugar donde andábamos buscando cangrejos, lo vi llegar a mí. Estábamos los dos desnudos, muchachos con grandes piernas, y de repente, detrás de nosotros, descubrimos tres muchachas gruesas y jóvenes que nos miraban y nos comían con los ojos.

El Rey sintió vergüenza antes que yo y les dio la espalda, enfrentándose al mar. Aunque deseaba esconderme, me quedé en mi lugar pensando que tal vez era mejor escapar que exponerse a esas miradas.

Para impresionarlas, di una palmada en mi cuerpo y me quedé ahí parado para deshacerme de ellas. Las dos primeras dieron unos pasos atrás pero tres mujeres juntas siempre tienen valentía. Estábamos cerca y no supe qué decir cuando la tercera me dijo:

—Hace rato deberías de estar seco.

Le contesté que sólo estaba seco por un lado y que tenía que dar la espalda al sol durante un momento.

—Tal vez ese lado no te molesta pero será otra historia cuando te enseñaré mi trasero.

—Estoy segura que ya estás seco por los dos lados.

—Sería mucho más rápido si no tuviera, al igual que tú, una piel amarilla y malsana.

Oyendo eso, se apuró y fue a reunirse con las demás.

Después de vestirse hasta el último botón, el Rey se me acercó y me dijo:

—¿No estás vestido todavía?

—No, ¿para qué apurarme? Hay sol, hace calor.

—¿No sentiste pena, totalmente desnudo delante de esas mujeres?

—¿Qué podían hacerme? Ellas son las que deben de sentir pena, ¡y ni siquiera! Y tú no fuiste buen soldado frente a ellas. Casi te asustan.

La sinvergüenza que se había quedado frente a mí fue bautizada pero no se casó después; por supuesto eso era su debilidad, sufría de soledad, y se notaba.

—Ya ven—me dijo el Rey—. Tenemos para pescar todo el día, tienes dos cangrejos bien lindos y yo también.

Me vestí y nos fuimos siguiendo la hilera de rocas. El Rey tuvo que devolverse al pueblo arriba porque necesitaba una caña y anzuelos pero me alcanzó rápidamente. Nos dirigimos hacia el oeste, por la punta Dunlevy, llamada así en homenaje al poeta de la isla. Los peces de rocas mordían mucho y sacamos lindos especímenes que dejábamos detrás de nosotros. Yo estaba tirando mi caña y de repente, no me diga, ¡el anzuelo se agarró en mi dedo! ¡Ya dejé de pescar ese día! El Rey tuvo que cortar con su cuchillo el hilo del anzuelo amarrado a la caña misma. El anzuelo quedó clavado en mi dedo con el pedazo de hilo colgando. No me dolía mucho porque la herida no era muy profunda. Teníamos cuarenta pescados de roca, veinte cada uno y el Rey los cargó hasta la casa donde los dividimos entre nosotros. Me quitaron el anzuelo de inmediato, gracias a Kate que cortó, con una navaja de afeitar, la parte de mi piel donde estaba el anzuelo. Este dedo me dolió mucho y sufrí bastante antes de que se me sanara.

Tom el Calvo se quedaba a menudo con nosotros en la noche hasta la hora de ir a dormir. Era una compañía excelente y cuando hablaba, me hacía olvidar mi dedo doloroso: él contaba los tiempos difíciles que había conocido. Mi padre tenía casi la misma edad que él pero no tenía su talento para recordar el pasado y darle vida otra vez con cada detalle.

—Me pregunto—observó mi padre una noche—, lo que pudo ocurrir en cuanto a las parroquias de Dunquin y de Ballyferriter para que la gente se detestara tanto como el perro y el gato.

—¡Ajá!—dijo Tom—, ¿nunca oíste hablar del barco de Gortadoo?

—Pues sí—contestó mi padre—, pero ya no me acuerdo muy bien.

—Había un barco yendo a la deriva al norte de Beginish y un barco de Dunquin fue a su encuentro. La gente de Dunquin subió en el barquito perdido y agarró todo lo que le interesaba. Otro barco llegó de Gortadoo con una tripulación de veintiunas personas a bordo, todos notables de la parroquia. Lucharon con los remos para apegarse al barco a la deriva y se subieron también con las mismas ganas de encontrar algún tesoro y agarrando objetos que los de Dunquin habían apartado. Pronto, los dos equipos empezaron a pelear y los de Dunquin tuvieron que huir del barco. La tripulación de Ballyferriter tiró su botín en su barco que se hundió por el peso con toda la demás gente salvo dos hombres que se habían quedado a bordo del barquillo y que tiraban las cosas cosechadas; sin embargo, ellos tampoco volvieron.

—Si estos dos se quedaron ahí, tal vez todavía están vivos—le repliqué a Tom el Calvo.

—Cállate, hijo—dijo—. Este barco fue hecho pedazos cuando se rompió en el Ferriter's Raven esa misma tarde.

—Bueno de acuerdo, pero ¿por qué los de la parroquia del norte les guardaron rencor durante tanto tiempo a los de Dunquin?—volvió a preguntar mi padre.

—Vea amigo—empezó Tom—, es porque no salvaron ni uno del mar aunque los pobres suplicaran, agarrándose de los remos. Les rogaban de ayudarlos y sacarlos

de ahí...pero los de Dunquin no hicieron más que quitar los remos de su alcance y dejar la marea llevarse a sus enemigos.

—Es extraño que ni siquiera salvaron a algunos aunque, claro, su barco no podía recibirlos a todos además de su propia tripulación—comentó mi padre.

—No podían recibirlos a todos, ya lo dijiste, y tampoco tenían muchas ganas de hacerlo ya que habían sido atacados en el pequeño bote, robados, expulsados y finalmente alejados de la embarcación que habían encontrado primero—concluyó Tom.

—Supongo, —siguió mi padre—, que las dos tripulaciones constaban de gente ligada por la sangre.

—Tienes razón—dijo Tom—, algunos eran parientes y el bote se hubiera hundido cuando un hombre trató de alzar uno de ellos agarrado de un remo. El capitán impidió esa tentativa diciendo: —Todos van a intentar salvar a sus conocidos, uno por uno, y el barco no aguantará—. Así se ahogaron los veintiuno hombres del barco de Gortadoo y así fue que el barco de Dunquin volvió sano y salvo al puerto pero sin su botín.

—Pienso que seguro estaban furiosos en la parroquia del norte—asumió mi padre.

—Imagínate, —dijo Tom—, después de la pérdida de ese barco, reportaron dieciséis viudas en la parroquia de Ballyferriter. Claro, luego, los de Dunquin lo pagaron: les hacían trampas en la iglesia, los esperaban en la feria, iban en sus tumbas al anochecer, entraban en las casas y violentaban a la gente. Al molino de Belaha, en la gran isla, mataron a un buen muchacho, hijo de una mujer de mi familia quien era pobre y sin defensa. Cada vez que era día de mercado en Dingle, seis o siete personas necesitaban un pastor después de las peleas del día.

—Y ¿cómo hicieron las paces al final? —preguntó mi padre.

—Te lo voy a decir. En este pueblo presa del odio, una muchacha quiso casarse con un hombre de Dunquin, lo que resultó ser el primer gesto de paz entre las dos parroquias. Pero, claro, tomó mucho tiempo para llegar a aquella aceptación y los dos enamorados habían empezado por casi matarse el uno al otro.

—¡Que Dios bendiga a los muertos!—se exclamó mi madre—. Por fin hoy me entero de lo que pasó entonces, y me doy cuenta de que antes, todavía existía esa clase de gente sin piedad. Gracias a Dios, de hoy en adelante, ¡nunca más pasará!

Ya casi era hora de dormir: Tom estaba a punto de irse y los de la familia a llegar después de haber pasado la tardecilla en las casas vecinas.

Durante un mes, me dolió mucho el dedo, así que no pude disfrutar de los juegos y de la diversión y el único momento en el cual no sufría, era cuando Tom nos contaba sus historias. Llegaba a nuestra casa cada noche y, ayudando a mi padre que repetía una oración durante las largas noches del invierno, Tom lo imitaba todos los domingos al unirse a nosotros. Sabía muy bien recitar su decena.

Tom siempre fue pobre y tuvo que promover las destrezas de su hijo que pasó cinco años, sin medias o zapatos, guardando las vacas en Ballyferriter. Después de que su hijo se fuera, su hija recibió, de un tío pariente de su esposa, el dinero para viajar a América. Como ella también dejó la casa para irse a vivir cinco años allá, tuvieron que pedir al hijo que volviera. De vez en cuando, desde el otro lado del oceano, su hija les enviaba una libra o dos⁸ que los ayudaba mucho.

Cuando su hija se fue, la vieja bruja empezó a levantarse muy temprano y la oíamos llorar con los primeros rayos del sol. Era natural ya que su hija era lo más

⁸ Una libra equivale a 970 colones costarricenses en 2007.

importante para ella y no la volvió a ver nunca. Cada vez que yo la oía lamentarse, sentía mucha tristeza para ella.

Un día en que se había levantado temprano, distinguí, más allá del puerto y de Playa Blanca, un vapor anclado y cargado de hombres negros, es decir hombres con el pelo y la ropa oscura. Se asustó y corrió a tocar a nuestra puerta.

—¡Donal! —gritó.

—¡Sí! —contestó mi padre con el temor de que algo hubiera pasado a su hijo o a Tom mismo—. ¿Qué pasa?

—Hay una cosa enorme y negra anclada en la bahía justo debajo de su casa, está cargada de hombres con uniformes negros y grandes gorras.

—Así es—dijo mi padre—. Lo esperábamos, tarde o temprano. Me imagino que, en la isla, no quedarán muchas casas de pie en la tardecilla.

—¡Que Dios nos socorra!—exclamó la vecina—. Todo empeora, pero siempre podremos salvarnos hasta que nos quiten nuestras chozas.

Un segundo después, todos estábamos despiertos y camino al desembarcadero.

Cuando llegué, las mujeres me dijeron qué tenía que hacer y me juntaron con los demás para recoger piedras. No paramos hasta que tuviéramos montones equivalentes al cargamento de un barco. Una mujer dijo que aparentemente teníamos lo suficiente en municiones y que veríamos como irían las cosas al gastarlas todas.

—Bueno pero pienso que las balas nos habrán matado antes—replicó otra mujer.

—¡Qué desgracia! ¡Espero que mueras como ocurrió en el Doon⁹! Estarás mucho mejor muerta que yaciendo en una cueva con tu casa destruida, ¿no crees?

⁹ Ciudad de Irlanda que fue el escenario de la batalla sangrienta de Ardnaree en 1586.

Una gran lancha llena de hombres se despegó de un lado del barco y al acercarse a la orilla de la playa, se sorprendieron al ver toda la gente reunida encima del puerto, en el acantilado. Pensaban que todos nosotros habíamos huido, temblando, y ¡tenían motivos! Cada uno de ellos llevaba un fusil cargado pero esas mujeres no los temían en absoluto.

Los hombre se retiraron y las mujeres se reunieron, cada una con un trozo de roca en la mano. Los del barco no supieron qué hacer cuando vieron a esas mujeres apareciendo delante de ellos, así que fueron más despacio hasta la orilla. Al final, llegaron al pie del acantilado con dos hombres que se mantenían en la proa de la lancha, cada uno con un fusil en las manos y la orden de mantenerlo apuntado hacia cualquiera que intentara atacarlos. En cuanto bajó el primer hombre, una mujer le tiró una gran piedra que casi lo hace caerse. Examinó el acantilado y apuntó su fusil hacia las mujeres que estaban ahí pero ninguna movió; dominaban el puerto en un rango apretado. Pronto, una mujer tiró otra piedra y otra, y otra más, hasta que toda la playa se volviera un campo de batalla. Nadie más salió del barco y tuvieron que actuar rápidamente y volver a tomar el mar remando fuerte hasta que se toparan con dos otros barcos grandes y sus dirigentes. Después de discutir un rato, todos retornaron de nuevo con más ira que nunca y encallaron a los barcos en la playa antes de bajarse. La lluvia de piedra seguía constante y uno de ellos, golpeado en la parte superior del cráneo, cayó al suelo. Sólo era una pequeña piedra tirada por una niña y hubiera sido un cadáver si la roca de una mujer le hubiera dado en esta parte.

Los capitanes ordenaron el inmediato regreso a las lanchas, lo que hicieron los hombres pero con un poco de atraso a causa del hombre medio muerto. Se quedaron ahí en los barcos durante la conversación de sus superiores que trataban de definir si las mujeres habían gastado todas sus municiones o no. Pero ya los

chicos de la playa tenían nuevos montones de piedras y la pelea siguió más fuerte a pesar de que el enemigo estuviera armado y amenazando a las mujeres valientes. Inspiraban más miedo de lo que sentían ellas mismas.

Cinco de ellas estaban apartadas a un lado, ya no tenían proyectiles y una llevaba un niño gordo en sus brazos: ¡imagínense lo furiosa que estaba cuando no tuvo ya nada que tirarles a los dos policías que trataban de trepar la colina herbosa debajo de ella!

—¡Mi corazón al diablo!—gritó—. ¡Les voy a tirar el mocoso!

—¡Ya es suficiente!, loca—le dijo su compañera—, cálmate, ¡quédate con tu niño!

Ya estaba agarrando impulso para tirar al niño cuando su compañera la detuvo. Mientras tanto, otra surgió y tiró un pedazo de zacate a los invasores que se tropezaron. El niño que casi sirve de proyectil vive ahora saludable en América.

El vapor desapareció unas cuantas horas después con toda su tripulación y sin llevarse ni un solo penique.¹⁰

Todo Irlanda se sorprendió al saber que un vapor había llegado a la Gran Blasket con sus hombres y no había podido llevarse ni contribución finquera ni impuestos. Todo se calmó durante un buen periodo pero unos años después, otro barco llegó con el mismo propósito y ancló cerca de la playa más abajo de las casas. Transportaba algunos civiles y unos pocos hombres armados. En cuanto a los isleños, ya sabían que esa gente iba a llegar y que, probablemente, lo mejor hubiera sido dejar a los visitantes actuar como quisieran. Por supuesto, llevaron al ganado y a las ovejas lo más lejos posible, en la parte occidental de la isla, para salvarlos. El fiscal estaba a bordo también con sus colegas y nadie se acercó a ellos pero al

¹⁰ En el sistema monetario británico antiguo, un penique equivalía a 408 colones costarricenses actuales (2007).

igual, los isleños no le hicieron la vida fácil. Oficiales y policías, todos juntos, treparon a la cima de la colina. En cuanto al fiscal, fue a investigar al lado de la vieja torre, pero no encontró nada, así que envió un equipo para explorar en vano la parte central de la isla. Se toparon con dos mulas viejas media muertas que sólo estaban en los huesos y que el fiscal rechazó porque no quería volverse el hazmerreír de la gente. Por eso se fueron a casa igual como habían llegado: sin vaca, ni caballo, ni oveja tampoco.

Tengo que contarles otro día divertido que vivimos en la isla y que me echó a reír cinco o seis veces antes del atardecer así que quiero compartirlo.

Era domingo, una multitud de lanchas se habían ido, conduciendo a la gente a misa pero alrededor de la una de la tarde, divisamos una lancha que se acercaba. Todos sabíamos que no era una lancha de la isla ya que nadie iba a volver tan temprano. Estábamos en vilo porque nos habían hablado acerca de unos impuestos sobre los perros; sin embargo, cuando la lancha atracó, vimos que transportaba extranjeros.

Entonces, reunimos nuestros perros y nos fuimos a las colinas y cuando la trompa sonó, ya no se veía ni un perro. No era de extrañar que los habíamos escondidos, eran cuatro perros por casa y un total de ochenta.

Cuando los hombres bajaron de la lancha, supimos que contaban con un funcionario de la oficina de pensiones acompañado por dos empleados del banco. Los que habían pedido una pensión de ciegos se metieron a la cama para que los visitantes creyeran que ya no podían ni caminar. Algunos de ellos eran hombres fuertes y vigorosos recién llegados a casa y que todavía llevaban puesto su ropa y sus zapatos.

En la primera casa que examinaron, los funcionarios quisieron ver el enfermo, por supuesto no se sentía mal en absoluto pero fingió: sólo vieron unos centímetros de su nariz. Un empleado se acercó y miró con mucha atención para descubrir un par de zuecos; llamó a su colega:

—Ves, lleva zuecos.

—Por Dios, ¡es el diablo!

Y todos se rieron a carcajadas.

—La gente de aquí puede llevar cualquier aspecto—dijo el funcionario.

El hombre de los zuecos volvió a esconder la extremidad de su nariz debajo de la sábana.

Los visitantes fueron a otra casa a buscar dos personas que, al igual, encontraron juntas en la misma cama. El empleado no vio nada porque los dos enfermos temblaban del frío. Eran el hombre y la mujer de la casa y lo único que se podía ver de ellos eran los zuecos del hombre, sucios del día anterior, ya que no tenía mejores zapatos.

El empleado llamó a su colega:

—¡Tenemos dos aquí y tienen la cama de honor!

Los dos hombres se echaron a reír fuertemente.

—¿Quién sabe?, ¡tal vez tienen también unos cuernos debajo de la sábana!

En una noche muy fría, Tom el Calvo entró en nuestra casa mientras estaba paseando como siempre. Había un gran fuego de turba en la chimenea y, dado que la casa era pequeña, el calor nos hacía sentir bien. El hombre orejón había llegado antes de que me fuera a la velada con los demás jóvenes que ya estaban allí para mantener la costumbre.

—Si tienes un poco de sensatez —me dijo mi madre—, te quedarás aquí al lugar de ir a una de esas pobres chozas sin fuego ni calor. Tendrás lo suficiente diversión aquí con tu padre y Tom el Calvo.

Decidí quedarme y pasar por alto los juegos de afuera, no tanto por los consejos de mi madre, sino porque me apasionaban las historias de Tom. El primer tema que hablaron los dos hombres fue el del barco en llamas.

—Díme Tom —dijo mi padre—, sudamos sangre el día en que este barco se estaba quemando.

—Es cierto—contestó Tom—, dos hombres de nuestra tripulación casi dejan el alma cuando terminaron de remar.

—Notamos que algo hacía que la embarcación se moviera, pero a pesar del humo, no estaba en llamas —siguió mi padre—. No había viento y el barco no tenía velas pero nosotros casi nos matamos al tratar de alcanzarlo remando como furiosos y sin ganar ninguna distancia.

—Fue el primer barco de vapor que vimos por aquí y pensamos que estaba en llamas, por eso lo seguimos —dijo Tom—. Estaba cargado de maíz e iba para Limerick.

—Viéndolo dirigirse hacia el norte, todos los barcos de Dunquin y de Ballyferriter salieron—agregó mi padre antes de preguntar—, ¿Fue mucho después que conseguimos toda esa carne grasosa de res?

—Apenas un año después y una semana antes de la San Patrick¹¹ —contestó Tom.

—Encontramos un montón de cosas intactas en la playa si no me equivoco —dijo mi padre.

¹¹ 17 de Marzo

—Nadie sabe cuántos había—dijo Tom—. Doce toneladas de carne salada fueron almacenadas en una sola casa de Fearanna en la parroquia de Ballyferriter.

—No pudimos aprovechar mucho, creo—dijo mi padre.

—Tienes razón pero había un buen motivo y fue que el clima estaba tormentoso así que los hombres no pudieron ir a conseguir sal. Sin embargo, a pesar de nuestra pobreza, todos tuvimos lo suficiente carne durante al menos un año. En cuanto a mí, tuve mis reservas por más de un año a pesar de ser el más desafortunado de todos ya que no tenía sal. Creo que apartaste lo suficiente para pagar tu finca, ¿verdad Donal?

—Almacenamos cuatro toneladas llenas de carne fresca y salada—dijo mi padre. El año había sido maravilloso para las papas así como para el pescado.

—En mi barco, cada uno se había ganado treinta libras—replicó Tom.

—¿No es en esa época que vimos llegar a la “Nora Chríonna”, Tom?

—Un año después, sí. Un año muy malo en que no ganamos ni una libra. Los estafadores que se encontraban en este viejo esqueleto agarraron el último pez que había en la isla y veo que la maldición de algunos pobres los golpeó cuando su barco, lleno de pescado, se hundió en Edge Rock al regresar a Dingle.

La “Nora Chríonna” era un barco viejo de pesca que los oficiales habían detenido y robado para ir a cobrar el impuesto sobre las fincas del Blasket. También se habían llevado el cargamento de pescado. Al volver, la embarcación se hundió con lo que cargaba. De esa historia se escribió una canción:

“La Nora Chríonna perdió su fondo,

Las cabras se fueron al mar,

Nora O’Rahilly lloró y se lamentó,

Clara Hussey exigió la ley.”

—Sí, todos los habitantes de la isla los maldijeron, supongo —dijo mi padre.

—Sí —dijo Tom—, y también recibieron el castigo de Dios.

—Yo no sé cómo haces—dijo mi padre—. Ya sabes que ninguno se ahogó cuando perdieron su fondo, ¿cómo se salvaron?

—Tenían una lancha grande y nueva. Cuando el barco empezó a hundirse, se pasaron a la lancha.

—Está bien pero, ¿cómo la maldición de Dios los pudo golpear entonces?

—Te lo voy a contar—contestó Tom el Calvo—. En el tiempo de las persecuciones, unos cuarenta de ellos llegaron aquí para cobrar lo de las fincas y ninguno murió en su hogar salvo uno, Patrick Fitzgerald, quien vivía muy lejos de aquí en Coomeenole. Todos los demás murieron en la miseria en una pensión de pobres lo que resultó ser justicia. Gracias a Dios, ya todos están muertos y nosotros estamos vivos todavía.

—El primer hombre honesto que llegó a cobrar el impuesto sobre las fincas después de los oficiales fue John Hussey —comentó mi padre.

—Sabíamos qué esperar con él —indicó Tom—. Desde el primer día en que empezó, nunca pidió un penique más de lo que tenía que ser.

—Es verdad Tom, pero también molestaba mucho a la gente que trabajaba para él. Pedía que los barcos lo acompañaran para ir a cortar algas y hacer abono o para recoger mejillones; había que esquilar sus ovejas sin recibir nada a cambio y además, daba muy poco de comer a su gente: un pedazo de pan amarillo viejo de tres días y una tasa de leche agria cuya crema había sido extraída mucho antes. Si la gente pudo sobrevivir y mantener su cabeza fuera del agua con él, tendrá siempre mucha suerte.

—¡Que se enfrente a la maldición de los Veinticuatro Hombres!—gritó el orejón—. Casi pierde un barco en el cual yo estaba, remamos hacia el norte, contra la marea, con un cargamento de algas negras para el puerto de Keel. La marea estaba demasiado fuerte y la embarcación muy baja pero, por suerte, dos hombres tiraron al mar el equivalente de cinco o seis veces el peso de un caballo en algas.

—Él había enviado dos tripulaciones de nuestros barcos para esquilar a unas ovejas en Inishvickillaun —agregó mi padre—. Nos quedamos allí durante tres días. El hombre que vigilaba la isla había juntado el material de un naufragio en la orilla y tuvimos que llevarlo todo al este, para Béal Dearg (la Boca Roja).

Al escuchar a los dos hombres contándose esas cosas, yo no veía acabarse la velada.

Capítulo VII

Mis últimos días de escuela

Un viejo soldado como maestro – El inspector llega a visitarlo – Yo al lugar del maestro – Cacería de conejos.

Un soleado domingo, un barco llegó de la gran isla con unos extranjeros a bordo. Nadie sabía quienes eran, así que todos nos reunimos encima del puerto. El hombre era alto, delgado y con un aire enfermo. Además, parecía viejo. Estaba casado y su esposa lo acompañaba con dos niños. La mujer tenía tres piernas: una que funcionaba bien, una más corta y una hecha de madera. Así, la gente empezó a hablar en grupos pero alguien se exclamó:

—Tal vez son miserables, pero ¡miren lo bonito que están sus niños!

—Es la voluntad de Dios —le contestó otro, conocedor de los asuntos de Fe—.

No venían de muy lejos, el hombre era de la parroquia de Ballyferriter y la mujer era de Dunquin. Se dirigieron en seguida hacia la escuela ya que el edificio estaba dividido en dos para alojar a los maestros. Les trajimos una buena cantidad de turba y se instalaron antes de empezar su trabajo. Él era un viejo soldado que había recibido una bala o dos cuando estaba en el ejército, por eso percibía una pensión de seis peniques¹² al día. Una de las balas que había recibido se había metido en las costillas y le impedía atar los cordones de sus zapatos o inclinarse. No formaban la pareja perfecta y no es que deseo tirarles la primera piedra. La mujer de las tres piernas valía un poco más que él: iba al pueblo más rápidamente que todos los demás porque su caña le ayudaba mucho.

La escuela volvió a abrir el lunes después de un año sin funcionar. Nadie faltó ese día para ver al nuevo maestro, ¡imagínense! Los ancianos luchaban contra su

¹² Aproximadamente 2448 colones costarricenses (2007).

curiosidad de ir a ver como le iba al nuevo. No había muchos maestros en esa época porque el pastor no había encontrado a nadie durante un año y luego de decidir que la situación no podía seguir así, nos había mandado a ese hombre mientras buscaba otro que de verdad fuera maestro. El nuevo nunca había ido a la escuela superior y tampoco había sido tan brillante en la escuela. Sin embargo, volvimos al estudio el lunes por la mañana.

Puntual como siempre, el Rey me esperaba sentado en su lugar y me invitó a sentarme a su lado, lo que hice.

—Este viejo mozo tiene huecos en la piel, ¿verdad? —me cuchicheó—.

—Sí, tiene el cutis picado—dije yo—.

Mi padre me había dicho que eran los signos de que había tenido la viruela pero, en esa época de su vida, el Rey no conocía nada de eso.

Los malos estudiantes que eramos no aprendimos mucho ese día, ya que al lugar de utilizar nuestros libros y nuestros cuadernos, mirábamos la mujer de las tres piernas que nos visitaba de vez en cuando. El maestro era un hombre justo y no lo temíamos como hubiéramos temido a un hombre de carácter fuerte. En todo caso, los alumnos se portaban bien con él.

Cada tres meses, iba a la ciudad para comprar una caja de confites y unas manzanas para los alumnos. Si a veces un niño se quedaba en la casa, iba a visitarlo y le llevaba una manzana o un caramelo, y el niño, con las ganas de morder en la manzana, lo seguía. Tenía tan buenas maneras que casi nadie faltó nunca a clases.

Fue el último maestro que tuvimos, el Rey, los demás y yo. A pesar de haberse quedado un buen tiempo en la isla, al final tuvo que irse por razones de salud. Quiso

irse a Cork pero, ¡pobre!, murió en camino, en Tralee. Antes de su partida, pudimos aprovechar todo su conocimiento.

No tardó mucho antes de pedirme que yo diera la clase para que él pudiera estudiar por su propia cuenta, ya que a mi no me podía enseñar más. Obedecí durante cierto tiempo pero la situación se salió de control y se hizo extraña.

Un día me trajo el trabajo que tenía que impartir y me dejó solo. Cuando volvió, el trabajo seguía incumplido lo que lo sorprendió y le provocó un arrebato de cólera. Era la primera vez que se alejaba de nosotros. Se puso a trabajar sin decir una palabra y dominó su ira para evitar de pagar el precio de sus excesos.

A pesar de parecer muy frágil, el maestro cambió del todo cuando un día llegó un inspector a la escuela. Sonrojó ligeramente como lo hacen los locos cuando piensan que han hecho algo mal y tiendo a pensar que lo era a pesar de que tuviera muchas preocupaciones. Por supuesto, no lo condeno por el cambio de su cara cuando entró ese tipo que nos provocó a todos escalofríos en la espalda.

El visitante tenía cuatro ojos que bastaban para iluminar la casa en la noche sin ayuda de lámpara. Más que nadie, el Rey le mostró interés pero tuvo la misma enfermedad más tarde cuando tuvo cuatro ojos a su vez.

Ese inspector tenía la piel tan amarilla y gruesa que se podía pensar que venía de algún lugar perdido de China. Su mirada agresiva indicaba que siempre había estado en el ejército y no era de extrañar que todos temblaban ante él. Ninguno de nosotros, pequeños o grandes, pudo decir ni una palabra y todos siguieron en lo suyo. Pronto, el maestro se me acercó pidiéndome que adicionara lo más rápido posible algunas cifras en una pizarrita. Era una tarea fácil para mí y lo logré rápidamente. El inspector le había pedido lo mismo al maestro pero este estaba tan impresionado que no lo había logrado.

En vista de que nuestro maestro no tenía muy buena salud, la angustia que le había inspirado el inspector lo hizo enfermarse pero la escuela permaneció abierta todos los días. Me dijo que estaría reconocido para siempre si pudiera reemplazarlo en la escuela con el Rey para ayudarme. Su esposa que era modista fue a visitar a mi madre para pedirle que me convenciera de encargarme de la escuela mientras el maestro estaba enfermo.

—Si necesitas arreglar una cobija o coser cualquier cosa, lo haré—ofreció la señora—.

Así el Rey y yo nos volvimos un par de profesores, durante todo un mes. No lo comenten, no nos fue tan bien ya que a pesar de todos nuestros intentos, la mala suerte y las travesuras nos impidieron hacer mejor. En esa época, en la escuela del Basket había gran cantidad de jóvenes vigorosos que pensaban más en hacer bromas y enamorarse que en aprender. Sin embargo, logramos terminar el mes sin problemas ni preocupaciones.

El maestro murió poco después y la escuela cerró de nuevo. El Rey y yo volvimos a nuestra libertad de andar juntos en la colina y en el mar. Yo tenía todavía la actitud de un mimado, por ser el último de la manada, pero el Rey también, por ser el primero en su casa. Por esa razón nos dejaron hacer, en bien o en mal, todo lo que queríamos.

Una mañana, me vino a buscar muy temprano:

—¿Por qué tan temprano?—le preguntó mi madre.

—Vamos a cazar—contestó—. El día está hermoso, vamos a Black Head, tal vez agarraremos media docena de conejos ahí. ¿Dónde está Tom? Supongo que está dormido todavía.

—Sí, justamente, está durmiendo todavía—le dijo.

—Aquí estoy, compa—le dije porque yo reconocía su voz mejor que cualquier otra.

—Levántate rápido, —dijo—, vamos a cazar.

—Pero no tengo nada bueno para cazar—me quejé.

—No te preocupes, tendremos todo lo que necesitamos—dijo—. Voy a llevar el hurón conmigo.

—Me temo que no te dejen llevártelo.

—Lo robaré donde el abuelo.

Mi madre me dio mi desayuno: una gran rebanada de pan de harina basta de maíz, duro como garrote, un pescado salado y leche con agua, que no tardó mucho en desaparecer y lo que no pude tragar de una vez lo trituré con mis buenas muelas.

Y, ¡vámonos los dos! Junto con el hurón que el Rey había escondido contra su pecho debajo de su camisa, y dos buenos perros. Yo llevaba una laya en el hombro. Trepamos la colina a paso veloz y descubrimos una madriguera cerca de la zona donde estaban los conejos. El Rey sacó el hurón, lo amarró a una cuerda y lo mandó al hueco. Luego, cubrió todos los huecos de la zona con una red.

Pronto, apareció un conejo y quedó atrapado en la red que lo detuvo ya que la trampa tenía un nudo corredero para encerrarlo. Apenas sacó el conejo de la red y la volvió a poner en su lugar que otro conejo saltó fuera de su hueco. El hurón no salió antes de haber sacado al último habitante de la madriguera. Los hurones siempre salen cuando ya no encuentran nada. Ese día, el hurón nos había enviado siete conejos magníficos y, al salir del hueco, todos se habían quedado atrapados en la red. Nos fuimos un poco más lejos, a otro terreno de cacería, y el Rey volvió a mandar al hurón bajo tierra donde se quedó un buen rato sin que nada saliera. Al fin,

un conejo bonito y grande surgió al aire libre y la red lo detuvo pero se liberó la pata y se escapó bajando la colina pronto alcanzado y detenido por nuestros dos perros.

El día terminaba, contemplábamos el atardecer cuando el Rey declaró:

—Tenemos tanta hambre que no podremos cargar los conejos hasta la casa.

—Nunca he visto alguien tan fuerte y tan hambriento como tú lo estás siempre —le dije—, si no atrapamos nada más, lo llevaré todo a la casa.

A esta hora, ya teníamos media docena de conejos lo que constituía una buena carga y decidimos volver a casa. Yo llevaba puesto un abrigo con un gran bolsillo interior que contenía un buen trozo de pan. No lo había metido ahí sino mi madre porque seguro pensaba que el día iba a ser largo y que los jóvenes comen mucho; y tenía toda la razón.

Saqué el pan, lo partí en dos y le di una mitad al Rey. Los Reyes de esa época no eran tan difíciles como ahora y además, él no había sido coronado todavía. Mordió su trozo con ganas, le gustó y quería más. Cuando se lo comió todo, se sintió en forma de nuevo y mandó al hurón en los huecos, uno tras el otro, hasta que tuviéramos una docena de conejos cada uno antes de volver a casa bajo las estrellas.

Capítulo VIII

Matrimonios

La familia separada– Los cazadores llevados a Belfast – Pats Heamish en Dingle – La tinta de las enaguas.

Nuestra familia se dispersó poco a poco al igual que la “orina de Mór” como lo verán. Y ya que la mencioné, eso es lo que le pasó. Mientras Mór iba camino a Donncha Dí en la parte norte de Irlanda, llegó a Mám Mhuisire de donde tenía una buena vista de las diferentes direcciones que se ofrecían a ella.

Allí fue donde Mór orinó. Era en la intersección de cuatro caminos: pensaba seguir cualquier camino por el cual bajaría la orina, ya que entonces, no podía distinguir el este del oeste. No logró encontrar su dirección porque el líquido bajó por varios caminos donde alcanzó la misma distancia, entonces, ella dijo:

¡Qué desgracia!

Irlanda es grande y yo insignificante

Ya mejor abandono mi sueño de Donncha

Y me retiro a mi pequeña cabaña

Eso es lo que hizo. Regresó a su casa donde permaneció hasta su muerte y donde fue enterrada a unos veinte yardas de su cabaña, aquí, en Baile Viocáire.

Claro, mi historia no trata de esto.

Mi hermana Kate se casó y fue a vivir en una de las casitas de la aldea. Su esposo era un buen pescador y a veces, yo lo mantenía bajo el agua con un remo para que atrapara unos cangrejos y atraera nuestras presas. Un día, lo mantuve demasiado tiempo en el fondo y cuando volvió al aire, ya no tenía respiración y su cara se había puesto azul. Nunca volvió a confiar en mí.

La casa donde Kate fue a vivir era muy parecida a la que dejaba, y también con huevos en el techo. Su esposo se llamaba Pats Heamish y el padre de éste era el Gran James. Antes de casarse, Pats había deseado entrar en el ejército pero su padre le repetía: "Pats, mi chico, piensa en la carga que tienes que soportar" para recordarle que tendría que lidiar con su parte de preocupaciones. Cuando la gente de la región peleaba y gritaba en los mercados y en las ferias, el Gran James era el jefe de uno de los partidos ya que se había venido de Ballyferriter a esta isla y por consiguiente, representaba cierta autoridad. Padre e hijo eran buenos para los trabajos fuertes pero no eran tan diestros. Kate trepaba al techo para ir a buscar los nidos de gallinas porque recogía los huevos tan pronto como en el gallinero.

Ahora tengo que dejarlos abrazarse para que mi historia me lleve otra vez a ellos.

Mi hermano Paddy se casó el año siguiente al matrimonio de Kate. Su mujer era una chica de Dunquin, hija de un tejedor. Tuvieron dos varones. Cuando ella murió, el más joven tenía sólo tres meses y mi pobre madre tuvo que criarlo cuando ya había terminado con nosotros. Maura seguía en América, y Nora y Eileen en la casa. Maura planeaba quedarse al otro lado del oceano esperando a que las dos otras fueran a verla y así pasó, gracias a que envió rápidamente el dinero del viaje. Ambas se fueron durante el año y en cuanto Maura vio que sus hermanas tenían los pies en el nuevo mundo, pensó en volver: su hijo estaba todavía en Irlanda y quería que gozara de sus derechos y obtener lo suyo frente al tío que los había echado. Al final del otoño, llegó al Blasket con aproximadamente una centena de libras¹³. Apenas se acomodó en la casa que decidió buscar a la justicia y cuando acabó con su cuñado, ya no le quedaba mucho. Obtuvo cierta cantidad de dinero para ella además del dinero reservado para su hijo que fue depositado en el banco. Luego, se alegró y

¹³ Una libra equivale a 970 colones costarricenses (2007).

pensó en casarse de nuevo con un hombre derecho, vigoroso, fuerte que sólo poseía su ropa, ni siquiera de muy buena calidad. Construyeron una casa nueva muy pequeña y siguieron a su ritmo como cualquier otra pareja. Este joven era buen pescador y ella podía vivir en cualquier lugar, aunque fuera un hueco de conejo: todos los que habían visto América o que habían vivido ahí un tiempo aguantaban cualquier situación. Llegó el turno de su hijo quien, cuando creció, se fue para América.

Poco tiempo después, fue mi hermano que provocó un viraje de situación ya que estaba a mitad del camino para América y había dejado sus hijos a mi madre. Mi padre ya era mayor y no quedaba nadie con quien contar para ayudar la familia a sobrevivir; nadie salvo yo, el mimado.

¡Ven lo rápido que nos tomó en separarnos! El amor de la vida, la felicidad, las bromas sin parar antes del almuerzo, durante y después; todo eso se había ido junto con las voces, salvo las de la vieja bruja y de el enojón de Tom el Calvo a pesar de que “sentíamos cierto consuelo al saber que seguían aquí”, como se dijo acerca de Cuas Cromtha.

Una noche en la cual Tom estaba bajo nuestro techo:

—Donal, —dijo—, ¿alguna ves Juana la Pelirroja logró sacarte algún dinero?

—Pues no —contestó mi padre.

—No son muchos los que ella ignoró en esta isla.

—¿Y a ti? ¿Te supo estafar? —preguntó mi padre.

—Sí, más de una vez. No le dejó nada a mi tío, el Gran Pat. Durante todo el tiempo que lo cuidó, le sacó quince libras¹⁴ de su bolsillo.

¹⁴ Aproximadamente 14550 colones (2007).

Era esa mujer que despojaba a los hombres, los llevaba siempre a la corte y no dejaba de exigirles dinero y de atormentarlos. Era viuda, su esposo había muerto pescando. Poseía un lote y tenía dos hijos, una mujer y un varón. Cuando su tristeza se borró, después de la muerte de su esposo, tuvo la fiebre. Tom el Calvo decía que nadie se parecía a ella en todo el condado de Kerry. Bien hecha, vigorosa, con una buena prestancia, fuerte, con la piel clara, nunca necesitaba una esclavina para protegerse del calor o de la lluvia, afirmaba. Si lo necesitaba, bastaba con que desatara su cabello color de oro puro, seguía Tom.

—Es sorprendente que no tratara de volver a casarse, ¿verdad? —dijo mi padre.

—Claro, lo pensó a menudo pero ya tenía mala fama y todos la dejaban ir, la ignoraban cuando ella se acercaba.

—Por mí, —comentó mi madre— que había motivos de ignorarla con sólo que lo llevara a uno a la corte cuando se le antojaba.

—En esa época, había una dama con mucha influencia en la isla y las dos se habían puesto de acuerdo para manipularlos a todos a su gusto —dijo Tom.

—Uno de estos hombres hubiera hecho mejor en darle el golpe decisivo al lugar de dejarse manipular así.

— Ay no, esta mujer hubiera ahorcado a cualquiera que hubiera intentado tocarla con la punta del dedo. ¿No ven que ellos no podían salvarse aun cuando no tenían nada que ver con ella? Un día que el Gran Pat estaba trabajando en su turbera y estaba infeliz por lo poco que había cortado, de repente le apareció la Pelirroja:

—¡Fuera! —le gritó—. Ya le ha sacado bastante a esta colina como para pagar su finca.

—Me iré cuando me plazca —contestó Pat.

La Pelirroja no agregó nada pero se metió en la zanja lo suficiente para molestar.

—¡Ahora vamos a ver si se va o no! —dijo.

Pats agarró su laya para darle el golpe fatal y dejarla muerta en la turbera. De lo furioso y fuerte que estaba, hubiéramos podido esperar lo peor, pero seguro Dios se lo impidió. Luego, me contó que la había indultado pensando en su familia sin defensa que dependía de él y no se merecía eso.

—Yo sabía perfectamente —dijo—, que me hubieran ahorcado.

Cuando había ido a molestar a Pat en la turbera, ella había usado la malicia:

—Se nota que no tiene mucha vivacidad de movimientos para preferir lo que sale de su turbera mejor que lo cae adentro.

—Qué extraño que no cruzó al oeste siendo la mujer que era —dijo mi madre.

—Santo Dios querida, —dijo Tom—, ya había hecho suficiente y de todos modos, no lo hubiera logrado en el extranjero. ¿Sabes qué le hizo al cerdo del pequeño Michel?

—Juro que no —contestó.

—Cuando vio ese cerdo sin anillo en la nariz, agarró una pala y lo pegó dejándolo con la carne viva para que entrara en la casa de Micheál. Parada en el umbral de la puerta, le dijo que tendría que comer su cerdo si no le ponía un anillo en la nariz.

—Pero, —contestó Micheál—, no tengo tantas ganas de comérmelo vivo como tú. ¿No es que acabas de sacarle la mejor parte con lo que le diste con la pala?

—Ay chico, tal vez te voy a mandar donde te guardarán un buen tiempo —dijo ella.

—¡Por Dios! ¡Sal de aquí! —gritó Micheál—. Yo vivo, no tendrás más que la mitad de mí y no lograrás hacer lo que le hiciste a mi puerco.

—Luego de una semana, Micheál estaba en el tribunal con la pelirroja acusándolo de eso y de lo otro. Lo hubieran ahorcado si él no había hablado tanto —contó Tom.

—¿Siguió así mucho tiempo? —preguntó mi madre.

—Cuatro o cinco años más o menos.

—¿Qué la detuvo?

—El terrible destino al cual se enfrentó cuando la otra dama dejó de creerla —concluyó Tom.

—Bienvenido y ¡que Dios bendiga todos tus difuntos! —le dijo mi madre a Tom una noche—. ¿Nos podrías contar la historia de los cazadores de la isla que se fueron llevados a Belfast?

—Qué extraño que me pidan eso ya que mi padre estuvo involucrado en este asunto —contestó Tom.

—Dios te bendiga, ¡adelante! —siguió mi madre.

—Como les dije, él estaba involucrado y pasó quince días lejos de su hogar, viviendo en una miseria indescriptible. Sólo era niño en esa época, y sin embargo me acuerdo que no podía creer que era él cuando regresó. Un día que el sol brillaba, la tripulación de un barco se había acercado a la orilla de la isla hasta Mullach Rour para ir a cazar conejos. Cuando llegaron al sitio, dejaron su embarcación en una cala y fueron a cazar los conejos en la colina. Pronto, divisaron un barco que venía del norte y que cruzaba el estrecho pero parecían tener problemas a bordo. Se precipitaron a su embarcación y alcanzaron al otro. Hubieran actuado mejor con quedarse donde estaban ya que resultó que el capitán necesitaba una mano de obra. Era una canalla y lo aparentaba; así, en cuanto montaron en el barco, el capitán agarró un fusil y lo apuntó hacia ellos. Luego, botó el cabo del barco de los

hombres y dejó que la marea se llevara a la embarcación prohibiéndoles a los nuestros que se movieran del barco. Les obligó a izar las velas a pesar de la tormenta que había llegado con la noche. Los llevó a todos hasta el norte de Irlanda y si hubiera podido ir más lejos, se los hubiera llevado con él donde sea que fuese.

—Allá —siguió Tom—, los dejó en un hospedaje y le amenazó a la dueña por si los dejara irse. Uno de ellos, el padre del Gran James, se escapó discretamente. Nadie en todo Irlanda sufrió lo que sufrió este hombre: descalzo, sin ropa decente, maltratado por el hambre y el frío y con el temor de que llegaran a arrestarlo. Cuando el capitán terminó con sus asuntos, llevó a nuestros hombres a los tribunales y fueron condenados. Ellos no sabían qué ocurría y nadie los entendía ya que no hablaban inglés salvo el padre de Dunlevy que sabía una o dos palabras. Hubieran ido directo a la cárcel si un hombre no había fingido ser amigo de ellos. Andaba cerca del tribunal cuando escuchó hablar sobre el tema después de preguntarle a un joven de qué se trataba. El muchacho le contó sobre el asunto y le dijo de donde venían los hombres acusados. Este señor resultó ser capitán en el ejército y originario de Kerry y cuando se encontró con los isleños, gracias a su ayuda, toda la verdad salió acerca del capitán estafador. Este fue condenado a verter cuarenta libras así como el valor del barco que había hundido, es decir, diez libras más.

—El hombre que se había escapado tuvo que recorrer todo el camino partiendo del norte —contó Tom—. Parecía una sombra cuando llegó a casa. Era un hombre pobre que tenía que cuidar a una gran familia y dado el miedo que lo poseía, no había tenido otra opción que escapar cuando podía. Muchas veces oí a mi padre decir que todos hubieran hecho lo mismo si no se habían puesto de acuerdo con que aguantar era la solución para salvarse. En cuanto al capitán, se hubiera alegrado

con verlos huir. Delante de ellos le había dicho a la dueña que no los dejara irse pero a sus espaldas, había usado otro discurso: podían irse, lo que quería evitar era de pagarles un sueldo. Casi lo logra.

—¡Larga vida y prosperidad!—gritó mi madre que le había puesto más atención que los otros a la historia.

Sin avisar, Paddy regresó de la Nueva Tierra después de un año y con sólo su ropa usada y barata puesta. Supongo que hasta le habían dado dinero para comprársela. Pensamos que se iba a quedar y acompañarnos para siempre pero algunas esperanzas mueren tan rápido como nacen y así pasaba con Paddy. En la primavera siguiente, recibió una llamada del otro lado del atlántico y que lo reclamaba a él y a sus niños. Respondió de inmediato. Alzó al menor que apenas caminaba y no lo volvió a soltar hasta que estuvieran del otro lado del mar. El otro niño ya era bastante fuerte. Paddy empezó a vivir su vida con ellos a su lado, trabajando diez años sin parar. Luego de esos años y aunque nunca utilizó ningún motivo para faltar, no pudo ahorrar ni una libra. Era un hombre alto y delgado que se apasionaba por su trabajo y tenía la fuerza de dos hombres. Es por eso que nunca tuvo que buscar trabajo en América. Por supuesto, era común ver a muchos hombres sin trabajo de un día a otro, pero el capataz guardaba siempre al mejor de todos y ese era Paddy.

Entonces sólo quedaban tres miembros de la familia en la casa y tres otros más allá del mar. Los viejos tenían que vigilarme a mí, el último de la manada, cuando quedamos sólo nosotros tres. Yo ya tenía unos veinte años y nos fue bien durante mucho tiempo. Iba frecuentemente al mercado de Dingle a veces por la orilla o navegando a lo largo de la bahía de Dingle. El cargamento podía ser cerdos, peces o ovejas o también a veces un buey o simplemente lana. Las primeras veces yo

sorprendía a los demás enseñándoles las casas cuyas características de lujo traicionaban la identidad de sus dueños.

Un día yo estaba en Dingle con Pats Heamish, el esposo de mi hermana, y permanecimos juntos hasta la noche. Era el tipo de hombre que no podía hacer que un trago de whisky o una cerveza durara en sus manos sin tomárselo, que no disfrutaba de nada si se lo tenía que pagar y a quien le gustaba que lo invitaran a tomarse algo adonde fuera. Lo que pasó ese día fue que el alcohol se apoderó de él y no pudo razonar más. No tenía ya ni una onza de sentido común del que hubiera tenido el día en que salió de su cuna y se puso a reptar con las cuatro patas. Puesto que yo no había tenido la suerte de retirarme antes de que perdiera la cabeza, era demasiado tarde para abandonarlo entre los caballos. Más tarde en la noche, mientras estábamos en la calle principal entre los grupos de gente de los cuales algunos nos saludaban, Pats se volvió grosero.

—¿De dónde sale esa manada de demonios? —no paraba de gritar—. ¡Parecen salvajes! Los maldigo y maldigo a sus chismes que sólo eso saben hacer, ¡chismear! Nunca ofrecen de beber, egoístas, mientras que sus amigos se mueren de sed, ¡pobres!

Es probable que haya tenido razón pero de nada servía gritar así. No es tan fácil enfrentarse a la verdad. Sus galimatías sin sentido me mareaban pero ¿qué podía hacer yo salvo cuidarme a mí mismo? Nos topábamos a menudo con agentes de policía lo que me alegraba: pensaba que le iban a jalar la oreja y quitármelo de encima, cuidarlo hasta que recubriera su estado normal. Pero en cuanto los veía, Pats aparentaba un hombre de iglesia: se portaba como un ángel hasta que ellos desaparecieran. Entonces, tiraba su sombrero al aire y se volvía un hombre

demasiado alegre y loco. Si un muchacho se ofendía y trataba de bofetarlo, Pats le daba un beso.

No hay que exagerar, todo iba muy bien. Cuando un hombre se mete en problemas, la situación empeora y a pesar de ese día poco usual, lo peor quedaba por llegar. Pats introdujo su mano en su bolsillo y sacó su pipa pero no contenía nada más que algo de tiza.

—¡Santo Cielo! ¡Ya no queda nada de tabaco! —gritó—. Ven a esa tienda, tienen buen tabaco.

—Escucha, encontraremos de este tabaco bueno en las tiendas en el camino del regreso —le contesté—. No te preocupes por tan poquito.

—Si yo estuviera ahí, regresaría sólo para comprar de este tabaco que venden aquí —contestó.

No parecía llevar ni una gota de alcohol en la sangre cuando hablaba así del tabaco. Ya sabía que no prestaría atención a mi intervención así que renuncié y cruzamos la calle. Esta tienda era representante de otra compañía llamada Atkins: ahí se vendía todo tipo de cosas. Estaba ordenada con buen gusto y bien mantenida. Frente a la puerta, entre los dos mostradores, un maniquí de mujer estaba sentado en una silla de manera tan realista y tan bonita como una mujer de nuestro país. Cuando mi compañero entró, saludó al maniquí quitándose el sombrero.

— ¡Buenos días, Señora Atkins! —le dijo.

Desde el tiempo de la gran hambruna, ninguna declaración había provocado tanta risa en Dingle. Todos en la tienda, clientes, empleados o patrones, estaban muertos de la risa al escuchar este loco. Si se había comportado como un hombre

ebrio, nadie hubiera prestado atención a lo que hubiera dicho o hecho, pero parecía totalmente sobrio.

A esa hora, ya llegaba la noche y los demás isleños en la ciudad se apuraban para volver a la casa pero no valía la pena decírselo. Quería todo lo contrario siempre: hubiera preferido ir al este mejor que al oeste y esa era realmente la dirección que tenía que seguir ya que allá se encontraba el manicomio, el sitio adecuado para él ese día.

Cuando salimos de la gran tienda ya estaban encendiendo las lámparas. Todavía estábamos cerca cuando dijo:

—Tom, no puedo dar un paso más.

—Bueno pero ¿qué pasa ahora?

—Me muero de hambre y de sed.

—No sabía que se podía morir de los dos a la vez.

—Te juro que sí se puede, y es lo que me pasa ahora.

Lo llevé a un lugar donde se podía ordenar de comer. Durante un momento, pensé que no iban a tener suficiente comida para él pero no fue el caso. Lo que se comió hubiera matado a una rata. Luego se fue a dormir y nadie supo hasta el día siguiente, a las diez, si todavía estaba vivo.

Cuando regresé a casa, tres días después por culpa de Pats Heamish, esta semilla del diablo (que Dios me perdone esas palabras); había muchos restos de embarcaciones alrededor de la isla, ruinas de todo tipo como trozos de madera y cajas llenas. Cuando abrimos estas cajas, nadie pudo poner en palabras lo que contenían. La gente no paró de romperlas para llevarse la madera a la casa después de botar su contenido.

Los isleños se habían dado cuenta de que no podían sacarle ningun provecho a la mercancía encerrada en las cajas así que dejaron que el mar se las llevara hasta que trajera otra cosa. En esa época, las mujeres llevaban puestos unas enaguas de franela negra que teñían con glasto, la hierba que cultivábamos entonces para obtener el índigo. Las empapaban primero y luego les echaban esa tinta oscura y ¡claro!, ocurrió que una de ellas con dos enaguas que teñir, pensó utilizar el polvo que había encontrado en una de las cajas traída por su esposo. Había notado que ese polvo, una vez mojado, se coloraba. Cuando tuvo la idea, la puso en aplicación y fue un éxito ya que ese polvo de verdad teñía mejor que el otro. Le mostró lo que había hecho a otra mujer, y luego a otra, sin vergüenza porque era un buen trabajo.

—¡Qué hombre más inútil tengo como esposo! —gimió una mujer al ver las enaguas listas de sus vecinas—. No me trajo nada de ese polvo y hace ya dos meses que tengo mis enaguas sin nada de tinta para arreglarlas. ¡Se va a arrepentir!

—¡Por Dios —le contestó otra mujer—, déjelo en paz!

Cuando volvió a casa, la mujer vio a su esposo llegando por la colina con un bolso pesado de turba en la espalda.

—¡Que el diablo me lleve, Joan! Ya ni siento los músculos de la espalda, —dijo, pensando que lo iba a aliviar con unas dulces palabras, pero fue todo lo contrario.

—¡Qué triste día! —dijo—. ¡Ojalá te hubieras quebrado los huesos! Hace días no traes bolsos más interesantes a la casa.

Sus ojos brillaron cuando pronunció estas palabras.

—Pues no recuerdo haber dejado afuera ningun bolso digno de nuestro interés —contestó.

—¡Qué maldito! ¿No hubieras dejado lo que contenían las cajas por casualidad? ¿Ese polvo que me hubiera permitido acomodar mis enaguas y que espero desde hace tres meses ya?

—Te estas enojando querida —observó.

—¡No es de extrañar! Aquella, allá, al frente, tuvo tres grandes cajas de polvo y yo ni tengo una cucharada que tirarles a las gallinas —replicó.

—Lo importante no es lo que tienes o no, —le dijo su esposo—, porque en ese momento estas fuera de ti.

— ¡Rayos! ¡Te deseo todas las desgracias del mundo a ti, a lo que posees y a todos los que se te acercarán! —gritó, furiosa—. Que me corten las orejas si el hombre que trajo esas cajas no cosecha lo que merece. Esas cajas tan bonitas no pueden contener algo malo, ¡jamás! Todas estaban reforzadas adentro por unas barras de plomo tan brillantes como si fueran chelines¹⁵.

El hombre era una buena persona con quien convivir pero cuando ella lo sacaba de sus casillas, huía.

Un día de la semana siguiente, esta arpía fue a visitar a la mujer que había teñido sus enaguas y esas seguían con colores impecables. La vecina tenía otra historia que contarle acerca del polvo que había utilizado para otra cosa. Poseía dos cerdos hambrientos que tenían el estómago vacío pero desde que hervía el polvo junto con un puño de harina, los cerdos se encontraban mejor, con panza arriba en el patio.

—Pronto estarán bonitos y grasosos —agregó.

—Que la desgracia, la ruina y la decadencia caigan sobre el hombre que nunca me trajo ni una semilla de ese polvo —gritó la mujer con ira—. Yo que tengo dos

¹⁵ En el sistema monetario antiguo, un chelín equivalía a 12 peniques o sea 4896 colones costarricenses (2007).

cerdos tan hambrientos que se comerían a los niños, sólo están en huesos y ni siquiera tienen un año.

—Bueno pero si las cosas salieron así, hay que aceptarlo —dijo la vecina.

Cuando la arpía se fue a casa, estaba furiosa y con ganas de pelear y no paró de mascullar hasta que su marido volviera. Entonces, empezó a atacarlo.

—No soy el único de los que han botado eso —dijo el hombre.

—Seguramente no hubo ni un idiota como tú —le contestó la mujer.

Al final, pelearon tanto que los vecinos tuvieron que intervenir y separarlos.

Al día siguiente, el esposo se levantó temprano con el motivo de que tenía que ir a Dingle para comprar la harina de los cerdos. Tomó prestado alguna ropa y no se detuvo hasta llegar a la ciudad. Unos conocidos lo ayudaron a pagar su pasaje para Dingle y nunca regresó.

En las cajas, el polvo mágico era en realidad té, la primera vez que llegaba en la isla. Ahora lo conocemos bien.

Informe de investigación

El enriquecimiento del proceso traductológico mediante la retraducción

Punto de partida

Este trabajo de graduación se basa en la traducción al español a partir de traducciones al inglés y al francés de un texto originalmente escrito en gaélico. Más comunmente conocido como el irlandés, el gaélico es el idioma oficial de Irlanda y se distingue del gaélico escocés (Escocia) y del manés proveniente de la Isla de Man.

Presentación general

El texto comprende los primeros ocho capítulos del relato autobiográfico *An tOileánach*, escrito en 1929 por el irlandés Tomás Ó Criomhthain (también llamado Tomás Ó Crohan cuando se trata de obras traducidas al inglés) (1856-1937), que relata la vida de los habitantes de las Islas Blasket ubicadas al noroeste de Irlanda. Siendo él mismo pescador y campesino, Tomás Ó Crohan empieza a dedicarse a la escritura apoyado por un científico de paso en su pueblo, Brian Ó Ceallaigh de Killarney, a quien manda sus escritos en forma de cartas, extraídas de su diario, durante cinco años. Luego de su publicación bajo el título *Island Crosstalk, Pages from a Diary*¹⁶ (en su traducción al inglés), el mismo Ó Ceallaigh lo convence de escribir la historia de su vida, lo que dará como resultado *An tOileánach*¹⁷ (*The Islandman*).

¹⁶ Ó Crohan, Tomás. *Island Crosstalk, Pages from a Blasket Island Diary*. Oxford: Oxford University Press, 1986.

¹⁷ Ó Criomhthain, Tomás. *An tOileánach*. Dublin: Talbot Press, 1929.

Este relato apareció en gaélico con el fin de dar a conocer la realidad de una comunidad lejana de Irlanda, interés que el autor concientizará más tarde cuando expresa que el propósito de su historia era «*to set down the character of the people about me so that some record of us might live after us, for the like of us will never be seen again.*» El libro fue acogido con mucho entusiasmo y optimismo en Irlanda, así como en Inglaterra y Francia. La traducción al inglés, de Robin Flower, se publicó en 1937¹⁸, mientras que la traducción al francés se hizo cincuenta y dos años después, en 1989, realizada por Jean Buhler y Una Murphy¹⁹. Esta última versión fue basada en una reedición más completa del relato de Tomás Ó Crohan, elaborada por su nieto Patrick Ua'Maoileoin, en 1973.

Tomás Ó Crohan cuenta sus experiencias, sus descubrimientos y su autoformación junto a los demás miembros del pueblo de “la Gran Blasket” desde su infancia hasta los últimos años de su vida. Nos relata las actividades y costumbres de su pueblo, casi de manera antropológica (describiendo detenidamente el aspecto físico, la rutina, los vicios, etc., de los aldeanos de la Gran Blasket) pero en forma de narración. Este relato se considera un testimonio de gran valor para el patrimonio irlandés ya que constituye una de las pocas huellas escritas acerca de este lugar. Una de las características de la obra es que ofrece mapas para ubicar al lector así como la presentación cronológica, pero también temática, de los capítulos sobre diferentes temas mencionados al principio de cada uno de estos.

¹⁸ Flower, Robin. *The Islandman*. Oxford: Oxford University Press, 1937.

¹⁹ Buhler, Jean y Una Murphy. *L'homme des îles*. Genève: Favre, 1989.



[*Blasket Islands*, fotografía de Vincent Blesbois.]

Aunque la obra no forma parte de lo que se considera la legítima e ineludible literatura irlandesa (la literatura de W. B. Yeats, George Bernard Shaw, Samuel Beckett, Oscar Wilde y Seamus Heaney, entre muchos otros), *The Islandman* tuvo mucho éxito entre los lectores del idioma gaélico. Entre los pocos relatos que se refieren al mismo contexto, podemos mencionar los cuatro escritores más conocidos del Blasket: Tomás Ó Crohan, Peig Sayers, su hijo Michael Ó Gaoithin y finalmente, Maurice Ó Sullivan. Se dice que Irlanda es la cuna de la literatura vernácula en Europa y que este aspecto se comprueba con el legado de los escritores de las Islas Blasket.

Este legado es aun más importante dado que atestigua la vida en los años 1850-1860 en adelante en las Islas Blasket. Esas islas (que son seis: Great Blasket Island, Beginish, Inishnabro, Inishvickillane, Inishtooskert, Tearaght) constituyen un archipiélago a la altura de la península de Dingle. Los veintidós habitantes que vivían en la Isla de “la Gran Blasket” tuvieron que irse el 17 de noviembre de 1953 por

decisión del gobierno irlandés que pretendía sustraerlos de una vida demasiado dura y peligrosa. Así, ese pequeño grupo de sobrevivientes en exilio (los últimos representantes de la cultura del Blasket) constituyó, durante el siglo XIX y a principios del siglo XX, el objeto de muchas investigaciones antropológicas y lingüísticas.

Planteamiento del problema

Antes que nada, nos es fundamental aclarar el término “retraducción” ya que lo empleamos a lo largo de este trabajo con el significado explicitado por Mark Shuttleworth²⁰: «*A term used to denote the procedure whereby a text is not translated directly from an original ST, but via an intermediate translation in another language.*» Hoy día, la retraducción está percibida como un tipo de traducción que se aplica únicamente como último recurso. No parece haber excepciones: sólo se acepta como solución en el caso de que se desconozca el idioma original de una obra o que el original mismo no sea del todo disponible. En todos los casos, siempre se ha aconsejado evitar el uso de este método de traducción, pues se considera demasiado “distante” para generar una traducción acertada. De hecho, el uso de la retraducción, por ser indirecto, plantea gran cantidad de preguntas relativas a la precisión y pertinencia de la traducción. En efecto, nos podemos preguntar: ¿la retraducción debe reflejar el estilo del traductor o el del retraductor? ¿Es copia de una copia o un texto original? Por supuesto, esta última pregunta examina a su vez el estatus de la traducción misma: ¿será texto original o simple copia?; ya que la retraducción es, antes que nada, una traducción.

²⁰ *Dictionary of Translation Studies*. Manchester: Saint Jerome, 1997. P.76.

Es en esta medida que nos proponemos confrontar el proceso de retraducción con el de traducción, para obtener respuestas significativas. El objetivo de la retraducción no puede ser la fidelidad, sino un intento de recrear la extrañeza de la obra por medio de las interpretaciones que la versión al inglés y la versión al francés nos ofrecen. Así, la retraducción no aparece como una limitación sino como una ventaja, un camino diferente para llegar al texto aunque el rechazo generalizado hacia ella ha impedido una exploración más detallada de sus amplias posibilidades. En nuestro caso, proponemos que las dos traducciones previas permitieron rescatar elementos de la obra original gracias a la mirada interpretativa de las versiones intermedias. La retraducción aparece aquí como un puente entre varias épocas así como entre distintas culturas (valiéndose del punto de comparación que existe entre la versión al inglés y la versión al francés) y por consiguiente, enriquece la versión al español.

Hipótesis

El proceso singular de retraducción que se vale de textos intermedios (desconociendo la obra original) y se apoya en sus posibles interferencias culturales constituye un camino enriquecedor para hacer sobrevivir el texto original ya que nace de visiones paralelas pero también de sus diferencias.

Justificación

A. Selección del texto

La traducción de esta obra obedece al propósito de dar a conocer al público del idioma español la vida de una pequeña comunidad irlandesa, la de las Islas Blasket entre 1850 y 1860. Más allá de la necesidad de ampliar su conocimiento del mundo

y de las civilizaciones en particular, nos parece importante conocer acerca de esa cultura ya que, como toda cultura extranjera, es parte de la formación de consciencia y de autocrítica de la cultura propia. Bien lo subraya Octavio Paz cuando afirma en su ensayo "Literatura y literalidad"²¹ que al entender el otro nos entendemos a nosotros mismos. Así, podría ser una obra portadora de respuestas para los hispanohablantes como parece que lo fue para el público francófono y el público anglófono, entre los cuales el libro tuvo cierto éxito.

B. Aportes a la traductología

En cuanto a los aportes para la traductología, el sector meta de esta retraducción es amplio ya que puede abarcar desde antropólogos hasta aficionados de literatura extranjera de todo tipo. Se realizó esta retraducción de acuerdo con el público meta y la potencial aceptación de dicho trabajo en el sistema literario meta, según la teoría de los polisistemas de Gideon Toury²². El estudio de la relación entre la cultura costarricense y las culturas francesa y inglesa fue uno de los fundamentos de esta investigación.

Por otro lado, nuestro análisis podrá constituir un aporte al estudio de la traducción en general como puente intercultural que hace vivir el texto por su múltiple y significativa manipulación. Aquí, nos referimos a la teoría de la deconstrucción de Jacques Derrida²³ y al concepto de "interpretación múltiple" de George Steiner.²⁴ La retraducción abre el horizonte para indagar acerca de "la paradoja del traductor" que consiste en plantear que si el traductor es ignorante de la

²¹ *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets Editores, 1981.

²² *In Search of a Theory of Translation*. The Porter Institute for Poetics and Semiotics, Tel-Aviv University, 1980. P. 43.

²³ *L'écriture et la différence*. Collection "Tel Quel". Paris: Seuil, 1967. Collection "Points". Paris: Seuil, 1979.

²⁴ *Después de Babel: aspectos del lenguaje y la traducción*. Londres: Oxford University Press, 1976.

cultura fuente, logrará una mejor traducción ya que tendrá una actitud neutra y objetiva en cuanto al texto.

Al plantear que el proceso de retraducción es esencialmente igual al de traducción, este trabajo da un paso hacia la reivindicación de esta práctica como un factor de enriquecimiento especial en la vida de los textos.

Objetivos

Generales:

- Identificar las diferencias en la aprehensión del texto original entre traducción y retraducción
- Proponer soluciones específicas generadoras de términos en la lengua meta que estén de acuerdo con su tratamiento respectivo en los dos textos fuentes
- Demostrar el aporte enriquecedor de la retraducción

Específicos:

- Justificar el empleo de la retraducción en el contexto presente
- Confrontar los aportes del proceso de retraducción con los del proceso de traducción
- Analizar las interferencias culturales del francés y del inglés en sus respectivas traducciones de la versión en gaélico
- Examinar el rescate de ciertos aspectos culturales del texto original por oposición a las adaptaciones o a las neutralizaciones realizadas
- Proponer alternativas metodológicas en la realidad del traductor en cuanto a la retraducción
- Demostrar el carácter obsoleto de la noción de identidad del texto

Fundamentos teóricos

Las decisiones traductológicas tomadas para realizar nuestra traducción al español se basaron en un concepto clave: la noción de extrañeza.

Este concepto fue descrito por Wilhelm von Humboldt en 1816 en el prefacio a su traducción de *Agamemnon*. Según Humboldt, cada lengua es una concepción de mundo diferente y, por lo tanto, el resultado del proceso traductológico solo puede ser un texto meta que sorprende. Aunque matiza su idea agregando que a pesar de la necesidad de cierto “color local” en una traducción, fácilmente se puede caer en el otro extremo: «*When strangeness appears as such, probably even obscuring the foreign, the translator betrays that he is not up to the original.*»²⁵ Humboldt insiste en el papel fundamental de la extrañeza en la traducción, específicamente su aporte a un idioma y una nación:

*«...it introduces forms of art and human life that would otherwise have remained totally unknown to those who do not know a language, and above all because it increases the significance and the expresiveness of one’s own language.»*²⁶

En la década de 1970, Itamar Even-Zohar, motivado por problemas de traducción en cuanto a la literatura hebrea, retoma el concepto del enfoque sistemático previamente definido por los Formalistas Rusos. Sin embargo, Even-Zohar va más

²⁵ *Introduction to Aeschylus: Agamemnon*, 1816.

²⁶ *Idem.*

allá de las ideas desarrolladas e introduce el término “polisistema”. Así, plantea que una sociedad tiene varios polisistemas: el polisistema sociocultural que a su vez comprende otros subpolisistemas: el literario, el artístico, el religioso, etc.,. A partir de eso, Even-Zohar (en su campo, la literatura) distingue un polisistema fuerte: «*those literary norms and works...which are accepted as legitimate by the dominant circles within a culture and whose conspicuous products are preserved by the community to become part of its historical heritage*»²⁷; pero también un polisistema débil: «*those norms and texts which are rejected by these circles as illegitimate*».²⁸ Agrega que la evolución de un polisistema literario se basa en la constante rivalidad y presión que ejercen ambos tipos el uno sobre el otro y menciona «*the unavoidable competition generated by the state of heterogeneity*».²⁹ Además, esa competitividad se encuentra a otro nivel: el de los principios literarios primarios (novedosos) y secundarios (conservadores). Even-Zohar ilustra el constante movimiento de un polisistema cuando afirma que una vez aceptado y adoptado un texto primario, se volverá inevitablemente conservador y rígido, y llegará a caducar, reemplazado por un nuevo tipo de texto. Por otro lado, nombra las circunstancias en las cuales se adoptará una u otra traducción literaria en un polisistema dado. Primero, distingue un tipo de literatura “joven” que se vuelve central dentro de un polisistema por su rareza. El segundo tipo es una literatura “periférica” o “débil”; por ejemplo la que pertenece a una pequeña nación; siendo así eclipsada por literaturas de países más grandes. Finalmente, la traducción literaria puede convertirse en el centro de un polisistema en crisis en el cual los modelos establecidos caducan y la cosecha de nuevas ideas solo se puede lograr por medio de la traducción. De tal manera, Even-

²⁷ *Polysystem Studies*, Tel Aviv: The Porter Institute for Poetics and Semiotics. Durham, NC: Duke University Press, 1990. P. 11(1).

²⁸ Idem.

²⁹ Idem.

Zohar subraya que: «*translation is no longer a phenomenon whose nature and borders are given once and for all, but an activity dependent on the relations within a certain cultural system*³⁰».

En *Descriptive Translation Studies and Beyond*³¹, Gideon Toury, discípulo de Itamar Even-Zohar, retoma la teoría del Polisistema completando esta noción con la necesidad de legitimar el texto meta en el sistema literario meta según las normas de traducción de éste. Así, define la retraducción como dirigida en función de las normas y adoptada por varios sistemas literarios de acuerdo con criterios diferentes. Por ejemplo, esta técnica se suele emplear en polisistemas débiles que se apoyan en polisistemas más fuertes en cuanto a modelos literarios y cuyo idioma se habla ampliamente.

Se trata de identificar las características del polisistema meta que se ve penetrado por traducciones. En nuestro caso, la extrañeza, tal como la define Humboldt, le otorga a nuestra traducción su legitimidad en el sistema literario meta ya que constituye un texto fuera de lo común que aporta nuevos elementos y perspectivas, como lo veremos más adelante. Como lo expone Even-Zohar, el problema ya no es la equivalencia, lo que permite ubicar la traducción al nivel de entidad propia existente en el polisistema meta.

Justamente, la teoría del formalismo ruso (1914-1930), cuyos mayores representantes fueron Viktor Shklovsky, Roman Jakobson, Boris Tomashevsky y Boris Eikhenbaum, comparte esa visión de equivalencia errónea basándose en una perspectiva científica para abordar primero la literatura como campo legítimo propio, que según ellos, se podía y tenía que estudiar de manera independiente, sin basarse

³⁰ *Polysystem Studies*, Tel Aviv: The Porter Institute for Poetics and Semiotics. Durham, NC: Duke University Press, 1990. P. 11(1).

³¹ *Descriptive Translation Studies and Beyond*. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins, 1995.

en otros campos de estudio (sociología, etc.). Pasando por el análisis del lenguaje literario suficiente para definir la literatura, su propósito era la creación de una ciencia poética. La naturaleza sistemática que trataron de dar a la literatura llevó al descubrimiento de que la teoría siempre se dedica a la diferencia. Así, el concepto clave de diferencia o defamiliarización (“*ostranenie*”), también conocido como “extrañamiento” o “alejamiento” y introducido por V. Shklovski³², hace única y digna de interés a la obra literaria. Aunque presentada primeramente en relación con el arte y su recepción, la *ostranenie* es una noción que se extendió al campo de la traducción. Más allá de la simple acogida frente a una obra, Shklovski plantea que se trata del cambio en la percepción de la realidad del receptor mismo. Además, su motivo original fue el estudio de los elementos que hacían única a la traducción en comparación con textos ya existentes en el sistema literario meta. Dicho de otra forma, la extrañeza y su preservación en el texto meta se revelaron lo único que hace relevante a la traducción.

Albrecht Neubert se acerca a esta idea (aunque no se base en el formalismo ruso sino en el funcionalismo) como lo vemos en su modelo textual comentado en *Translation as Text*³³ en el cual expone que la equivalencia no es identidad sino similitud variable: «*Equivalence is not identity. No text is exactly like another text*», y lo subraya: «*If scholars do not insist on definition of equivalence that imply complete identity, then equivalence can remain a valid concept in translation studies.*»

En realidad, Neubert sustituye la equivalencia semántica por la equivalencia textual que define como una similitud entre los perfiles de textos cuyo papel es comunicativa y socialmente equivalente. Apunta al resultado de esta forma: la

³² *Art as Technique*. Lincoln: University of Nebraska Press. P. 2-24.

³³ *Translation as Text*. OH: Kent State University Press, 1992. P. 142.

transmisión de informaciones esencialmente similares a lectores esencialmente similares en situaciones esencialmente similares, es decir, lo que él llama “communicative equivalence”. Agrega que la traducción es en realidad activación de los conocimientos del traductor quien produce su propia lectura del texto y desempeña los papeles de autor y lector. Así, se acerca a la paradoja del traductor expuesta por George Steiner en *Después de Babel: aspectos del lenguaje y la traducción*³⁴ que se discutirá en el próximo capítulo.

Por otro lado, el hecho de que consideramos la traducción al mismo nivel que el original y hasta previo a éste en términos de guía para el traductor nos condujo a la teoría de la deconstrucción de Jacques Derrida³⁵ (que guarda relación con el pensamiento de Heidegger en *Sein Und Zeit*)³⁶ que trastorna la jerarquía tradicional de las entidades usadas en el proceso traductológico; es decir que el texto fuente es el único camino que nos lleva al texto meta. A pesar de que el término “deconstrucción” haya sido creado por Heidegger, Derrida lo puso en práctica y definió su impacto en el lenguaje. Plantea que la elaboración de un texto y su existencia depende de la realación entre cada palabra (y su oposición, su diferencia) y no de la representación de las cosas nombradas. Se trata de una diferencia activa que fundamenta al texto. Para ilustrar tal diferencia (por oposición a la pasiva), Derrida emplea un ejemplo³⁷, oponiendo los diferentes significados de la palabra francesa “différance” cuya consonancia se refiere al término “diferencia” y al participio presente del verbo “diferir”. Su teoría nos lleva a tres conclusiones. La primera, similar al pensamiento de Octavio Paz como lo veremos en el capítulo siguiente, es que no hay significado original (ni texto original) sino cadenas de

³⁴ *Después de Babel: aspectos del lenguaje y la traducción*. Londres: Oxford University Press, 1976.

³⁵ *Deconstruction and Criticism*. Londres y Henley: Routledge and Kegan Paul, 1979.

³⁶ *Ser y tiempo*. 1927.

³⁷ *Difference in Translation*. Ithaca: Cornell University Press, 1985.

significación. Todo texto es una traducción de esa ficción (considerada como una falacia). La segunda conclusión de Derrida consiste en enunciar que la traducción crea el texto fuente, así como su significado, lo que apunta al carácter infinito del texto fuente que no termina de tener significados. Walter Benjamin hablaba de “supervivencia” del texto³⁸ fuente: estudiaremos su intervención en el siguiente capítulo. Finalmente, Derrida llega a la conclusión según la cual la traducción es transformación como lo mostramos también con el empleo variable del concepto de extrañeza en función del público meta.

Como lo vemos entonces, Humboldt, Even-Zohar y Toury, Derrida y Steiner así como Neubert preconizan, cada uno con matices y por motivos diferentes, la libertad del traductor con respecto a la supuesta santidad del texto original. Escriben a favor de un método de traducción que da lugar a la creatividad inteligente del traductor y a la reflexión (pasando por la extrañeza cuando se aplica) que su trabajo puede generar en sus lectores y críticos.

A continuación, se analizarán los beneficios que aporta la práctica de la retraducción pasando por su estatus más que cuestionable en el seno de la traducción y por consiguiente, se recurrirá a unas teorías complementarias de Octavio Paz, Walter Benjamin y Georges Steiner que nos ayudarán a demostrar la validez del uso de la retraducción en muchas situaciones.

³⁸ *La tarea del traductor, Angelus Novus*. Barcelona: Edhasa, 1971. P. 78.

Capítulo I Traducción y retraducción

1. Estatus y justificación de la retraducción

Hoy día, es innegable la necesidad de adaptación del concepto de traducción a la época. Esta renovación se da como un fenómeno asociado a los cambios de relaciones entre las culturas humanas. Cuando hablamos de tolerancia, de intercambios, de mezcla y luego de riqueza cultural o de comunicación intercultural, parece interesante que la retraducción se reconsidere como una de las opciones nada despreciables en el panorama traductológico. Mencionar la retraducción como una posibilidad sería ya no debería suscitar el cuestionamiento de la ética del traductor.

La retraducción del libro de Tomás Ó Crohan se dio por necesidad; sin embargo, resultó especialmente interesante desde el punto de vista traductológico dado que se basó no sólo en una, sino en dos traducciones. Por lo tanto, pareció pertinente, primero, el análisis del método de retraducción y su relación con la forma más tradicional de traducción directa (cuyo punto de partida es el texto original) que siempre se ha considerado como la norma; y luego, el análisis de las ventajas que proveyó el uso del procedimiento de retraducción en nuestro caso.

El tema de la retraducción ha sido siempre criticado³⁹ ya que no parte del original sino de la/las traducción(es) de éste. Así, a lo largo de la historia de la traducción, se ha podido oír nombrar a esta variante bajo otras expresiones tales que “traducción indirecta”, “traducción de segunda mano”, “traducción mediada” o “traducción

³⁹ Conferencia de Nairobi, 1976: (c) *«as a general rule, a translation should be made from the original work, recourse being had to retranslation only where absolutely necessary».*

intermedia”. Dicho de otra forma, la retraducción siempre evoca hasta en su denominación, una traducción deficiente, casi improvisada, y sobre todo, no se recomienda; se la considera como una “infratraducción”. Aunque se reconozca lo inevitable de practicar la retraducción en ciertos casos extremos (cuando no se tiene un dominio del idioma original pero sí, de uno o varios idiomas a los cuales el texto de partida fue traducido), este procedimiento sigue siendo la oveja negra en traductología. En el siguiente análisis, utilizaremos el término de “traducción directa” refiriéndonos a la norma para evitar una confusión con el uso del término “traducción”, puesto que la retraducción es ya una traducción.

Existen casos en la historia de la traducción, en los cuales se ha tenido que usar los medios disponibles para gozar del descubrimiento de ciertas obras ilustres. Abundan las primeras publicaciones provenientes de traducciones que no parten del original, sobre todo cuando se trata de idiomas orientales como el chino o el japonés, así como idiomas eslavos cuya cantidad de traductores es, aún hoy día, muy escasa. La traducción indirecta ha sido utilizada mucho más frecuentemente de lo que se suele pensar, y hay traducciones muy notables, como la célebre *Guerra y Paz* de Tolstoï, cuya versión española proviene del francés y no del ruso, al igual que *Las mil y una noches*, también traducida del árabe a través de varias lenguas intermedias. La Biblia contiene muchos pasajes provenientes de traducciones indirectas, método aceptado y casi generalizado en la literatura hebrea en los últimos dos siglos. Existen todavía muchos más ejemplos de traducción indirecta, pero nuestro propósito no es de enumerarlos, sino de subrayar la existencia efectiva de una necesidad de retraducción por parte de las culturas.

En cuanto al beneficio de usar el método de retraducción en nuestro caso, no es del todo una excepción. Hoy día, se estima que el gaélico es comprendido por

alrededor de un 25% de la población irlandesa, pero apenas algunos miles de personas lo usan a diario. En cuanto a los traductores, según un comunicado de prensa de la Comisión Europea, su cantidad es escasa, como lo atestigua la muy reciente integración (desde el 1 de enero de 2007) del idioma irlandés en el seno de las lenguas oficiales de la Unión Europea.

Aunque la consideración de estos últimos datos sea posterior a este trabajo, constituyen elementos significativos de justificación al uso de la retraducción. No obstante, nuestro análisis se basa en otro punto de vista. Como lo vimos en el planteamiento del problema, sería un error desterrar el concepto de retraducción de una vez por todas; al contrario, su estatus se tiene que profundizar y eso implica la consideración del proceso mismo de traducción directa de tal manera que se tenga que examinar algunos de sus enfoques. La visión actual que se tiene de la traducción permite, en efecto, proponer respuestas a los cuestionamientos que rodean a la retraducción.

El primer problema al cual nos enfrentamos es el de la originalidad o, desde la perspectiva contraria, la identidad (entiéndase “similitud” con el original) de la retraducción. ¿Es copia de una copia o es un texto original? La traducción y la retraducción se confunden a propósito aquí, pero también de manera natural, ya que parten de un proceso y de un fin similares. En efecto, si bien la retraducción no parte del texto original, siempre se basa en un proceso de traducción en sí y siempre busca reproducir un texto en otro idioma de la manera más acertada posible. En *Literatura y literalidad*,⁴⁰ Octavio Paz no sólo borra los límites entre los dos conceptos, sino que afirma que la traducción misma es retraducción:

⁴⁰ *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets Editores, 1981.

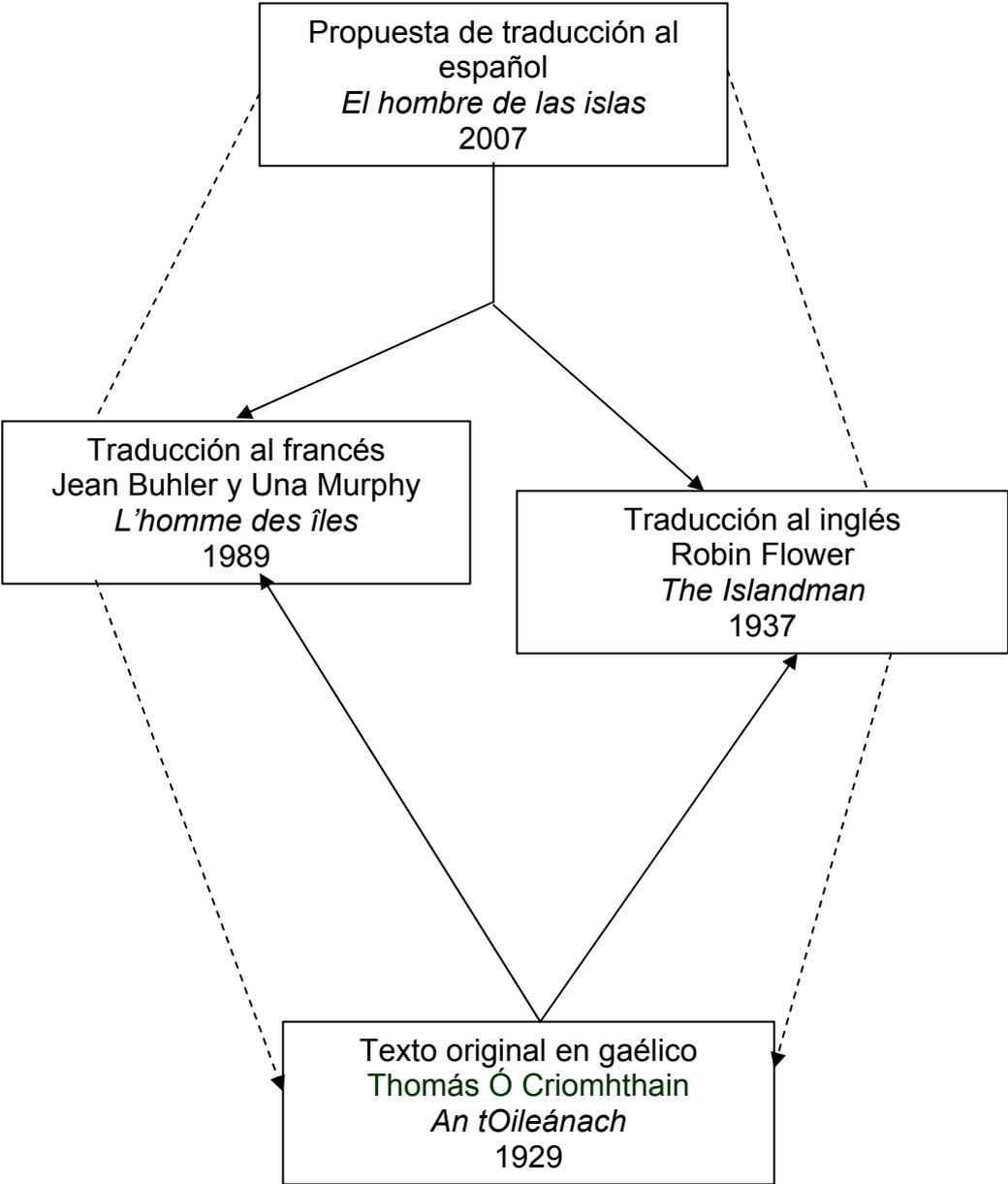
*«La traducción es una superposición de textos, cada uno ligeramente distinto al anterior: traducciones de traducciones de traducciones. Cada texto es único y, simultáneamente, es la traducción de otro texto. Ningún texto es enteramente original porque el lenguaje mismo, en su esencia, es ya una traducción (del mundo no verbal). Pero cada texto es original porque cada traducción es distinta. Cada traducción es, **hasta cierto punto** una invención y así constituye un texto único.»⁴¹*

Paz propone una visión interesante de un texto basada en la naturaleza definitoria del ser humano de reproducir lo que ve y siente (ya sea mediante la escritura reproduciendo al mundo verbal, con el arte reproduciendo a los sentimientos o al mundo físico, etc.). Se podría preguntar entonces si la traducción ya es retraducción, ¿en qué consiste lo novedoso de este trabajo? Siguiendo al razonamiento de Paz, en este caso, la retraducción no parece tener ninguna originalidad ya que es prácticamente sinónimo del proceso “tradicional” de traducción directa. En realidad, es importante destacar que no lo es y que ofrece al traductor otras herramientas permitiendo también la creación de otro tipo de relación traductor/texto. Por supuesto, no se trata tampoco de declarar que la retraducción tiene una calidad superior a la traducción directa, sino que posibilita una perspectiva diferente de aprehensión del texto original.

Por otro lado, Paz también hace hincapié en el carácter contradictorio de la traducción como copia de copia pero al mismo tiempo entidad única, ya que nunca se producirá el mismo texto en la lengua de llegada, dada la naturaleza misma del lenguaje: reflejo de la cultura que lo acompaña. En nuestro caso, se aprehende la retraducción como un texto nuevo, enriquecido por la variedad de visiones que

⁴¹ *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets Editores, 1981. P. 8.

contribuyen a su creación (variedad posibilitada aquí por las dos versiones disponibles). Se pretende ir al encuentro de un texto, recuperado y a la vez transformado, valiéndose de él para proveer un texto resultante de cuatro interpretaciones: la interpretación del autor Tomás Ó Crohan, la del traductor al inglés Robin Flower, la de los traductores al francés Jean Buhler y Una Murphy y la nuestra, de la traducción al español. Existe una interrelación importante entre cada una de estas interpretaciones, que se puede esquematizar de la siguiente manera:



Este esquema muestra las diferentes relaciones entre los cuatro textos. Si seguimos las flechas, podemos ver que la traducción al inglés y al francés partieron del texto original de Tomás Ó Crohan según lo que se considera como una concepción tradicional del proceso traductológico. En cambio, el enfoque nuestro es distinto, ya que nos basamos en estas dos últimas interpretaciones que “modelaron” nuestra retraducción. En este caso, el papel de los textos de partida es más pasivo, pero da más “flexibilidad” a nuestra traducción que se construye a partir de ellos, mientras que el original construyó a esos textos. “Nuestros” textos originales no se imponen; dan más libertad al traductor para alcanzar una traducción con sentido. Al contrario, el texto original de 1929 parece arbitrario y no deja lugar a otras opciones ya que era el único en el cual basarse entonces y además, desde el punto de vista tradicional que era y es todavía más rígido. Pareciera que acudimos a un juego de palabras, pero la retraducción permite verdaderamente esa traducción generosa y por lo tanto, no menos exigente ya que en la profusión de estrategias traductológicas, hay que ser aun más cuidadoso al escogerlas. No es una traducción “sufrida” o “impuesta”, sino la alianza y a la vez comparación de dos interpretaciones en cierto punto, para luego dar la versión al español. La expresión “traducción impuesta” que empleamos no es peyorativa: se refiere a la concepción tradicional tal como se percibía en la época de publicación de las versiones intermedias (1937, 1989). En nuestro caso, se trata de la perspectiva deconstruccionista que define el texto meta como punto de partida para alcanzar al texto fuente. De ahí la colocación opuesta de las flechas.

Se emplea la palabra “interpretación” adrede, conforme a George Steiner, quien considera toda traducción como “un acto de interpretación múltiple”. De tal manera y retomando la idea de Paz ya mencionada, se puede considerar que el mismo Tomás

Ó Crohan interpretó o tradujo la realidad que lo rodeaba y la puso en palabras tal como la concebía. Al igual, la interpretación que se tuvo del texto original a través de la versión al francés y la versión al inglés, así como de su reedición por el nieto del autor en 1953 a través de la versión al francés, se vio afectada por la interpretación final personal del lector ya que aún en una misma cultura, generando una consciencia colectiva, cada individuo es singular y entiende lo que ve y lee a su manera. Aunque el traductor se esfuerce por legitimar este preciso relato en esta precisa cultura, no tendrá el mismo efecto o peso para/entre los diferentes lectores. Esta noción de subjetividad correlacionada con la naturaleza humana es inevitable y hasta se evidencia con Tomás Ó Crohan y el hecho de que los que compartían su realidad seguramente la interpretaban diferentemente (como lo podemos ver en los relatos de Peig Sayers, Michael Ó Gaoithin y Maurice Ó Sullivan entre otros pocos autores reconocidos). No se trata de afirmar que la autoría es una ilusión, sino de reconocer el hecho de que cada individuo es un autor ya que cada individuo descifra su mundo según lo que entiende de ello. El problema de la retraducción es un falso problema: el texto es de todos y de nadie en particular, es copia y novedad, sea “traducción” u “original”.

El carácter infinito del texto (y a través de éste, del lenguaje mismo) que valida a la retraducción, lo subrayó también Jorge Luis Borges: *«Las versiones de un texto a lo largo de la historia o en diversas lenguas son borradores de una obra a la que no puede darse nunca el carácter de definitiva. Porque lo definitivo sólo corresponde a la religión o al cansancio»*⁴². Jacques Derrida, a su vez, apunta al potencial excepcional del proceso traductológico y lo compara con la apocalipsis, una revelación permanente, sin límites. Admite la muerte del autor pero como proceso

⁴² Obras completas, *Las versiones homéricas*. Buenos Aires: Emecé. 1974.

imprescindible para la supervivencia del texto. El texto empieza a existir como obra autónoma cuando se aparta, se independiza de su creador y se interpreta tal como lo hicimos o tal como lo hicieron Robin Flower, Jean Buhler y Una Murphy antes que nosotros. En cierta medida, el texto cumple su objetivo cuando encuentra su propio camino. Y cuanto más lejos llegue —a través de otros idiomas— más tiene que alegrarse el autor ya que la escritura puede darse con el propósito de catarsis (entonces con un objetivo personal y casi íntimo) pero también, en muchos casos, como testimonio o mensaje y con la voluntad de tocar a sus semejantes.

Paralelamente a este alejamiento, toda nueva creación de texto presenta puntos en contacto con el/los texto(s) anterior(es). Este es el aspecto tradicionalmente reconocido como la tarea del traductor, el rescate de los elementos característicos de la singularidad del texto original. Este rescate implica la presencia de cierta extrañeza lingüística necesaria para que la traducción del relato tenga sentido en el sistema literario meta, al introducir elementos nuevos y desconocidos.

«...no hay una traducción correcta sino que es traducción todo aquello que en la cultura receptora se considere como tal: "The initial question is not whether a certain text is a translation (according to some preconceived criteria which are extrinsic to the system under study), but whether it is regarded as a translation from the intrinsic point of view of the target literary polysystem.»⁴³

En efecto, el interés que suscita *An tOileánach* es principalmente de carácter antropológico e histórico, lo que se quiso mantener en la realización de una versión al español que tomaría así una posición de pleno derecho en el sistema literario

⁴³ *In Search of a Theory of Translation*. Tel Aviv: The Porter Institute for Poetics and Semiotics, 1980. P. 43.

meta. Octavio Paz apoya esta misma perspectiva «*Cada lengua es una visión del mundo, cada civilización es un mundo*»⁴⁴ así que la traducción se tiene que adaptar a ello y encontrar su lugar en ese nuevo marco lingüístico. Esta constatación nos permite comprender la legitimidad de la retraducción cuando ya no se trata de estar lo más cerca posible del autor, sino de otorgarle una posición significativa al texto (re)traducido.

Frente al concepto de retraducción, la perspectiva que se adoptó como complemento de la teoría de los polisistemas, según Toury, es la de George Steiner, quien, si bien reconoce lo ideal de colaborar con el autor del texto original⁴⁵, considera que existe «*una paradoja del traductor ignorante de la lengua que traduce*» cuando «*la ausencia de presunciones culturales y lingüísticas facilita una transposición más auténtica del espíritu del modelo*».⁴⁶ Esta idea particular se ilustra en nuestro caso, donde la extrañeza se vuelve un concepto central en la traducción. El potencial del retraductor con un sencillo pero primario papel de lector se revela esencial para captar lo que no captaría un traductor. En efecto, se logra una visión objetiva, imparcial, virgen de todo prejuicio u ideas preconcebidas. Al desconocer el protegido “original”, se pone en la misma situación que los lectores de su traducción. Al verlo nuevo, el paradójico traductor (quien ya no cuenta con su conocimiento sino más bien con su “todo por aprender”) puede entonces interpretar lo que entiende en un proceso similar al de los futuros lectores de su retraducción. Además, esta teoría es aun más benéfica cuando se trata, como en nuestro caso, de recrear la extrañeza que lleva el texto y que legitima su publicación. El retraductor la percibe más

⁴⁴ *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets Editores, 1981.

⁴⁵ *Después de Babel: aspectos del lenguaje y la traducción*. Londres: Oxford University Press, 1975. P. 356, 358, 361.

⁴⁶ Idem.

fuertemente ya que se encuentra como un extraño ante la versión que la expresó por primera vez.

La teoría de la deconstrucción de Jacques Derrida resume esta idea:

«La deconstrucción: partir de la traducción para llegar al texto fuente.

*Para comprender el «proceso de sacralización», se parte de la sacralización para entender lo sacro, no al contrario».*⁴⁷

Al convertirse primero en un lector con el acercamiento al texto original mediante sus dos respectivas traducciones, el retraductor realmente logra partir de su traducción para llegar al texto original y hasta diríamos que logra entender el texto original gracias a su traducción. La eventual comprensión del texto original puede afectar negativamente la función del traductor, más de lo que se cree en muchos contextos. Al pretender nutrirse del original mediante las dos traducciones intermediarias, experimentamos una gran libertad, facilitada por la ignorancia del texto original y que, por otro lado, permitió mayor conscientización y detenimiento en el proceso mismo de retorno a la obra. Ambas traducciones constituyen un puente de intercomunicación entre la retraducción y el original. Por el mismo efecto, el propósito ya no es la fidelidad o la literalidad (considerada ya obsoleta por muchos, entre otros Paz, quien la califica de “utopía”), sino el rescate por la extrañeza; una extrañeza que no es igual a la recreada en las versiones en los otros dos idiomas y que implica una diferencia de rescate, así como de interés, conforme a la nueva audiencia de habla española. Más que olvidarse de una “utopía”, la retraducción

⁴⁷*The Ear of the Other: Otobiography, Transference, Translation: Texts and Discussions with Jacques Derrida.* Christie V. McDonald, ed. Peggy Kamuf, tr. Nueva York: Schocken Books, 1985. P. 197.

plantea la problemática de hacer que el texto viva. Pasa por el cuestionamiento y la confrontación de varias interpretaciones y la elección activa de soluciones. Un texto estático que se trata de conservar intacto es un texto que pronto se cubrirá de polvo, dejará de significar para un ser humano (en sociedad) cuya condición de vida es la constante creación de mundos. Además, ¿cómo podría el traductor pretender saber lo que el autor “quiso decir”? En una sociedad en la cual el lenguaje queda, a pesar de todo, una tentativa de conceptualización, sería realmente una utopía creer posible y hasta necesaria la copia lingüística del pensamiento de un señor irlandés quién nació y vivió hace más de un siglo. Como lo indican Seleskovitch y Lederer, en *Intérpreter pour traduire*⁴⁸, Valery examina la relación autor/texto de la manera siguiente:

*«Il n'y a pas de vrai sens d'un texte. Pas d'autorité de l'auteur. Quoi qu'il ait voulu écrire, il a écrit ce qu'il a écrit. Une fois publié, un texte est comme un appareil dont chacun peut se servir à sa guise et selon ses moyens : il n'est pas sûr que le constructeur en use mieux qu'un autre. Du reste, s'il sait bien ce qu'il voulait faire, cette connaissance trouble toujours en lui la perception de ce qu'il a fait.»*⁴⁹

A eso, Seleskovitch agrega: *«si el autor «sabe lo que quiso realizar», sólo podrá juzgar «lo que ha hecho» a través de la reacción de los que establecen, al leerlo, una relación entre el decir y su propio conocimiento»*. Igual pasa con la retraducción: el texto renace con cada lectura o, una vez más, con cada interpretación que se hace de él en la realidad que el lector vive en ese momento. Partimos de la idea

⁴⁸ *Interpréter pour traduire* 2a éd. Paris: Didier, 1986.

⁴⁹ *Au sujet du cimetière marin*. Variétés, Œuvres. Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1957. P. 1507.

según la cual el entender y hacerse uno con el autor de una obra es imposible, así que la retraducción aparece tan válida como la traducción directa.

2. El enriquecimiento por la retraducción

La retraducción trae consigo un enriquecimiento particular gracias a las estrategias que se aplicaron y que este procedimiento permite explorar. Al contrario de un traductor con una visión tradicional que se ve obligado a usar la retraducción, buscamos recuperar aspectos de la cultura original sin excluir elementos de las dos culturas intermediarias, pero también velando por que la retraducción no sea “chocante” en su relación con la cultura meta costarricense y los conceptos pilares de esta sociedad. Donde cualquier otro traductor retomarí­a los puntos en común de las dos versiones intermediarias y eliminarí­a las diferencias, nosotros, decidimos jugar con esas diferencias. La retraducción se convierte así en mucho más que una simple alternativa de traducción. La pregunta que nos interesa ahora es: ¿En qué medida puede el proceso de retraducción ser factor de enriquecimiento? Hablamos aquí de un “enriquecimiento” en comparación con una traducción directa tradicional, pero también según las herramientas y la situación poco comunes de las cuales disponemos. Ese aporte se hace a varios niveles distintos.

En un primer plano, contar con dos interpretaciones del texto original ya es factor de enriquecimiento para nuestra retraducción: tenemos dos puntos de vista adecuados a dos realidades y culturas diferentes, así como a dos épocas diferentes, lo que nos permite “captar” el original según dos ángulos distintos. Aprovechamos la primera visión que se tuvo de ese relato en 1937 con lo que se sabí­a entonces en el contexto inglés, así como la visión francesa, cincuenta y dos años después, en 1989. Estamos aludiendo precisamente a la “interpretación múltiple” que define el concepto

de traducción de George Steiner: usamos la retraducción como un acto de interpretación múltiple que se manifiesta de manera concreta en el fusionar de las tres culturas con las cuales trabajamos. Así, frente a la opinión casi general de que sólo se puede lograr una buena traducción partiendo del original mismo, nosotros podemos afirmar que en lugar de un acercamiento personal y, por consiguiente parcial, disfrutamos de dos enfoques ajenos. Estos ofrecen una visión diferente, fundamental en nuestros días en los cuales se pretende que la traducción sea la única posibilidad real de unión inquebrantable entre las culturas; una visión multicultural y atemporal del relato autobiográfico de Tomás Ó Crohan, que se mezclan a su vez con nuestra propia visión de la cultura meta.

En un segundo plano, la retraducción es un factor de enriquecimiento en cuanto fuente y creadora de una extrañeza matizada por culturas intermediarias. Nos propusimos rescatar elementos del original sin excluir elementos de las respectivas traducciones de partida, y a la vez, legitimando nuestras elecciones en la cultura meta. La interrelación de estas tres tareas simultáneas convergen en el concepto de extrañeza: extrañeza descifrada de la cultura original, extrañeza de la cultura francesa y extrañeza de la cultura inglesa. Paralelamente, se busca reproducir esa mezcla por medio de una extrañeza “ubicable” en español. Lo que se procuró evitar fue la extrañeza simplista de conceptos desconocidos, que no tengan ninguna resonancia para el lector meta. Si tomamos como ejemplo el título original gaélico *An tOileánach*, podemos sospechar que la gran mayoría de los lectores no logrará ubicar ni siquiera el idioma del cual se trata. Sería entonces una reproducción plana, pero sobre todo inútil, de la extrañeza que hasta podría provocar el alejamiento del lector (tomando en cuenta el hecho de que la lectura de un título nos da la primera impresión de una obra; impresión que no se puede tomar a la ligera). Sin embargo,

en el caso de la grafía “O” que encontramos en apellidos como “O’Crohan”, más comúnmente, en “O’Connor”, etc., así como el elemento “Mac” en apellidos como “Mac Leod” o “MacCormick”, etc., notamos la extrañeza, pero también la logramos ubicar como característica de nombres irlandeses, aunque no sepamos nada más. Notaremos que en el presente trabajo se conservó la grafía en gaélico con la “Ó”. Eso es precisamente lo que se procuró realizar aquí. Se compararon los dos textos intermediarios para aislar las diferentes soluciones adoptadas en cada caso de extrañeza e investigar las diferentes opciones en el contexto cultural propio de cada versión con el propósito de lograr identificar varias posibles adaptaciones. Por ejemplo, encontramos expresiones en la versión francesa que no parecen ser el reflejo de un francés convencional, al contrario, demuestran una evidente adaptación a partir de la visión de Tomás Ó Crohan. Eso generó expresiones “ubicables” para los lectores franceses, así como lo contrario, como lo veremos más en detalle en el siguiente capítulo.

El resultado es una gran variedad de soluciones ya que nuestra meta consiste en hacer de esos elementos extraños, portadores de significado en la cultura meta. Sin embargo, había que encontrar algún tipo de equilibrio para no caer en la “banalización” de tales elementos, ricos en sí. El propósito es que el lector adopte o enriquezca sus conocimientos, que satisfaga su interés hacia culturas lejanas y no que lea como se suele vivir en su propia cultura. Esta tendencia a adaptar los elementos culturales de un texto hasta volverlos parte de la cultura meta es una posición que nos parece ridícula y hasta degradante para el lector, si no se puede justificar por un aporte singular. Partimos del perfil de un lector atento, activo, que puede profundizar una lectura y que no busca una “transición ligera” para introducirse en otra cultura por el modo de la lectura. Por consiguiente, las

soluciones fueron tan variadas como la nota al pie de página en casos exclusivos de medidas y sistema monetario, la explicitación, la adaptación propiamente dicha o también la traducción más cercana del concepto sin adiciones, extraña pero siempre al alcance de los lectores de la cultura meta.

En un tercer plano, existe un enriquecimiento adicional en términos de información complementaria que ofrece la versión al francés, tomando en cuenta otros escritos de Tomás Ó Crohan. Aunque nuevos en su publicación, estos escritos ya formaban parte del conjunto de la interpretación del autor cuando escribió *An tOileánach*. Se incorporan en nuestra versión, como transmisores de una extrañeza auténtica, asociada a la naturaleza propia de la cultura original (por ejemplo, una leyenda).

Al respecto surgen dos preguntas inevitables: ¿cuál de las dos versiones intermediarias tuvo más influencia en la resolución de problemas culturales o en la traducción en general? Y ¿podría existir un enriquecimiento diferente? No podemos negar la marcada influencia de la versión al francés por ser nuestro idioma materno. Sin embargo, la versión al inglés ha servido de apoyo o confirmación para aclarar, si no todos, la mayoría de los aspectos culturales oscuros del texto. En realidad, ambos textos se complementaron, y podemos afirmar que cada expresión específicamente cultural se analizó desde ambas perspectivas, cada versión siendo un vínculo diferente con la cultura original. Si una versión usaba un término en gaélico y la otra lo traducía, podíamos tener el efecto de extranjerización por un lado y el significado "directo" por otro. Al tener ambas opciones, logramos visualizar lo que era lo más adecuado para nuestro público meta: mantener una extranjerización significativa y/o evitar oscurecer el relato. Así, ambos textos resultaron ser, por igual,

un punto de comparación para el otro. La influencia no es lo que cuenta más ya que no se midió y tampoco se buscó en un idioma más que en otro, sino que cada término especialmente estudiado con la preocupación de retransmitir cierta extrañeza fue entendido y escogido espontáneamente a partir de su adecuación a la cultura meta. El punto de comparación reside también en la presencia de pasajes adicionales en una de las dos versiones intermedias como lo veremos más adelante. En cuanto a la posibilidad de un rescate diferente y por lo tanto de un enriquecimiento diferente, es importante indicar que, por supuesto, no damos nuestra interpretación por sentada y que apoyamos las retraducciones para hacer que el texto viva en la medida de lo posible.

Otro aspecto, en cuanto a la aceptación de nuestra retraducción como texto enriquecedor a su vez en la cultura meta, es la relación que pueda haber entre las culturas francesa e inglesa y la cultura costarricense, o lo que podríamos llamar el vínculo que existe entre las culturas fuente y la receptora. La cultura meta constituye el criterio final de elección de términos, pero más que eso, es parte del enriquecimiento ya que la interpretación se hizo no sólo de las versiones al francés y al inglés de acuerdo con sus respectivas culturas, sino también de esas dos dentro de la cultura costarricense: por ejemplo, fue necesario preguntarse ¿qué impacto tendría un término portador de extrañeza en su contexto inglés en la cultura meta, frente al mismo término interpretado en su contexto francés? Hay un intercambio real y activo, un especie de vaivén, entre las tres culturas. Marta E. Delgado Salazar afirma lo siguiente en el espacio electrónico de la Embajada de Canadá en Costa Rica⁵⁰:

⁵⁰ < http://geo.international.gc.ca/latin-america/sanjose/whats_new/default-es.aspx?id=2309 >

«La influencia de la cultura francesa desde el siglo XIX ha generado espacios de encuentro en la conformación de diversas instituciones educativas y culturales en Costa Rica. Así por ejemplo, ya desde la creación de los primeros centros de enseñanza en Costa Rica —nos referimos a la Casa de Enseñanza de Santo Tomás fundada en 1814—, la lengua francesa fue incluida en los planes de estudio. En ella, el ideario de la Ilustración se divulgó, sobre todo, gracias a la presencia del bachiller Rafael Francisco Osejo, oriundo de León, Nicaragua, quien inicialmente fue contratado para enseñar filosofía y que con el tiempo se convertiría en rector. Amén de su sólida formación intelectual, era poseedor de una vasta y novedosa biblioteca en la cual sobresalían los textos de Rousseau. De hecho su presencia en el país generó espacios culturales significativos, cuya huella se hizo sentir a mediano y largo plazo.»

Y agrega:

«Más aún, la vida cultural se ve favorecida con la fundación del Centro de Estudios Germinal, creado en 1912, el cual va a jugar un rol preponderante en la vida política y cultural del país. Es un sitio donde los nombres de Emile Zola, Eugene Sue y Balzac, ocupan espacios preferenciales de lectura. La novela de carácter social cala hondamente en la conciencia de los obreros, quienes a la sazón se ven retratados en sus aspiraciones de justicia y de libertad, en los ya conocidos personajes de los relatos de estos novelistas franceses».

Desde principios del siglo XX, hubo una influencia considerable de la cultura francesa no sólo mediante la literatura, sino también el arte. Los escritores denominados modernistas fueron fuertemente influenciados ya que, entre otro, algunos de ellos tuvieron los medios o las funciones para tener la ocasión de vivir un

tiempo en Francia. Tal es el caso de Ricardo Fernández Guardia (1867-1950) cuyo *Hojarasca*⁵¹ tuvo un notable éxito por su carácter polémico: oponiendo a nacionalistas y europeizantes e hispanizantes.

Así, podemos ver que la influencia y la aceptación de la cultura francesa a través de su literatura son casi parte de la cultura costarricense misma.

Por otro lado, en cuanto a la literatura inglesa, no parece menos presente en la cultura costarricense; su influencia se nota más que todo en el género policiaco, en representación de Edgar Allan Poe o Arthur Conan Doyle, entre otros, en los escritos de Carlos Gagini o Ricardo Segura.

Debemos subrayar el proyecto de volver al original a través de nuestra traducción, con las palabras de Walter Benjamin, quien, a comienzos de la década de 1920 ya rechazó la concepción binaria de la traducción en su ensayo *La tarea del traductor*:⁵² «Una traducción roza al original en un punto infinitamente pequeño de la esfera de sentido.»

La idea de texto original es tan ilusoria como la idea de idioma original: ambos evolucionan y cambian constantemente en el marco espacio-temporal. Además, el propósito de la traducción no podría ser el de copiar a un supuesto original sino de manipular y renovar para llegar a la creación de un “lenguaje puro” (W. Benjamin) que necesita de la participación de los demás lenguajes para formar uno sólo. Por lo tanto, la retraducción es tan válida como la traducción que a su vez es tan válida como el llamado “original”, ya que contribuyen a avanzar hacia un mismo propósito: la creación de un idioma universal.

⁵¹ *Hojarasca*. Tip. Nacional.. San José de Costa Rica, 1984.

⁵² *La tarea del traductor*, *Angelus Novus*. Barcelona: Edhasa, 1971. P. 87.

Capítulo II

Una cultura en el espejo de otras

Como lo comentamos en el capítulo I, el método de la retraducción fue empleado con el fin de explorar el aporte de dos traducciones intermediarias, ante el desconocimiento del texto original. Nuestro objetivo era llegar a ese original por medio de las versiones al inglés y al francés. Sin embargo, había que tener en cuenta una contradicción inherente en nuestro enfoque: el antagonismo representado por la aceptabilidad de la traducción frente a la conservación de la extrañeza. Al fin de cuentas, esta contradicción acabó ser una ventaja ya que nos permitió delimitar soluciones polivalentes para el lector, como lo veremos a continuación. Nuestro análisis se basó en cuatro niveles de aceptabilidad literaria, de acuerdo con la comprensibilidad de los elementos de extrañeza para el público costarricense.

Nuestra pretensión, “paradójica” si se quiere, era mantener la aceptación por medio de la extrañeza. Se procuró alcanzar un equilibrio entre ambos ya que cuanto más conservación de la extrañeza se lograba, menos aceptabilidad tenía el texto y vice versa. Debido a que la extrañeza constituyó un requisito para la *raison d'être* de nuestra retraducción, nuestro reto principal era lograr la aceptabilidad de lo no aceptable (representado por la extrañeza). Lo que se pretendió hacer fue salirse de los patrones y esquemas clásicos de la traductología, en los cuales lo que no es convencionalmente considerado « aceptable » es rechazado. Tratamos de oponernos a esa esclavitud del traductor y, al contrario, abrir sus perspectivas por medio de la combinación de varias interpretaciones de un mismo texto.

Antes de entrar en el análisis es imprescindible definir lo que entendemos por el término “extrañeza”. Según el Diccionario de la Real Academia Española, la extrañeza es la “cualidad de raro, extraño, extraordinario”. Si calificamos el relato como portador de extrañeza, admitimos que provoca tal sensación: se refiere a todos los elementos ajenos a nuestra cultura meta (la costarricense) que aparece en el relato. Nuestro enfoque motivado por el deseo de recrear esa extrañeza encuentra un apoyo en la teoría de Walter Benjamin que compara la relación original/traducción al concepto de “tangente”: la traducción sería entonces la tangente que toca el círculo (el original) en un sólo punto para luego continuar su viaje ya de manera independiente. Este punto de encuentro es la extrañeza proporcionada por los dos textos intermediarios y que permite la supervivencia de esta cultura antigua de las Islas Blasket. Partimos de esta unión de las diferentes traducciones para subrayar su papel enriquecedor para nuestra retraducción.

Conviene mencionar el problema de la variante del español más conveniente para nuestra retraducción. En efecto, estamos frente a un texto de tono rural, tosco, que quisimos recrear como parte de la extrañeza textual –cultural, de manera que el público meta lo pudiese reconocer y luego, asociar a la época y al lugar del relato. En estas condiciones, ¿cuál era la mejor opción? ¿Lograr un texto exclusivamente dirigido a un público costarricense y en este caso, resolver el uso de términos rurales usando costarriqueñismos? O ¿presentar una traducción más neutral, con soluciones que alternan el español ibérico con expresiones más localizadas en América Central? Finalmente optamos por el primer camino. Dado que la traducción siempre se focaliza en un público definido y que en nuestro caso, iba dirigida precisamente al público costarricense, una mezcla de diferentes formas de español no nos pareció funcional. Cabe recordar que buscamos la aceptación de la

retraducción en el sistema literario costarricense exclusivamente, y que esta aceptación pasa por la definición de una identidad nacional (la de las Islas Blasket, Irlanda) mediante un estilo constante. Para evitar disminuir la impresión de lejanía o alienación vehiculada por los términos referentes a esas islas (y cuando no se podía llegar a la aceptación de cierta extrañeza), se trató de adecuar el vocabulario extraño de manera sutil, sin introducir expresiones locales muy “marcadas”, como lo son los “pachuquismos”.

Presentamos algunos ejemplos, y comentamos su aporte para la conservación significativa de los elementos extraños. El primer grupo de ejemplos representa los intentos de reconciliar la aceptabilidad con la extrañeza, tal y como lo mencionamos más arriba. El segundo grupo recoge ejemplos de información adicional que sólo aparecen en la versión francesa.

1. Aceptabilidad frente a extrañeza

1.1. Nivel mínimo: los extranjerismos

El nivel mínimo de aceptabilidad para el lector meta equivale a la presencia directa de elementos ajenos a la lengua y cultura meta. El propósito del traductor, evidentemente, es el de integrar esa extrañeza en el texto meta mediante la “extranjerización” que Goethe —citado por Jaramillo Rojas⁵³— define así:

«El traductor puede llevar a sus paisanos un retrato claro y verdadero del autor extranjero y las circunstancias extranjeras, manteniéndose estrictamente en el original (extranjerización) [...]»

⁵³Darjeeling de Bakti Kirchner. *Trabajo de graduación para aspirar al grado de Magíster en traducción*. Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica. 2003. P. 83-84.

Es precisamente lo que ocurrió en cuanto a términos que aparecían conservados en su idioma original o transliterados en los textos intermediarios:

Ejemplo 1:

TF en inglés (24) : «I was in high spirits now I'd got my mother again, singing "Donal na Greine" ».

TF en francés (39): «Je ne me tenais pas de joie maintenant que j'avais retrouvé ma mère et je chantais «Domhnall na Gréine» (voir annexe 1)».

TM (28): «Yo estaba loco de la felicidad de tener a mi madre conmigo otra vez y me puse a cantar 'Domhnall na Gréine'».

En la versión al inglés podemos notar que se reprodujo la frase en gaélico por medio de la transliteración *Donal na Greine*. Al no incluir la “m”, la “h” y una “l” (que aparecen en la versión francesa), parece que el traductor buscó recrear cierta familiaridad de término: *Donal*, gráficamente más cercano del nombre “Donald”, común en inglés. Tampoco hay, en esta versión, acento en la primera “e” de *Greine*. En consecuencia, la imagen gráfica de las palabras resulta menos enajenante para el lector inglés. La transliteración permitió, en este caso, mayor aceptabilidad fonológica de la frase, sin, no obstante, eliminar su estatus de extranjerismo en cuanto a significado y forma. Podríamos suponer aquí un deseo de “uniformización” fonológica del texto en inglés de parte del traductor para minimizar el choque cultural y, a la vez, preservar la extrañeza. En la versión al francés, los traductores mantuvieron la frase original *Domhnall na Gréine* e incluyeron su traducción en un anexo al final del libro: “Donald du Soleil” (“Donald del Sol”) donde se precisa también que es el nombre de un personaje famoso del folclor irlandés. En nuestra

versión optamos por mantener la representación gráfica original, pero sin notas, con el fin de estimular las asociaciones y el imaginario y, por consiguiente, la creación de significados. Por lo tanto, no incluimos su traducción. Esta solución ayuda a que nuestros lectores no lean de manera pasiva sino que se involucren en la lectura y —a través de la extranjerización— en la cultura fuente. Interrogarse ya significa interesarse. Este ejemplo nos puede recordar también el sentimiento paradójico de frustración que experimentamos al mirar la interpretación cinematográfica de un libro que leímos y que produjo imágenes que luego resultan incompatibles con un lugar o una situación representada en el séptimo arte. La extranjerización nos permite duplicar esta “fertilidad” imaginativa y a la vez conservar la extrañeza de las sonoridades del gaélico original (no transliterado). En resumidas cuentas, el nivel elemental de aceptabilidad ayuda a reproducir una extrañeza indispensable para la legitimidad de nuestra retraducción ya que el lector le saca provecho para acercarse a la cultura desconocida. Además, el enriquecimiento se logra gracias al “enfrentamiento” de los dos textos intermediarios que nos sometieron a dos sensaciones distintas: una sensación de ser asistido a medias (la versión inglesa con la transliteración pero sin el significado) y una sensación de ganar sin esforzarse (la versión francesa con el extranjerismo y su significado). El aporte es mayor cuando los textos intermediarios nos ofrecen una posición de traductor-experimentador al considerar diferentes soluciones de traducción, lo que nos permite adoptar una posición crítica y escoger activamente la solución que nos parece la más adaptable para rescatar esos elementos extraños. No se trata, entonces, de simplemente escoger lo primero, sino de cuestionarse y construir, aunque por solo unos minutos, un puente intercultural entre las cuatro versiones.

1.2. Nivel básico: la equivalencia formal

El nivel siguiente es el de una aceptabilidad básica que comprende a los elementos extraños de los cuales el lector no tiene ninguna experiencia, pero que puede visualizar o interpretar de manera abstracta. Al igual que el primer nivel, podemos decir que estimula la imaginación y el interés por la cultura original. La extrañeza se ubica en el significado, sin entenderse al significante, ya que los términos no son extranjerismos. En este apartado, presentamos ejemplos significativos de la cultura fuente y que ilustran la ventaja que presentan ambas versiones intermediarias cuando son similares. En efecto, el traductor ve reforzada su elección al tener dos interpretaciones cercanas. La técnica traductológica que se utilizó en estos casos es la conocida como “equivalente formal”, es decir la traducción convencional dada por el diccionario.

Ejemplo 2:

TF en inglés (62) : «We have, my boy, said he. I'll bring the ferret with me».

TF en francés (85): «Nous aurons le nécessaire, mon garçon, dit-il. Je prendrai le furet avec moi».

TM (71): «No te preocupes, tendremos todo lo que necesitamos—dijo—. Voy a llevar el hurón conmigo».

El hurón es un “mamífero carnívoro de unos 20 cm de largo desde la cabeza hasta el arranque de la cola, la cual mide 1 dm aproximadamente. Tiene el cuerpo muy flexible y prolongado, la cabeza pequeña, las patas cortas, el pelaje gris más o menos rojizo, y glándulas anales que despiden un olor sumamente desagradable. Se

emplea para la caza de conejos porque se mete en sus madrigueras”⁵⁴. En ambos textos intermediarios, aparece el término correspondiente al animal arriba descrito ya que la cacería de conejos con o sin ayuda de hurones es común en los países del Norte de Europa así como el animal mismo. En realidad, no se acostumbra a cazar conejos con hurones en Francia, pero la existencia de esta práctica no se ignora. Al contrario, en Costa Rica, esta práctica y el hurón resultan inexistentes y poco conocidos. Sin embargo, después de interrogar a varios costarricenses, se notó que de diez personas, siete conocían el término. Además, ya que el contexto era precisamente la cacería de conejos, hubiera sido inapropiado adaptar o neutralizar el término porque se hubiera tenido que modificar todo el pasaje, por ejemplo, mediante una situación equivalente (pescar o cazar venados...) lo que hubiera insertado una falsa realidad en un texto que lleva el estatus de testimonio verídico.

En cuanto al papel de los textos intermediarios, por lo que se refiere a objetos, fauna y flora, llevan una función de texto paralelo el uno para el otro. En efecto, podemos hablar de “retroalimentación” entre la versión al inglés y la versión al francés exclusivamente en casos de referencias culturales físicas (compréndase materiales o vivientes) rendidas de manera similar (por medio de la equivalencia formal) en ambas. Por otro lado, la realidad temporal de publicación nos proporcionó una ventaja: la traducción al inglés (de 1937) fue la primera que se realizó, y la traducción al francés (de 1989) se basó únicamente en la versión original reeditada. Por lo tanto, la referencia cultural del “hurón” no puede constituir una “interpretación” del original sino su equivalente formal en las respectivas versiones; es realmente el concepto que el autor usó en la redacción del texto fuente. Así, vemos que aun cuando eran similares, los textos intermediarios constituyeron un apoyo para

⁵⁴ Diccionario de la Real Academia Española (RAE). 22.a edición. 2001.

asegurarse del carácter verídico y cultural de ciertos términos. Se nos podrá objetar que, entonces, donde las versiones intermediarias difieren, nuestra solución se vio afectada al carecer del respaldo de las dos. Sin embargo, no existe tal contradicción cuando el aporte de estas equivalencias en nuestros dos textos fuente nos permite identificar elementos originales sin dudar de su veracidad histórica o cultural y que confirma a la vez, que su modificación conceptual hubiera oscurecido al texto meta.

1.3. Nivel intermedio: la adaptación

El nivel intermedio de aceptación se refiere a la elección de soluciones que emplean la técnica de adaptación. Por oposición al concepto de “extranjerización” que produce máxima extrañeza, este nivel ilustra el proceso de “domesticación”, igualmente descrito por Goethe y mencionado en el trabajo de graduación de Marianela Jaramillo Rojas⁵⁵:

«El traductor [...] también puede tratar el trabajo extranjero como un escritor trata su material, alterándolo con sus propios gustos y convicciones para llevarlo más cerca de sus paisanos quienes lo pueden aceptar como si fuera un trabajo original (domesticación).»

Por supuesto, la decisión de adaptar no se dio en razón de “gustos” o “convicciones”, sino por el deseo de recrear otra realidad de manera pertinente para la cultura receptora. Esto viene a decir que este tercer nivel sigue conteniendo un componente de extrañeza, requerida para caracterizar la realidad de las Islas

⁵⁵Darjeeling de Bakti Kirchner. *Trabajo de graduación para aspirar al grado de Magíster en traducción*. Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica. 2003. P. 83-84.

Blasket en 1856. No obstante, si esa realidad se vuelve opaca dado el uso de términos totalmente ajenos al lector meta, nuestro objetivo no se cumple. La técnica de adaptación se usó entonces de manera que el componente de extrañeza se conservara. Sin traducir el elemento singular por otro totalmente aceptado en la cultura meta, empleamos la adaptación para aclarar tal elemento y darle sentido en dicha cultura como lo veremos más específicamente en los ejemplos.

Además, el principio de reciprocidad entre las diferentes culturas que se nutren entre sí es fundamental: al entender el otro, nos entendemos a nosotros mismos, dicho de otro modo, la cultura del otro nos enseña a comprender y a dominar nuestra propia cultura. A la vez, sólo se puede entender otra cultura con base en las referencias que nos provee nuestra propia cultura. Así, la adaptación no le resta presencia a la realidad de Tomás Ó Crohan que tratamos de rescatar sino que permite entender mejor aquella visión extraña o diferente del mundo. Nuestra posición de retraductor tiene en cuenta el hecho de que no sólo el texto original genere —por sus numerosos elementos extraños— la necesidad de adaptación, sino también las mismas versiones intermediarias por las cuales pasamos. En efecto, dichas interpretaciones pueden hacer intervenir soluciones traductológicas impregnadas de su cultura respectiva. Por lo tanto, si adoptáramos soluciones similares, correríamos el riesgo de reproducir interferencias fuera de contexto; y es por eso que estudiamos minuciosamente la interpretación proveída por cada traducción.

Ejemplo 3:

TF en inglés (62): «My mother gave me my breakfast, and I wasn't long gulping it down, and what I couldn't take at a gulp, I had a good mill to grind it with – a slab of bread made of coarse Indian meal, hard enough for a horse...».

TF en francés (85): «Ma mère me donna mon repas que je ne fus pas long à avaler et, ce que je ne pouvais avaler d'un coup, je l'écrasais entre les bonnes meules que j'avais dans la bouche: une grosse tranche de pain fait d'une grossière farine de maïs et assez dur pour un cheval...».

TM (71): «Mi madre me dio mi desayuno: una gran rebanada de pan de harina basta de maíz, duro como garrote, un pescado salado y leche con agua, que no tardó mucho en desaparecer y lo que no pude tragar de una vez lo trituré con mis buenas muelas».

En ambas versiones el protagonista compara la calidad del pan con la fuerza del caballo cuando come: “hard enough for a horse”, “et assez dur pour un cheval”. Ante tal símil, decidimos adaptar y reemplazar una frase que luce como dicho popular y que se refiere a lo rural por la mención del caballo usando otra frase, también con el carácter de dicho popular, pero esta vez local. Lo interesante es que esta oración está llena de frases rurales: la comida del desayuno (“a slab of bread made of coarse Indian meal”/ “une grosse tranche de pain fait d'une grossière farine de maïs”); la metáfora de las muelas como máquina agrícola (“I had a good mill to grind it with”/ “je l'écrasais entre les bonnes meules que j'avais dans la bouche”). La idea central consistió en adaptar frases que son significativas en la medida en que evocan este contexto rural característico del relato. Usamos un referente rural por medio de “garrote” que constituye la herramienta rudimentaria del campesino en

muchos de sus quehaceres (pastoreo, caza, tareas agrícolas) de manera que las diferentes frases que describen un entorno rural estén conectadas y sigan en el mismo registro. El lector meta podrá a la vez imaginar este contexto con una frase rural de su propia cultura sin, no obstante, caer en el uso desmesurado de costarriqueñismos.

La adaptación constituyó una técnica esencial para mantener el registro propio del narrador: sea en cuanto a frases rurales como a una jerga campesina que no hubiera podido ser reemplazada por equivalentes formales. En varias ocasiones, el habla rural costarricense fue de gran ayuda para sustituir unas frases por otras ubicables por el lector como lo podemos ver en el ejemplo siguiente:

Ejemplo 4:

TF en inglés (21): «A great mug he had on him, hollow eyes, and a sleek swarthy complexion. He had prominent teeth...

TF en francés (36): «Il avait une grande gueule, les yeux proéminent, le teint luisant et basané, des dents qui avançaient...».

TM (24): «Era moreno, bocazas y dientón, tenía grandes ojos, una tez brillante...».

En este caso se refiere a la dentadura de uno de los personajes que es según las versiones fuente: “prominent” o “qui avançaient”. La jerga rural o rústica que se emplea en Costa Rica nos permitió mantener este estilo tosco del autor y al mismo tiempo evitar una imagen difícil de entender. Podemos constatar entonces que la adaptación por frases de la cultura meta permite más claridad y de describir una imagen no obligatoriamente conocida por el lector pero realmente plausible a sus ojos.

Al igual que los traductores Robin Flower, Jean Buhler y Una Murphy no pudieron aprehender el texto como Tomás Ó Crohan lo escribió, nosotros tampoco pudimos aprehenderlo como ellos. Cada cultura meta asociada a las diferentes versiones implica un enfoque traductológico diferente y interpretaciones distintas. Así como *tOileánach* no presentaba extrañeza para el público directo de Tomás Ó Crohan (ya que lo escribió en gaélico para un público gaélico y entonces al tanto de la cultura descrita), a diferencia de *The Islandman* y *L'homme des îles* cuyos públicos tenían una cultura distinta, también buscamos recrear otro texto conforme a nuestra audiencia meta, rodeando lo que podría ser en este caso una extrañeza matizada diferentemente. Por eso usamos la adaptación en casos en los cuales los traductores anteriores (tal vez) no la necesitaron.

Otro ejemplo interesante es el del trato de figuras religiosas o divinas que se hace en la obra y que también tuvimos que adaptar para poder conservar su efecto extraño en nuestros lectores.

Ejemplo 5:

TF en inglés (29): «May Satan sweep all the hens and eggs and chickens to the sea!»

TF en francés (44): «Si seulement le Grand Homme (Satan) envoyait à la mer les poules, les oeufs et les poussins! »

TM (32): «¡Qué se lleve el Gran Satanás a todas las gallinas con todo y huevos y pollitos!»

Una vez más se observa una diferencia de traducción entre las dos versiones intermediarias. La versión al inglés se refiere a Satanás por su nombre (Satan)

mientras que el texto en francés lo califica de “Grand Homme” (Gran Hombre) y lo nombra entre paréntesis. En ambos textos, notamos varias referencias a Satanás que aparece también como el Diablo (“Devil” o “Diable”). En francés, no se le conoce a “Satanás” como el “Gran Hombre”, así que podemos deducir que esa personificación viene probablemente del texto original en gaélico que los traductores franceses quisieron conservar. Por otro lado, el traductor al inglés decidió omitir esa imagen. Desde nuestro punto de vista, consideramos importante recrear esa relación a la vez de temor y de familiaridad con las figuras religiosas que parece caracterizar la cultura aborígen de las islas Blasket. Por lo tanto, jugamos con las dos visiones presentadas por los textos intermediarios: conservamos el adjetivo “gran” que expresa a la vez el temor y el respeto que los habitantes tenían hacia Satanás. Sin embargo, omitimos “Hombre” así como la indicación entre paréntesis. En Costa Rica, el diablo no se considera hombre, sino una criatura oscura, indefinida, con características más bien de animal (cola, pezuña, cachos). Llamarlo “hombre” podría causar un choque cultural importante en una cultura en la cual la religión católica ocupa un lugar central. De esta manera, evitamos también la necesidad de incluir una explicación adicional, como sucede en la versión francesa.

La riqueza de los textos intermediarios se manifiesta en este ejemplo; las diferencias nos proveen más posibilidades de interpretación a través de la adaptación y permite adecuar el término a las dos culturas (original y meta) lo más preciso posible. Sin embargo, evitamos una interferencia negativa de uno o otro de los textos en cuanto a nuestro propio público receptor.

1.4. La explicitación

La explicitación definida como la expresión de lo implícito en el contexto de la lengua original actúa a manera de especificación. Fue otra de las técnicas que nos permitieron incorporar la extrañeza a nivel intermedio y que se deriva de un aporte evidente de los textos intermediarios.

Ejemplo 6:

TF en inglés (35): «I started for the strand with **my hurley** - a furze stick with a twist in the end of it. Nora and Eileen went with me, and we went straight ahead till we were in the middle of the **hurly-burly**, and not a one of them on the strand wore shoe or stocking. Those days of hurling on the strand on Sundays were the hardest days any of the young people had to face».

TF en francés (51): «Je partis à la plage avec ma batte, une tige de jonc renflée du bout. Nora et Eileen m'accompagnaient ; nous allâmes tout droit au centre du tohu-bohu; aucun de ceux qui se trouvaient sur la plage ne portait ni bas ni souliers. Ces journées de hurling sur la plage, le dimanche, étaient les plus rudes qu'un adolescent avait à subir».

TM (37/38): «Acompañado de Nora y Eileen, fui a la playa con mi bate - una delgada vara de junco con una extremidad más gruesa. Nos unimos enseguida a la muchedumbre y noté que nadie llevaba ni medias ni zapatos puestos. Esos domingos de hurling en la playa eran de los más rudos para un adolescente, por amante que fuera de ese deporte».

En este caso, la versión al francés usó la extranjerización al conservar la palabra “hurling” en inglés. El lector francés puede llegar a una confusión al ver esa palabra, y si no sabe realmente de qué se trata. En cambio, el texto en inglés aclara a lo largo del párrafo que el término “hurling” se refiere al juego. Se logra por medio del uso de palabras de misma raíz : “my hurley”, “hurly-burly” (proveniente del verbo “to hurl” en inglés que significa, entre otros, “tirar con mucha fuerza” o “gritar con vehemencia”) que mantienen la relación entre la totalidad del párrafo y ese deporte. Por supuesto, el inglés tiene la ventaja de proveer el término que define el deporte y que fue adoptado como un préstamo en francés. Sin embargo, la desventaja es que este deporte irlandés no es muy conocido, así que es probable que el lector francés no sepa de qué se trata. De la misma forma, en español se denomina este deporte por medio del préstamo “hurling” ya que no tiene ninguna traducción atribuida y tampoco aparece en los diccionarios más reconocidos en español⁵⁶. Por lo tanto, usamos la explicitación aquí para indicar que se trata de un deporte. Ya notamos que la raíz de la palabra “hurling” aparece dos veces antes de este término, como para llamar la atención del lector. También notamos que estas dos palabras no aparecen en la versión en francés ya que estas tienen su traducción “batte” y “tohu-bohu” respectivamente. De modo que sin la presencia del texto en inglés, no nos hubiéramos enterado de la importancia de explicar o explicitar ese término. La ventaja de tener a ambos textos intermediarios es que se ejerce un contraste por el cual nos percatamos de lo que podría faltar en una u otra versión. En este caso, a la luz del texto en inglés, vimos que la extranjerización sola no bastaba para un rescate significativo del elemento cultural así que se tuvo que asociar la explicitación.

⁵⁶ Diccionario de la Real Academia Española (RAE). 22.a edición, 2001.; Diccionario Collins, 5.a edición, 2004.

En el ejemplo siguiente, es el texto en francés que, esta vez, nos aclara la naturaleza del elemento extraño:

Ejemplo 7 :

TF en inglés (7): «Maura cast an eye along the strand and saw a school of porpoises rounding the Gob from the south, and they never stopped till they came over against us...»

TF en francés (21): «Maura jeta un coup d'œil le long du rivage et vit une troupe de marsouins en train de contourner le Gob (le Bec) par le sud, sans arrêter jusqu'à parvenir en face de nous...»

TM (10): «Maura contempló el mar y vio a un grupo de marsopas dando la vuelta por el Gob, la península en forma de pico, y que avanzaba hasta enfrentarnos, cerca de la orilla, con sus grandes aletas fuera del mar, todos juntos al igual que cualquier otro banco de peces».

La situación que plantea ese ejemplo difiere de la anterior en que se trata de una referencia geográfica. Como ya lo dijimos, llegamos a comprender lo que era realmente por la explicitación entre paréntesis de la versión al francés en la cual los traductores proveen su traducción “(le Bec)” es decir “El Pico”. Podemos suponer que esta explicitación es una estrategia de los traductores ya que el autor no hubiera especificado un lugar al cual se hace comúnmente referencia en la cultura fuente. En cambio, la versión al inglés no explicita, ni da la traducción de “The Gob”, lo que nos lleva a suponer que siendo parte de la geografía de las Islas Británicas, es probable que sea conocido por el lector inglés. El traductor al inglés optó por la extranjerización al mantener la desconocida palabra en gaélico. A nosotros nos correspondió usar la explicitación, pero de una forma distinta a la usada en la

versión al francés. En efecto, en lugar de dar la traducción de la palabra extranjera entre paréntesis, lo que inserta un elemento estilístico no natural que interrumpe el discurso, la usamos para ir más lejos y explicitar que el “Gob” designa una península en forma de pico. Esta comparación se ve aun más adecuada cuando el narrador es todavía niño en este momento del relato porque vehicula una visión un tanto simple o inocente. En consecuencia, aquí hicimos lo que se podría llamar una “sobre-explicitación”, basándonos en la que aparece en la versión francesa, pero yendo más allá.

1.5. Aceptabilidad total: la neutralización

El cuarto nivel de aceptabilidad es donde ya desaparece la extrañeza. Los textos intermediarios fueron de gran ayuda en esta etapa ya que nos permitieron evitar recrear un texto fuera de lugar o de época. De manera indirecta favorecieron a la conservación de la extrañeza ya resuelta en otros ejemplos y más que nada a su legitimidad: en efecto, mantener la extrañeza de ciertos términos o frases que no tienen arraigamiento en la cultura meta sólo llevarán al lector a la confusión y a la incomprensión. Por otro lado, como lo vimos en algunos ejemplos anteriores, existe una extrañeza que el lector entiende por contexto o simplemente porque el concepto es un elemento puntual aislado del resto del texto, así que no afecta su comprensión. Se intentó evitar la oposición entre una extrañeza portadora de sentido para el lector meta y otra, factor de incomprensión, que hubiera descalificado a la primera. El retraductor tiene que preocuparse por la armonía de su traducción, o cierta lógica, facilitada por las opciones que los textos intermediarios ofrecen de acuerdo con sus respectivas culturas receptora. Así, examinemos el ejemplo siguiente:

Ejemplo 8 :

TF en inglés (1) : «My mother was a flourishing woman, as tall as a peeler, strong, vigorous, and lively, with bright, shining hair».

TF en francés (15): «Ma mère était une femme épanouie, grande comme un agent de police, solide et vive, avec des cheveux clairs et brillants».

TM (4): «Mi madre, una mujer alegre, muy alta, vigorosa y vivaz, tenía el cabello claro y brillante».

La neutralización es una alternativa cuando no se puede adaptar un término o cuando el equivalente formal no aporta claridad o interés alguno. La cultura más cercana a la cultura original irlandesa, es decir, inglesa, se refleja en un símil referente a un elemento cultural inglés. El término “Peeler” designa a los policías en Inglaterra y proviene de Sir Robert Peel, quien reformó a la fuerza policiaca en 1829. Su influencia en Irlanda se debe al hecho de que haya combatido contra los derechos católicos antes de verse obligado a apoyar la emancipación católica en 1829. Así, el término está directamente relacionado con el pasado histórico del público meta de la traducción inglesa. Podemos suponer que los policías eran entonces especialmente altos, desde el punto de vista de Tomás Ó Crohan, por su físico delgado y su sombrero especialmente grande (calificado de “tall hat” en la descripción de su uniforme)⁵⁷.

Lo que hicieron los traductores al francés fue adaptar el término “peeler” como “un agent de police” (un policía). Sin embargo, en la cultura de Francia, los policías no son especialmente conocidos por su altura o por grandes sombreros, por lo que la comparación resulta algo vaga y crea confusión. Aquí, el hecho de tener las dos

⁵⁷ Ver sitio electrónico: < <http://www.learnhistory.org.uk/cpp/met.htm> >

versiones nos ayudó: la versión al francés permitió entender el término “peeler”, cuyo significado primario es “pelapapas”⁵⁸; dado que la comparación en el texto en francés era tan inusual como en inglés, se relacionaron los dos conceptos y una búsqueda terminó de justificar nuestras dudas. De hecho, el comparar una mujer (aquí la madre del protagonista) con un agente de policía se vuelve todavía más extraño hasta el punto de que molesta al lector. ¿Cómo de altos son esos policías? ¿Por qué son tan altos?...y entonces, ¿Qué apariencia tiene esa mujer realmente? ¿Será hombruna? En nuestro caso, para evitar tal confusión, empleamos la técnica de neutralización por lo que no se pudo resolver el sentido exacto del símil con base en las referencias de la cultura original. El objetivo no fue embellecer al personaje, sino de no causar duda por un punto de referencia cultural (los policías de esta parte de Europa) ajena al lector meta. Con el adverbio “muy” indicamos que realmente era más alta de lo normal, lo que la metáfora del policía quería probablemente enfatizar. Aunque se pudiera pensar que la neutralización es una opción fácil ya que “uniformiza” el texto, se utilizó con base en la contribución de nuestros textos fuente y la posible diferencia de interpretación de sus respectivos receptores para un mismo concepto (en este caso, el símil comentado). Al fin, sustraímos respuestas según el enfoque de nuestra retraducción, con nuestro público meta como objetivo principal.

2. La adición de pasajes

El rescate de la extrañeza se basó, en gran parte, en las estrategias que cada traductor de los textos intermediarios escogió aplicar, y en la combinación de estas visiones según nuestro público meta. El estudio minucioso de tales estrategias nos ayudó a tomar decisiones de retraducción. Por otra parte, aprovechamos también las

⁵⁸ Según la traducción proveída por el *Collins Dictionary*. 5.a edición, 2004.

diferencias, ya no a nivel sintáctico sino a nivel textual. La traducción al francés, publicada en 1989, presenta varios textos y pasajes adicionales auténticos, extraídos de la reedición de *An tOileánach* en 1973 por el nieto de Tomás Ó Crohan. Esos documentos adjuntos son poemas, cuentos o recuerdos de los personajes mencionados y como tales, constituyen valiosos elementos culturales, como es el caso del “El cuento de la orina de Mór”.⁵⁹

Ejemplo 9:

TF en francés (87):

«Alors qu’elle faisait route vers Donncha Dí dans le nord de l’Irlande, elle parvint à Mám Mhuisire, d’où elle eut une belle vue dans chaque direction.

C’est à cet endroit que l’urine de Mór se déposa. C’était à la jonction de quatre routes : quelle que fût la route où l’humidité se propagerait le plus loin, c’était cette route-là qu’elle avait l’intention de suivre, car elle ne pouvait alors distinguer l’est de l’ouest. Son plan ne réussit pas, car l’humidité se propagea à la même distance le long de la route. Voici ce qu’elle dit :

Hélas !
L’Irlande est vaste
N’est-ce pas une courte distance
Que parcourt cet étroit petit ruisseau
Je ferais mieux de retourner
A ma propre petite cabane
Et d’abandonner Donncha.

⁵⁹ Tomás Ó Crohan, *L’homme des îles*, 1989. P. 87.

C'est aussi ce qu'elle fit. Elle s'en retourna chez elle ; elle y resta jusqu'à sa mort et y fut enterrée à environ vingt yards de la cabane, ici à Baile Viocáire.

Oui, mon histoire ne se réfère pas à cela.»

TM (73):

«Mientras iba camino a Donncha Dí en la parte norte de Irlanda, llegó a Mám Mhuisire de donde tenía una vista de las diferentes direcciones que se le ofrecían.

Allí fue dónde Mór orinó. Era en la intersección de cuatro caminos: pensaba seguir cualquier camino por el cual bajaría la orina, ya que entonces, no podía distinguir el este del oeste. No logró encontrar su dirección porque el líquido bajó por varios caminos donde alcanzó la misma distancia, entonces, ella dijo:

¡Qué desgracia!

Irlanda es grande y yo insignificante

Abandono mi sueño de Donncha

Y me retiro a mi pequeña cabaña

Eso hizo y regresó a su casa donde permaneció hasta su muerte y donde fue enterrada a unas veinte yardas de su cabaña, aquí, en Baile Viocáire.

Claro, mi historia no trata de esto».

Desde la misma perspectiva que presentamos en el capítulo I acerca de la vida que cobra el texto a medida que viaja en el tiempo y en las culturas, pareció interesante mantener los pasajes que los traductores franceses incluyeron. Si un traductor tiene la ventaja de tener acceso a lo que podríamos llamar “información complementaria” acerca del texto que traduce, es importante que la incluya ya que

hace el texto más completo y más rico. Resultó aun más interesante en la medida en que constatamos que la adición de pasajes exclusivos de la versión al francés generó una situación de empate entre aceptabilidad y extrañeza. En efecto, parece que la integración de estos pasajes exclusivos sea, a la vez, “ubicable” y extraña para el lector. Algunas frases revelan el aspecto repentino e inesperado de esos extractos: «Claro, mi historia no trata de esto» o en otro ejemplo: «Tengo que contarles otro día divertido que vivimos en la isla y que me echó a reír cinco o seis veces antes del atardecer así que quiero compartirlo». El lector se ve increpado por el narrador que se expresa directamente a él/ella. Por otro lado, estas anécdotas, o recuerdos agregados, reproducen el mismo registro que encontramos en el resto de la obra, así como el carácter rural y ingenuo del protagonista. Omitir esos extractos podía ser una opción, pero su legitimidad se reveló por el condicionamiento del lector. Es decir, el concepto mismo de extrañeza se justificó y se volvió “aceptable” por lo que el lector esperaba ante esta obra extranjera y extraña. En este caso de empate, se trata de una extrañeza de forma que no limita la comprensión de la obra ya que, al contrario, esos pasajes enriquecen nuestra traducción; subraya también el carácter evolutivo de toda obra, resaltado aquí por la oportunidad de trabajar con dos versiones diferentes de un mismo texto y que el traductor debe transmitir.

Conclusiones

A priori, este trabajo hubiera podido considerarse como una desviación del camino correcto desde su planteamiento. De acuerdo con los puntos (c) «*as a general rule, a translation should be made from the original work, recourse being had to retranslation only where absolutely necessary*» y (d) «*a translator should, as far as possible, translate into his own mother tongue or into a language of which he or she has a mastery equal to that of his or her mother tongue*»⁶⁰ acordados en la Conferencia de las Naciones Unidas de Nairobi en 1976 con el propósito de regular la práctica traductológica en el mundo, la idea de una retraducción de *An tOileánach* de Tomás Ó Crohan se presentaba como un reto a las normas de traducción. Sin embargo, su propósito nunca fue el desafío, sino más bien un experimento de cuya pertinencia no tenemos dudas. Aunque, por supuesto, totalmente ajenos a los aportes de una traducción “tradicional”, los que la práctica de la retraducción proveyó son igualmente legítimos.

En primer lugar, el empleo de la retraducción desde la ética, es decir, en un ámbito distinto al meramente práctico (cuando existe una carencia de traductores de cierto idioma en una cultura y se tiene que usar la traducción de un original para crear otra traducción), se dio claramente como factor natural de la situación de comunicación en la cual el traductor está involucrado. En efecto, tal como lo plantea, una vez más, la Conferencia de las Naciones Unidas de Nairobi en 1976, «*translation promotes understanding between peoples and co-operation among nations by facilitating the dissemination of literary [...] works [...] across linguistic*

⁶⁰ Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en Nairobi, en 1976, en su 19ª reunión.

*frontiers and the interchange of ideas*⁶¹». Por lo tanto, es tarea de quien traduce concederle valor a la retraducción ya que ésta constituye una de las formas de colaboración entre las naciones. La antítesis de este punto no es una opción: si se rehúsa considerar el método de retraducción, se va en contra de su papel primario del traductor como mediador entre culturas. El principio mismo de la retraducción, tal como la definimos en este trabajo, es la aceptación de otras interpretaciones de un mismo texto y el trabajo traductológico en equipo.

En segundo lugar, la retraducción permitió explorar y explotar el original de manera diferente, ilustrando la pluralidad de los significados desde la perspectiva de cada individuo, de cada pueblo y cada cultura. Las verdaderas preguntas que parecen haber sido resueltas hace años siguen vigentes hoy ante el mundo de posibilidades infinitas que nos ofrece el pensamiento humano expresado a través de los idiomas: ¿En qué consiste ser fiel al original? ¿Será posible que todos comprendamos lo mismo? ¿Acaso razonamos de la misma forma? Por supuesto que no. Una vez clara la finalidad primera de la traducción: avanzar hacia un acercamiento de los pueblos, se puede afirmar que la retraducción enriquece porque aporta ideas e interpretaciones nuevas y que vuelve la traducción más rica, porque parte de la unión de conocimientos y opiniones. No existe una única visión o percepción de la vida y sus componentes, sino una cantidad inefable de aquellas lecturas del mundo. En cierta medida, la colaboración aquí se hizo más tangible que del autor original al traductor, sobre todo si se trata de obras traducidas posteriormente a la muerte de su autor. En efecto, en nuestro caso, partir de traducciones previas constituyó un diálogo entre traductores, hacia un mismo

⁶¹ Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en Nairobi, en 1976, en su 19ª reunión.

propósito: darse a entender. Al contrario, el autor del texto original y el traductor no tienen el mismo propósito: el primero quiere expresarse, no necesariamente darse a entender. La retraducción generó entonces una colaboración (aunque personal) y, a la vez, permitió destruir el principio del pensamiento “único” o de la obra original soberana. Parece que esta práctica se orienta hacia la universalización, pero no en el sentido habitual de uniformización, sino de abundancia y asociación de ideas. Además, demuestra el carácter intertextual de las traducciones, que es primordial para comunicarse, porque implica el reconocimiento del otro y de otros pensamientos, así como el movimiento y evolución de toda tradición literaria. En nuestro caso, la intertextualidad como condición inevitable de la traducción que aquí presentamos puede atestiguar la evolución del pensamiento y del sistema literario costarricense. Así, la interpretación de una interpretación del mundo (el “original”) parece tan válida como otra y hasta, en nuestro caso, permitió al público meta de nuestra retraducción el acceso a informaciones complementarias que hacen más rica la obra.

El aporte y la renovación de los elementos adicionales que ofreció la versión al francés muestran que, por lo menos en cuanto a textos históricos y culturales que reconstituyen el desarrollo de una civilización, una traducción no puede ser única y definitiva. El tiempo va acompañando la evolución de los medios traductológicos y de las mentalidades que poco a poco se liberan conforme ciertos tabús o censuras van desapareciendo. Notamos, por ejemplo, que la mayoría de los pasajes agregados se refieren a elementos que hubieran podido parecer osados o de rebeldía en la época de la primera publicación, lo que permite realizar traducciones cada vez más acertadas y completas; circunstancia que no se hubiera podido recrear basándonos en el original. Se trata de lo que Benjamin denomina “la

supervivencia”⁶² del texto que supera las barreras sociales, morales y políticas, y se traduce por una transformación.

En cuanto a nuestra hipótesis de partida y la mayor expectativa en este trabajo, podemos en efecto afirmar que la retraducción constituyó una vía enriquecedora por el uso de dos textos intermedios paralelos. Al principio, sostuvimos que nos apoyábamos en los paralelismos y las diferencias entre aquellos textos. Según la primera definición del término “enriquecer”⁶³ se trata de “*Hacer rica a una persona, comarca, nación, fábrica, industria u otra cosa*”; aportarle a este tipo de entidad un valor adicional y hacer que prospere. Las diferencias entre ambas versiones, aunque escasas, justamente proveyeron ese aporte ya que nos ayudaron a delimitar elementos extraños de la cultura original. Una discrepancia de ciertos términos en la traducción provocaba un choque en el cual nos basamos para encontrar soluciones apropiadas. En la mayoría de los casos, se buscó reproducir la extrañeza de la cultura fuente (aunque también la elección de cierta equivalencia en el texto en francés o en inglés haya sido criticada por parte nuestra) que se encontraba a veces en ambas, y a veces en solo una de las versiones (como es el caso con el título de la canción “Domhnall na Gréine” sobre la que se investigó en gaélico para reproducirlo por medio de la extranjerización). En cuanto a las similitudes de las dos versiones, éstas nos guiaron en la elección de mantener cierta extrañeza vehiculada por un término ya que su presencia en ambos textos parecía fundamental. Ahí, se realizó la colaboración implícita entre los traductores.

Este trabajo enseñó mucho acerca del papel de traductor mismo. Primero, el hecho de ignorar el original nos alentó a escrutar la obra con una mirada virgen, de

⁶² *La tarea del traductor, Angelus Novus*. Barcelona: Edhasa, 1971.

⁶³ Diccionario de la Real Academia Española (RAE). 22.ª edición, 2001.

identificar la extrañeza del relato y sus indicadores, y de valorar aun más cada uno de estos elementos. La extrañeza como tal en textos traducidos era más resaltada. Por haber sido escrito en gaélico, en el texto original, la extrañeza no sería tan “extraña” para alguien que entiende el idioma original. En su contexto original, la extrañeza era esperada y encajaba perfectamente. La noción de público meta nos ayudó también en abordar cada versión intermediaria con críticas constructivas ya que ponía de relieve, cada una de manera peculiar, los elementos extraños representativos del pueblo por describir. Otra vez nos referimos a la ventaja de ser un traductor-lector: nos encontramos en la situación de nuestros lectores que no tienen conocimiento del original así que podemos medir más claramente los obstáculos y las trampas de una traducción plana y mecánica, procurando no repetirlas.

El hecho de considerar diferentes estrategias de traducción (de la versión al inglés y de la versión al francés) generó una reacción distinta de nuestra parte en términos de acercamiento a tal o cual expresión o frase. Constatar que se había usado el equivalente directo de una palabra en los dos idiomas anteriores nos llevó a cuestionar diferentemente tal término en cuanto a la cultura meta: donde hubiéramos usado una adaptación partiendo del original, se prefirió entonces analizar el uso de lo que era el equivalente directo en español para nuestro lector meta y así, lograr recrear el carácter enajenante del concepto en nuestra traducción. Dicho de otra forma, el enfrentarse con traducciones ajenas amplió el horizonte de posibles estrategias a nuestro alcance y creó una consciencia traductológica más marcada de nuestra parte.

La decisión de acudir a la extranjerización en varios casos permite darnos cuenta de que la práctica de la traducción no es fija o delimitada sino que cada obra es un

caso único. En nuestra situación, pareció más apropiado mantener la extrañeza de algunos términos para representar mejor el pueblo o el país que constituyen el objeto de la obra. Esta experiencia modificó las concepciones fijas algo exageradas que se podrían tener: no se trata de descodificar cada una de las palabras para que el lector entienda absolutamente todo. En este caso, la comprensión pasa por la peculiaridad de ciertas costumbres o sonoridades de ciertos términos lo que justamente genera la aceptación de la traducción. Vemos entonces que la extranjerización se puede volver un requisito. El resultado indica nuestra voluntad de dejar al lector la posibilidad de apreciar este “color local” o esta riqueza cultural que se transparentan a lo largo del texto y lo hacen viajar ampliando su horizonte de significados. El lector no tiene que entenderlo todo y los elementos que no entiende pueden llevarlo, paradójicamente, a una mejor comprensión y apreciación de la obra.

Para concluir, la idea inicial que nos llevó a la realización de este trabajo fue la voluntad de acercar dos culturas totalmente distintas en términos sociales, políticos, etc. La literatura nos permite viajar e interesarnos en el mundo. La traducción lo complementa y es indudablemente el deber del traductor de emplear su *savoir-faire* para permitir el encuentro de los pueblos mostrando sus características y peculiaridades por medio de lo que llamamos la extrañeza o extranjerización. La retraducción es la máxima expresión de aquella conservación de la cultura original y vehicula una actitud intercultural que nos refresca en esta era de globalización. Encarna una forma de acercamiento colectivo, solidario y respetuoso hacia lo extranjero, al mismo tiempo que se quiere ofrecer lo más posible a la mayor cantidad de personas posible. En ella, se protegen y más bien se exacerban las diferencias y peculiaridades de cada pueblo como una riqueza.

Bibliografía

Balderston, Daniel y Marcy Schwartz. *Voice-Overs Translation and Latin American Literature*, Albany: SUNY P, 2002.

Beeby Lonsdale, Allison. *La traducción inversa*. En Hurtado Albir (ed.) 1996.

Benjamin, Walter. *La tarea del traductor*, *Angelus Novus*, Barcelona: Edhasa, 1971. p. 78-87

Borges, Jorge Luis. *Obras completas, las versiones homéricas*. Buenos Aires: Emecé. 1974.

Buhler, Jean y Una Murphy. *L'homme des îles*. Genève: Favre.1989.

Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Nairobi, 19ª reunión. 1976.

Delgado Salazar, Marta E. *Costa Rica y la francofonía: un vistazo histórico*. Embajada de Canadá en Costa Rica. 2004. 27 de Marzo de 2007. <http://geo.international.gc.ca/latin-america/sanjose/whats_new/default-es.aspx?id=2309>.

Derrida, Jacques. *L'écriture et la différence*. Collection "Tel Quel". París: Seuil, 1967. Collection "Points". París: Seuil, 1979.

Jacques Derrida, *The Ear of the Other: Otobiography, Transference, Translation: Texts and Discussions with Jacques Derrida*. Christie V. McDonald, ed. Peggy Kamuf, tr. Nueva York: Schocken Books, 1985. P. 197.

Diccionario Collins, 5.a edición, 2004.

Diccionario de la Real Academia Española (RAE). 22.a edición, 2001.

Duff, Alan. *The Third Language*. Oxford: Pergamon Press. 1981.

Even-Zohar, Itamar. *Polysystem Studies*, Tel Aviv :The Porter Institute for Poetics and Semiotics. Durham, NC: Duke University Press, 1990. p. 11(1).

Fernández Guardia, Ricardo. *Hojarasca*. Tip. Nacional.. San José de Costa Rica, 1984.

Flower, Robin. *The Islandman*. Oxford: Oxford University Press, 1937.

García Yebra, Valentín: *Teoría y práctica de la traducción*, Madrid: Gredos, 1984.

García Yebra, Valentín. *Traducción: Historia y teoría*. Madrid: Gredos, 1994.

Gil de Carrasco, Antonio. *Práctica de la traducción literaria*. Centro Virtual Cervantes, 2000-2006. 22 de Noviembre 2006.

< <http://cvc.cervantes.es/obref/aproximaciones/carrasco.htm> >.

Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo*. Tomo VIII de la publicación husserliana. Halle, 1927.

Ireland's Dingle peninsula. *The Blasket Islands*, 1997. 13 de octubre, 2006.

<<http://www.dingle-peninsula.ie/blaskets.html>>.

Jaramillo Rojas, Marianela. *Darjeeling, de Bharti Kirchner. Trabajo de graduación para aspirar al grado de Magíster en traducción*. Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica. 2003. p. 83-84.

Kiberd, Declan. From *Irish Classics*. Ireland: Granta Books, 2000. 22 de mayo de 2007. < <http://www.irishislands.info/blaskets.html> >.

Learn History. Crime, Punishment and Protest Through Time. 2004. 16 de marzo de 2007. <<http://www.learnhistory.org.uk/cpp/met.htm>>.

Neubert, Albrecht. *Translation as Text*. OH: Kent State University Press, 1992. P. 142.

Newmark, Peter. *A Textbook of Translation*. Nueva York: Prentice Hall, 1988.

Ó Criomhthain, Tomás. *An tOileánach*. Dublin: Talbot Press, 1929. p. 87.

O Mìadhachàin, Seàn y Nolan, Godfrey. *Gaelic and gaelic culture*, 1994. 13 de octubre, 2006. <<http://www.ibiblio.org/gaelic/gaelic.html>>.

Paz, Octavio. *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets Editores, 1981. p.8.

Seleskovitch, Danica y Marianne Lederer. *Interpréter pour traduire* 2a ed. Paris: Didier 1986.

Shuttleworth, Mark. *Dictionary of Translation Studies*. Manchester: Saint Jerome, 1997. p. 76.

Steiner, George. *Después de Babel: aspectos del lenguaje y la traducción*. Londres: Oxford University Press, 1976. p. 356-358-361.

Shklovski, Viktor. *Art as Technique*. Lincoln: University of Nebraska Press. P. 2-24.

Strozynski, Tomasz. *Retour à la traduction*. Paris: Seuil. 1987.

Thriveri, C. Cultural Elements in translation: The Indian Perspective. Translation Journal. Volume 6, No.1 (2002) 26 de mayo, 2007. <<http://www accurapid.com/journal>>.

Toury, G. *In Search of a Theory of Translation*. The Porter Institute for Poetics and Semiotics, Tel-Aviv University, 1980. p. 43.

Toury, G. *Descriptive Translation Studies and Beyond*. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins. 1995.

Valdivieso, Carolina. *Literatura para niños: Cultura y Traducción*. Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.

Valéry, Paul. *Au sujet du cimetière marin*. Variétés, Œuvres, TI. Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade. 1957. p. 1507.

Vidal Claramonte, Carmen Africa. *Traducción, manipulación, deconstrucción*. Salamanca: Ediciones Colegio de España, 1995.

Anexos